VIENTOS DE ESPERANZA

Haydee Gisela Papp

Capítulo 1

El sol en su cénit y un camino polvoriento son los testigos de la temeraria peregrinación que María y Pedro han iniciado desde sus pagos hacia Santa Magdalena, un pueblo al sur de Córdoba y lindero con las fronteras de Buenos Aires.
En la carreta llevan todos sus bienes : baúles repletos de libros, cajas con platos y vasos de peltre, manteles exquisitamente bordados por la mano experta de María, mantas multicolores, varios morrales de cuero y la guitarra de Pedro, fiel compañera en las largas noche de invierno. Y escondido, en medio de todos esos bártulos, un cesto de mimbre. Es el tesoro de María y Pedro.
Sentados, uno junto al otro en el pescante de la carreta, sueñan con la nueva vida que se les proyecta por delante.
Pedro es maestro y esta es la primera oportunidad que se le presenta para poder ejercer su profesión tantas veces postergada.
Con tristeza pero ilusionados abandonaron sus raíces.
María cierra los ojos, apoya la cabeza sobre el hombro de su marido y comienza a imaginar su nuevo hogar. Una casita sencilla, custodiada por un robusto algarrobo de copa ancha y tupida capaz de brindar fresco en las tardes calurosas. Un entrometido arroyo de aguas cantarinas pasa muy cerca de su propiedad; ya no tendría que caminar leguas para lavar la ropa o darse un baño refrescante. Sonríe. "Todo será maravilloso", piensa entusiasmada.
De repente un sonido extraño, constante, cada vez más cercano, rompe la quietud de la tarde.
María, asustada, mira a su alrededor y ve a Pedro cargar el trabuco.
¿Qué sucede? Un grito de espanto convulsiona su cuerpo. A lo lejos divisan un malón que sin tregua los está alcanzando.
María, horrorizada, busca poner a salvo el pequeño bulto que guarda celosamente en el cesto de mimbre. Entonces los ve de cerca, ranqueles montados en sus caballos, armados con boleadoras y lanzas, los rostros pintados...espectros de la muerte.
Pedro dispara una vez, dos. Su esfuerzo es inútil, la mano le tiembla y no da en el blanco, pero la lanza del indio acierta en el corazón de Pedro.
María presencia la escena en cámara lenta. La sangre de Pedro corre por sus manos y ella se diluye en un alarido de dolor.
Un golpe en la nuca la calla y la oscuridad la devora.

Clareaba cuando Ciriaco Cuitiño despierta a empellones a sus compañeros de tropelía que duermen profundamente alrededor de un fogón del que sólo quedan cenizas.
A disgusto y entre groserías se van desperezando. Mientras uno encende el fuego, otro prepara el mate y otro corta trozos de charque.
Ciriaco los observa liando un cigarro.
Terminado el frugal desayuno, montan sus zainos y continuan el viaje hacia Dolores.

Pasado el mediodía, la curiosidad los detiene.
Una carreta destrozada y el cadáver, todavía caliente de un hombre, quiebra la belleza del paisaje.
Los gauchos hurgan entre las pertenencias abandonadas por los indios por si encuentran algo de valor, pero es en vano.
Se están alejando cuando un llanto captura su atención. Suave, primero; feroz, después.
Desmontan con prontitud. Revisan nuevamente el lugar y allí está, debajo de un cesto de mimbre, un bebé berreando con desesperación.
"¿Y esto?...Ta' güeno, un guachito. Suculento desayuno van a tener hoy los pumas. Sigamos, pué", dice despreocupado uno de ellos.
Pero ante el asombro de sus compañeros, Ciriaco toma en sus brazos a la criatura, la envuelve con las mantas que encontra desparramadas y luego monta con el pequeño. Con el ceño fruncido, ordena a sus hombres que se ocupen del baúl de madera tallada abarrotado de libros.
Nadie discute la decisión del caudillo. Todos lo respetan y temen.

Buenos Aires, entre abril de 1826 y febrero de 1827
Etérea, adjetivo exacto para retratar a Consuelo Aguirrezabala. Dulce, grácil y sobre todo, alegre.
Su padre, Alonso Aguirrezabala, la llamaba "mi cascabelito". Extrañas palabras en boca de un hombre duro y de moral rígida. Su sola presencia infundía miedo, especialmente en Mercedes, su mujer.
Pero Consuelo era la debilidad de Alonso, la niña de sus ojos; y Consuelo adoraba a su padre.
Una dorada mañana de otoño, en que una suave brisa con aroma a azahares se colaba por la ventana del dormitorio que daba al patio, Consuelo renegaba con un par de cuerdas del arpa, obsequio de su padre que hizo traer de Inglaterra.
Amaba ese instrumento y amaba ejecutarlo, acariciaba las cuerdas con elegancia y pasión. Cuando lo hacía se transportaba a tierras remotas y encantadas. Aquel que escuchaba las melodías que brotaban de sus manos quedaba prendado de la bella joven que parecía un hada salida de la isla mágica de Avalon.
Sin embargo, ese día algo andaba mal. Llamó a Josefa, una negrita de catorce años, para que la acompañara a la Recova a comprar cuerdas nuevas.
Caminó distraída por las calles empedradas de la Santísima Trinidad hasta llegar al almacén de don Roque.
Entró en el negocio y allí lo vio. El joven observaba concentrado unas partituras para piano. Alto, corpulento. Un mechón rubio le cubría los ojos que al levantar la vista se volvieron de un verde profundo.
Sus miradas se cruzaron y ese fue el comienzo de una historia de amor desenfrenado y turbulento.
Consuelo y Esteban Salguero fueron tragados por una vorágine de sentimientos que con audacia enfrentó al puritanismo de la época.
El mes de julio le confirmó lo que temía: esperaba un hijo.
Consuelo aguardó impaciente el encuentro clandestino. Siempre a

escondidas, siempre con temor, pero con el corazón exultante.
Josefa era su confidente, conocía los secretos de Consuelo y la cubría para que los padres no tuvieran la más mínima sospecha del comportamiento de su hija.
Una casona alejada del barrio del Retiro cobijó a los amantes desde su primera cita. Pertenecía al abuelo de Esteban y estaba desocupada porque su familia había viajado a Córdoba, de donde era oriunda.
Cuando lo vio llegar, se arrojó en sus brazos y lloró.
Le contó la noticia rápidamente, temía su rechazo.
Esteban empalideció y la apartó de un empujón.
Consuelo cayó de rodillas sobre una alfombra raída y allí permaneció, transida de dolor.
Lo único que escuchó fue la negativa de Esteban de hacerse cargo de la "escandalosa" situación.
"Estoy casado, Consuelo. Amo a mi esposa y a mis hijos. Esta noche me regreso a Córdoba. Lo siento, no es mi problema. Debiste ser precavida. Adiós".
Consuelo quedó petrificada. "¿Precavida? Entonces todo este tiempo has jugado conmigo, pero...¿por qué?, ¿por qué?", se repetía desorientada.
Él no le dio explicaciones. La dejo sola, tirada...descartada en medio de la gran sala. Los muebles protegidos con lienzos blancos y cubiertos de telarañas fueron testigos de la vil traición.
"Sola con mis miedos, sola con mi tristeza, sola con este hijo que crece en mis entrañas. ¡Que será de mí!".
En ese estado la encontró su negrita querida. No hizo falta que le contara lo sucedido. Era pequeña pero no tonta.
Lentamente regresaron a la casa. Durante tres días estuvo encerrada en su dormitorio. Sus padres estaban preocupados, temían que estuviera enferma. Consuelo se negó a hablar hasta que juntó el valor necesario y entonces, la tormenta estalló.
Alonso, ciego de ira, la abofeteó y la echó. Ni el llanto desesperado de Mercedes le hizo desistir de su dura resolución.
Consuelo huyó a su habitación y allí se quedó hasta que su madre le comunicó la condena : ingresaría al Convento de las Catalinas.
La priora, hermana mayor de Mercedes, la admitió a cambio de una alta dote y, por supuesto, porque era su sobrina caída en desgracia. Consuelo ingresó como huésped, una dama de abolengo en situación comprometida y vergonzosa.
Los meses del embarazo transcurrieron en soledad. Sus padres nunca la visitaron. Su única compañía fue Tina, una donada con quien compartía la celda. Una mujer humilde que vestía el hábito sin haber profesado.
Si bien estaba prohibido hablar, ellas lo hacían muy bajito por las noches, cuando las otras monjas descansaban.
Un estrecho vínculo de amistad nació entre las mujeres. Consuelo le confió su historia y Tina le dio comprensión y cariño.
El parto fue difícil. Consuelo no lo resistió. Sangre y llanto.
Muerte y esperanza entrelazadas...

Capítulo 2

"Juguetea en tu cara la risa
Cual fresco viento en claro cielo". Charles Boudelaire

Acostumbraba levantarse tarde, pero esa mañana de julio no lo hizo a pesar del frío y de la molesta lluvia.
De un salto abandonó la cama y corrió envuelta en su poncho rojo hacia el tocador. Su cabello era un desastre. "Bueno, está como todos los días", pensó frustrada. Pasó sus dedos, largos y delicados, por sus rulos dorados tratando de separarlos o de darles una forma discreta. Inútil. Entonces hizo lo que acostumbraba hacer cuando estaba apurada o cuando Tina no podía ayudarla. Recogió su rebelde cabellera en una gruesa trenza que le llegaba hasta su estrecha cintura y la sujetó con una cinta punzó.
Buscó un vestido sencillo, eran los que mas le gustaban. Para la ocasión eligió uno de muselina limón que resaltaba el color de sus ojos, siempre chispeantes e indagadores. Lo deslizó sobre una enagua de lienzo blanco ribeteada de puntillas anchas.
Hizo una reverencia a la imagen que le devolvía el espejo y sonrió al verse bonita.
Corrió al tercer patio y entró como una tromba en la cocina.
Tomasa, una negra que servía a la familia desde hacía años, se encontraba en el fogón delante de una gran olla de cobre revolviendo un chocolate burbujeante y espumoso.
_ ¡Humm!, huele delicioso. Adoro el aroma a chocolate caliente. ¿Está todo listo Tomasita?
_ Primero se dice "Buenos días Tomasa", pero no, la señorita siempre apurda _ rezongó la cocinera.
Lourdes la abrazó y la besó con cariño en la mejilla regordeta.
_ No me retes. Hoy es el cumpleaños de la abuela y la quiero sorprender llevándole el desayuno a la cama.
_ Acá tiene _ le dijo la cocinera depositando en sus manos una enorme bandeja _ Cuidadito, no se vaya a quemá que el chocolate está que pela.
_ A ver, a ver...sí, todo está perfecto. Chocolate bien calentito, pastelitos de membrillo, empanaditas de arrope y un cuenco de higos. Exquisito, gracias Tomasa.
Con paso rápido se encaminó al dormitorio de doña Mercedes.
De un empujón abrió la puerta y cantándole el feliz cumpleaños apoyó la pesada bandeja en una coqueta cómoda cercana a la inmensa cama con dosel.
Lourdes se abalanzó sobre la abuela llenándola de besos.
_ Señorita...¡me está ahogando! _ riéndose Mercedes intentó desembarazarse del abrazo. Entre carcajadas, la joven se retiró para correr las pesadas cortinas de terciopelo azul. Un cielo plúmbeo las saludó irreverente.
_ Amaneció horrible abuelita. Esta lluvia es un fastidio.
_ Deja de quejarte y siéntate a mi lado. Comparte conmigo este suculento

desayuno _ la invitó sorprendida por el gesto de su nieta.
_ ¡Que bien prepara el chocolate Tomasa!, ¿no abuelita? Y estas empanaditas...¡que ricas están!
_ ¡Criatura golosa!
Así, entre besos y risas disfrutaron del desayuno.
Horas más tarde, en la sala principal, agradablemente caldeada por una estufa inglesa, regalo de Lorenzo, hermano de Mercedes; nieta y abuela compartían el mate.
Lourdes bordaba; a su lado, Mercedes tejía y pensaba, "Que desastre es el bordado de esta niña".
Ajena a la crítica de su abuela, Lourdes intentaba dar puntadas prolijas sobre el diseño de flores que asomaba en el mantelito de lino que sostenía entre sus manos.
"Odia bordar, pero lo hace por mí, para hacerme compañía. ¡Cuánto me recuerda a mi querida Consuelo!".
Lourdes levantó la vista de su labor y pensó que su abuela dormía. "Pobrecita, está muy cansada".
Mercedes no dormía, en ese momento vivía en otro tiempo, un tiempo muy lejano...
_ Por favor Alonso, no la trate así. Ella es inocente y ese truhán la engañó.
_ ¡Basta mujer! Consuelo me traicionó. Nunca pensé que se comportaría como una perdida. Seremos la comidilla de todos nuestros amigos.
_ Pero Alonso, es nuestra hija.
_ Era, para mí está muerta _ dio media vuelta y se encerró en el escritorio.
Sola en la sala, Mercedes buscó una solución para Consuelo. "Ya sé, le rogaré a Carmen, ella seguramente me ayudará".
Con urgencia envió un recado a su hermana, la priora del Convento de las Catalinas. La criada voló con el mensaje hasta la "Manzana del Campanero". Al rato regresó con una respuesta afirmativa.
"Querida hermana, siempre dispuesta a tenderme la mano. ¡Que gran corazón cristiano tienes! Claro que a cambio tendré que realizar una jugosa donación. ¡Maldita arpía!". Estrujó con rabia la nota y la arrojó al fuego de la chimenea.
Mi pobre niña, sin protestar, tomó su bolso y se marchó. No la acompañé durante su embarazo, no le tomé la mano en el parto...¡Oh Dios, cuánto mal te hice!
Alonso, todo hubiera sido diferente si hubieras sido indulgente, comprensivo...si te hubieras dejado ganar por el amor antes que por la cólera y los decires cínicos de nuestros conocidos.
Eras todo para él, Consuelo; pero era un hombre duro que no sabía perdonar. Tu muerte lo devastó. La furia y el dolor acumulado terminaron con él.
Y ahora Lourdes, tu hija, es el bálsamo que calma el agobio que cercena mi corazón atribulado por tantos remordimientos".
Mercedes reprimió las lágrimas que pujaban por escapar de sus cansados ojos. ¡Cuántas mentiras para acallar una verdad vergonzosa! Vencida,

comenzó a llorar quedamente.
_ Abuelita, ¿que pasa?, ¿tuvo un mal sueño? _ se preocupó.
_ No querida. Son lágrimas de felicidad por tenerte a mi lado.
Un golpe de aldaba interrumpió la conversación.
Tina, la mujer que ayudó a Mercedes en la crianza de Lourdes, la misma que compartió la celda con Consuelo y que la acompañó en los momentos trágicos, recibió a Lorenzo Escalante. Juntos pasaron a la sala.
_ ¡Feliz cumpleaños hermanita! ¿Cómo está mi linda sobrinita?
_ ¿Sobrinita? Mil veces te he dicho que es tu sobrina nieta, mas nieta que sobrina _ lo corrigió.
_ ¡Ay Mercedes, que complejo tienes con la edad! Es mi sobrina y ¡ya!.
_ No se peleen, por favor. Pasemos al comedor, seguro que Tomasa tiene el almuerzo listo y no tengo ganas de soportar sus reclamos en este día especial _ Lourdes intercedió entre los hermanos que tenían por costumbre pelearse por insignificancias.
_ Tiene razón la niña. Vamos Mecha, yo te escolto. Hoy eres la reina.
Lorenzo Escalante, un hombre de mediana edad, aún mantenía todo su cabello, crespo y castaño con algunas canas en las sienes. Simpático y parlanchín, sin embargo, Lourdes sabía que la conducta frívola de su tío era una máscara.
Mercedes y Lourdes estaban al tanto de las atrocidades cometidas por Rosas gracias a Lorenzo. El les narraba los acontecimientos sin censura y les exponía su opinión con audacia y pasión.
"Tenemos que ser precavidos, señoras, las paredes escuchan". Era la frase recurrente de Lorenzo antes de iniciar una conversación de actualidad política.
En el comedor, los recibió una larga mesa de caoba cubierta por un bello mantel adornado con guirnaldas de florcitas amarillas y violetas. Los platos, de fina loza y los cubiertos de plata, traídos del Alto Perú. Las copas altas de cristal, daban el toque de elegancia a la ocasión.
Una vez acomodados iniciaron una conversación animada hasta que llegó la cocinera. Sus manazas sostenían una fuente voluminosa que contenía un sabroso locro. Josefa, la misma negrita, hoy ya mujer, que fue confidente y cómplice de Consuelo en sus encuentros furtivos con Esteban Salguero, comenzó a servir a los comensales.
_ Esto está estupendo _ felicitó Lorenzo a Tomasa.
_ Gracias negra _ lo dijo con cariño _ por preparar mi comida preferida.
_ Por favor, doñita Mercedes, que le haga provecho _ sonrió orgullosa.
Cuando se quedaron solos, con sigilo, tocaron el tema que realmente les interesaba y preocupaba.
_ La situación está cada vez más tirante. Lo que Rosas prometió al asumir su segunda gobernación lo está cumpliendo estrictamente.
_ ¿Que prometió tío? _ Lourdes dejó a un lado su copa de vino y fijó la mirada en Lorenzo.
_ Nuestro estimado Gobernador se propuso exterminar a todos los unitarios, "esa raza de monstruos", como él la llama. Juró perseguirlos tenaz y vigorosamente para que el terror y el espanto acobarde a todos los que se le opongan.

_ ¡Dios mío! _ se santiguó Mercedes.
_ Los federales acorralaron a las tropas del General Lavalle. A él le dispararon y dicen que murió desangrado. Sus leales soldados ocultaron el cadáver para que no fuera profanado. Eso no es todo. A Marco de Avellaneda lo apresaron y lo degollaron. Su cabeza está exhibida en la plaza de Tucumán.
_ ¡Cuánta locura! _ gritó Lourdes tapándose los ojos.
_ Silencio niña que alguien puede escucharte _ la apremió Lorenzo. Si bien confiaba en los sirvientes había que ser precavidos. Nunca se sabía...

_ ¿Será posible que ni en nuestra propia casa estemos a salvo de ese demente?
_ Así es Mecha, tiene espías ocultos en todas las casas. Los negros lo adoran y están dispuestos a todo por él.
_ Terminemos con este tema tío Lorenzo. Hoy es un día feliz, no lo empañemos. ¡Josefa!,¡Josefa!. Trae la torta.
Más tarde con las copas en alto imitaron la costumbre inglesa de brindar. Por un momento la cruenta realidad quedó exiliada de la casona de los Aguirrezabala.

El "Café de Marcos" tenía una ubicación de privilegio a unas escasas cuadras del Cabildo y la Plaza Mayor.
Allí se encaminó Lorenzo entrada la noche para reunirse con sus amigos Jerónimo Pasos, Juan Bustillo, Manuel Arriaga y Baldomero Quintana. Todos Unitarios.
Ansiaba llegar, buscar una mesa apartada y saborear un buen vino español.
Al entrar, los dos espejos que se lucían en la entrada le dieron la bienvenida. Caminó decidido hasta el fondo del recinto donde Baldomero le hacía señas para que se acercara. Estaban esperándolo con una botella descorchada y las copas servidas.
_ Buenas noches Lorenzo. Justo a tiempo para un brindis _ Juan le palmeó la espalda. Estaba de buen humor.
_ ¿Qué celebramos? _ preguntó Lorenzo dando un fuerte apretón de manos a cada hombre.
_ Que por fin puedo irme de este país de mierda gobernado por un tirano salvaje y asesino _ se exasperó Juan.
_ Calmate, no utilices semejantes improperios _ lo quiso tranquilizar Arriaga, uno de los abogados de los hermanos Reynafé, inculpados por el asesinato de Facundo Quiroga.
_ Pero si es verdad. Estamos condenados a una máxima vergonzante, "ver, oír y callar". Este pueblo es demasiado dócil, impresionable y cobarde _ se quejó iracundo.
_ El proceder violento de La Mazorca es una de las causas de la desaparición del "espíritu público" _ intervino Lorenzo.
_ ¡Carajo!, si son unos carniceros con sed de sangre inocente _ se ofuscó Pasos, dueño de una librería ubicada en la Recova.

_ Ellos nos consideran asquerosos traidores _ replicó Quintana tomándose de un solo trago una copita de ginebra.
_ Muchachos, estoy preocupado por la señora Del Sar y su hermana Victoria.
_ ¿Qué pasa con ellas Lorenzo?
_ Es que como ellas tienen en su casa ocultos varios ejemplares del periódico "El Grito Argentino", temo que los mazorqueros las hayan descubierto.
_ No, no, quedate tranquilo. Están bien protegidas _ Quintana encendió un cigarro y convidó a los demás.
_ Es un alivio saberlo - se tranquilizó Lorenzo _ Bueno, volvamos a la noticia que nos acabas de dar, Juan. ¿Cuándo te fugas?
_ Dentro de dos días. Un conocido de mi padre...no les doy el nombre para no comprometerlo, me preparó un escondite detrás del Consulado inglés, muy cerca de la costa. A la medianoche, la goleta "Julia" me cruzará a Montevideo ¡y a la libertad! _ exclamó exhalando una bocanada de humo.
_ Ten muchísimo cuidado, sé precavido y sigiloso. Todos sabemos lo arrebatado que eres y en una fuga se requiere extrema cautela. Acuérdate de Riglos, cuando los federales lo sorprendieron a punto de abordar el lanchón "Manuelita", lo degollaron en el acto, ¿te acuerdas?
_ Sí Lorenzo. Mi vida va en esto y la de mi madre, también. Tendré cuidado _ respondió contrito.
_ Parece increíble que Buenos Aires, en un tiempo tan alegre y bulliciosa, sea ahora una ciudad desierta y temerosa. A las ocho de la noche las puertas de las casas ya están cerradas... _ describió con tristeza Arriaga.
_ Y la de los comercios. Cierro la librería a las seis de la tarde. Ustedes saben que tengo un saloncito detrás de la tienda con libros prohibidos. Vivo con el corazón desbocado pensando que en cualquier momento me cae La Mazorca y "violín- violón".
_ ¡Ay Jerónimo!, ¡que temerario eres!
_ Así es mi negocio, Lorenzo. Justamente hoy visitó la librería Camila O'Gorman buscando una de las novelas prohibidas: "Genoveva, historia de una sirvienta", de Lamartine. Ella es una de mis mejores clientas.
_ Si su padre se entera, la mata y tú encabezarás la lista de sospechosos que la Sociedad Restauradora le pasa a la Mazorca. Sé prudente. _ le aconsejó Quintana mientras llamaba al mozo para ordenar otra ronda de ginebra.
_ Y tú, ¿en que andas Lorenzo? _ se interesó Bustillo desanudándose la corbata. La ginebra lo hacía entrar en calor.
_ El malparido de Rosas me suspendió el contrato de arrendamiento de las tierras que tengo al sur del río Salado. Sus abogados me dieron un ultimátum, las compro o me las quitan.
_ Pero todo tu ganado está en esas tierras _ se indignó Arriaga que conocía a Lorenzo desde que eran niños.
_ ¡Desgraciado!, no les digo yo que tiene un corazón de tigre, siempre listo a lanzarse a la yugular del que obstaculiza sus planes. Claro, como cayeron los ingresos fiscales necesita dinero...¡Brindo por el hijo de puta

más grande de todos los tiempos! _ graznó Juan, bastante entonado.
_ No hay problema. Tengo la suma que me piden. Lo que me preocupa es que me investiguen. Si eso sucede los esbirros del tirano van a pegarse a mí como si fueran mi sombra. Estoy preocupado porque si caigo arrastro a Mercedes y a Lourdes. Ellas son todo lo que tengo y no encuentro la forma de protegerlas.
Lorenzo estaba en una encrucijada.
_ No desesperes. Tu familia es una de las más respetadas en la ciudad. Nunca se sospechó de ustedes. Rosas los tiene en alta estima _ lo tranquilizó Quintana.
_ Sí, pero...
_ Eres un genio de la simulación Lorenzo. Continúa siendo ese personaje despreocupado, irresponsable y frívolo que creaste y todo saldrá a las mil maravillas _ lo animó Pasos.
_ Amigos, vivimos una época de zozobras y angustias, seamos fuertes para limpiar esta mierda que nos asfixia y recobrar la libertad de expresión. ¡Muera Rosas, carajo!
_ ¡Cálmate Juan!, nada ganamos enfervorizándonos _ con mucho tino Arriaga apeló a la sensatez.
Los amigos asintieron, debían ser discretos.
Ordenaron una ronda más de ginebra antes de abandonar el café.
Como ese día había llovido, las calles estaban intransitables. Lorenzo, Quintana y Arriaga, le alquilaron un carruaje para regresar a sus casas. Juan y Pasos decidieron caminar. Luego de compartir un trecho, se despidieron cerca de la Plaza Mayor.
De pronto Pasos se sintió inquieto y apuró su andar. Miró rápidamente hacia atrás y a pesar de la débil iluminación, los vio.
Dos mazorqueros se abalanzaron sobre él. A punta de cañón lo condujeron hasta un callejón alejado del vecindario. Lo flagelaron con ferocidad. Cuando se cansaron de torturarlo, lo dejaron tirado frente a su casa.
La esposa, preocupada por su tardanza, al escuchar unos gemidos lastimeros, acercó el candil a la ventana. Al verlo, gritó aterrorizada.
Jerónimo Pasos tenía el rostro desfigurado por los golpes. La chaqueta y los pantalones, hechos girones por los azotes recibidos. Tenía la espalda desgarrada, con profundos cortes.
Los latigazos recibidos iban desde los hombros hasta las nalgas y las piernas. En sus manos tenía una nota :
"Te estamos vigilando. Sabemos de tus ventas clandestinas. Lo próximo será el fuego. ¡Viva la Santa Federación! ¡Mueran los salvajes, inmundos y asquerosos unitarios!".
Un lamento lacerante desgarró el silencio sepulcral de la noche.

Capítulo 3

"Así persistía Cuitiño
 Con su apellido de tendero gallego
 Su mala fama.
 Su escopeta no bendita y su degüello.
 La resfalosa crecía en sus venas
Y la Federación por sus sombras".
Jorge Luis Borges

"Quien diría que un pobre diablo como yo, hoy *estea* viviendo en un caserón como este", pensaba Ciriaco Cuitiño, brazo fuerte de La Mazorca, y frío ejecutor de las sanguinarias órdenes de Juan Manuel de Rosas al que le profesaba una lealtad inquebrantable.
Eran las cinco de la mañana y ya estaba en la cocina tomando unos mates amargos acompañados de unas tortas fritas recién sacadas de la sartén y untadas con ajo. El persistente cotilleo de las negras no le molestaba, apenas les prestaba atención. Sus pensamientos se centraban en lo sucedido la noche anterior.
Rafael, su ahijado, y Santa Coloma habían cumplido más que satisfactoriamente la misión que les había encomendado.
Maldito Jerónimo Pasos, de ahora en más se cuidaría de vender libros prohibidos y sobre todo a jovencitas inescrupulosas como esa Camila O'Gorman. La próxima, le incendiaría la librería y si con eso no escarmentaba, entonces..."la resfalosa", el degüello.
Rafael era su orgullo. "Pensar que era un *gurisito* llorón con el buche vacío, cuando lo encontré aquella mañana. Con la ayuda de mi viejita, pude criarlo y hoy ya es todo un hombre".
Los recuerdos se apoderaron de Ciriaco transportándolo veinticuatro años atrás.
Apenas anochecía cuando llegó a su rancho de Dolores. Doña Francisca, su madre, no podía creer que su hijo le trajera semejante regalo. A pesar de su rudeza, Ciriaco era cariñoso y solícito, él sabía que ese huerfanito haría feliz a su madre que pasaba mucho tiempo sola. Ahora tendría con que entretenerse.
Entre los dos criaron al "guachito", así lo llamaba Ciriaco, pero doña Francisca lo bautizó Rafael, como el arcángel.
_ ¿De dónde sacó ese nombre vieja?
_ El domingo pasado en la misa, lo escuché al padrecito Fermín contar una historia muy bonita sobre un mocito al que el arcángel Rafael protegió en su largo peregrinar.
_ Si a *uste´* le gusta...que se llame Rafael *no ma´*.
El padre Fermín respetaba a Francisca, pero Ciriaco le caía mal. Siempre lo sermoneaba aconsejándole abandonar las malas compañías y apartarse de la política, especialmente, alejarse del Dictador.
_ ¡Que suerte que no le hice caso padrecito! Míreme ahora, todo un *senior*

y mi viejita es una reina _ reflexionó escapando de las brumas del pasado.
Rafael creció rodeado de afecto, siendo Ciriaco uno de los pilares de su vida. Cuando el niño comenzó a comprender, Cuitiño le contó la verdad sobre su origen. Le refirió con crudeza la suerte de sus padres, víctimas de un malón. "Hay que ser *juerte* amiguito. Los machos no lloran", le aconsejó con seriedad y para el niño fue palabra santa.
El padre Fermín le enseñó a leer y a escribir, además de narrarle hermosas historias bíblicas que agradaban a doña Francisca y enfurecían a Ciriaco. "El catecismo es cosa de mujeres, no vaya a ser que ese cura me lo ablande al Rafa", se quejaba.
También estaban los libros que encontraron en la carreta destrozada. Con ellos el niño pasaba horas enteras disfrutando de bellas ilustraciones sobre mágicas aventuras.
_ ¿Otro mate, don Cuitiño? _ la pregunta de Jacinta, la cocinera, lo trajo al presente.
_ No, ¿viste al Rafa?
_ Debe estar durmiendo. Anoche llegó *aplastao* _ le respondió sumisa la negra.
Cuitiño salió de la cocina, atravesó los dos patios y entró sin llamar al dormitorio del joven.
_ Rafa, ¿lo interrumpo?
El muchacho dio un respingo al escuchar la voz áspera de su padrino.
_ Para nada _ cerró rápidamente el libro que estaba leyendo. Era uno de los prohibidos: "La Teoría Política de Rousseau".
_ Es todo un letrao *usté*. ¿Que está leyendo ahora? _ mientras preguntaba, se acercó lentamente al escritorio.
_ Es...es...es "El ensayo histórico sobre la vida de Rosas", padrino, ese que publicó el italiano Pedro de Angelis _ mintió guardando el libro con rapidez en el baúl que tenía al pie de su cama.
_ ¿Quiere que le cuente que pasó anoche?_ continuó Rafael, tratando de desviar el tema.
_ Sí, descríbame todos los detalles. ¿Hinchó el lomo ese afrancesao de mierda?
_ Se resistió, padrino, pero Santa Coloma lo amansó con unas cuantas trompadas. Cuando llegamos al callejón yo lo inmovilicé y Santa Coloma lo azotó. Cada golpe que recibía el mal nacido le desgarraba la carne. Quedó hecho un mar de sangre.
_ Muy bien, muy bien, *ansina* se hace muchacho _ aplaudió satisfecho Cuitiño.
_ Padrino, ¿usted cree que es necesario martirizar a los opositores? ¿ No hubiese sido suficiente advertirle seriamente que no infringiese la Ley y ponerle una multa? _ se arriesgó a opinar.
_ ¡Que me dice Rafael! Lo que hicimos está muy bien hecho. *Naides* le puede hacer la *pata ancha* a su Excelencia, ¿me entiende? Y ahora apúrese que lo están esperando en el cuartel _ y se fue dando un portazo.
"Está caliente", se intranquilizó Rafael. Se ajustó la rastra sobre el chiripá

negro y abrigado con una chaqueta roja salió al patio, lo recibieron un cielo plomizo y una brisa helada. Pasó delante del aljibe y observó divertido las pequeñas tortugas que nadaban dentro.
"Antes de ir para el cuartel me tomo un café", decidió.
Al llegar a la cocina ya tenía servido el desayuno sobre una rústica mesa de algarrobo. Junto a la taza de café, una fuente de pastelitos de membrillo.
Al rato, apareció doña Francisca, enjuta, de cabello cano, arrugada como una pasa. Una amplia sonrisa le iluminaba el semblante. Se sentó frente a Rafael saboreando un mate bien dulce.
_ Y como anda mi muchachito hoy. ¡Se acostó muy tarde anoche! _ lo retó con ternura doña Francisca. Ella era ajena a las tropelías nocturnas de su hijo y del joven. Vivía al margen del terror que infundía Ciriaco, hacía tiempo que no salía de la casa. De salud débil, se dedicaba a cuidar su huerta. Jovita, la hija de la cocinera, una jovencita achispada y observadora, la ayudaba en todos los menesteres.
_ Buenos días Mamá Pancha. Me acosté tarde porque tuve que hacer una diligencia para el padrino.
_ Habrase visto mandar a un muchachito tan tarde por esas calles solitarias. ¡Con los peligros que hay!_ se escandalizó.
_ Mamá Pancha, soy un hombre y sé cuidarme. En cambio usted, ¿por qué está levantada tan temprano? ¿No le dijo el doctor Muñíz que tenía que descansar después del susto que nos dio la semana pasada? _ la reprendió con cariño.
_ Me aburre quedarme *tuito* el día en la cama *m´hijo*. El corazón de esta vieja va a dejar de andar cuando se le de la gana _ rezongó la anciana _ ¡Tengo que regar mis begonias! Si yo no lo hago, la *sotreta* de la Jovita no lo va a *hacé*.
Rafael contuvo una carcajada, aunque la situación no era para reírse. Doña Francisca debía hacer reposo; su corazón, debilitado por tantos años de trabajo pesado, le había jugado una mala pasada.
"Cuanta ropa lavó abuela sin importar que hiciera frío o calor, que lloviera o quemara el sol; usted firme, lava que lava para que a mí no me faltara el pan".
_ Vamos señora, yo mismo la llevo a la cama. Jovita ya le ceba unos mates como a usted le gustan. Y ¡nada de fumar! Esos cigarritos de chala están terminantemente prohibidos.
_ A la cama no, Rafael. Lléveme a esa sala pituca que tenemos. Me sienta en la mecedora que me regaló el Ciriaco y me quedo ahí quietita frente a la chimenea que la Jovita acaba de encender _ pidió como si fuera una niña pequeña.
A pesar de su reciente enfermedad, doña Francisca nunca había sido tan feliz. Vivía en una casa elegante que tenía tres patios colmados de rosas, narcisos, begonias, jazmines y margaritas. En su huerta cultivaba zanahorias, coles, cebollas y rabanitos, incluso había logrado unos zapallos ideales para la carbonada.
"El Rafa, es el milagro que Dios puso en mis brazos. El único capaz de frenar la violencia de mi querido hijo", pensó la anciana entornando los

ojos.
_ Bueno, me voy para el cuartel. Jovita cuídala bien, no te distraigas como es tu costumbre _ le recomendó a la negrita cuando apareció con el servicio del mate.
_ Deme un beso y váyase_ le dijo sonriéndose.
_ Vaya, vaya *no má* patroncito que yo la cuido bien a la doñita.
Rafael se encasquetó el sombrero de ala angosta con la cinta roja de la Santa Federación y se calzó el facón a la cintura. Saltó sobre Moro, su caballo y compañero y se puso rumbo al barrio de Montserrat.
_ Por fin llega Rafael. Goyo, cebe unos amargos _ Rafael respiró aliviado al encontrar a su padrino de mejor ánimo.
_ Su Excelencia está que arde por culpa de este periódico, ¿cómo es que se llama? _ y con desprecio tiró el diario sobre el escritorio.
_ "El Grito Argentino" _ contestó Rafael aceptando el mate que le ofrecía Goyo.
_ Eso *mesmo*. Parece cosa *e* Mandinga. *Juimo* a todas las casas que nos señaló la Sociedad Restauradora y no encontramos ni pío. Así que esta noche vamo' a requisar otra vez a esos malditos unitarios.
_ ¿Y con qué fin padrino? _ se molestó Rafael.
Sin darse cuenta del tono ácido del joven, Cuitiño le expuso el plan.
_ Necesitamos fondos para la causa y los muchachos están molestos porque se le debe la paga de unos tres meses...
_...así que por eso les vamos a incautar sus bienes _ concluyó Rafael.
_ *Usté* sí que me entiende. Prepárese, esta noche *estamo* de cacería. Si se resisten se los degüella, faltaba *má*. Esos unitarios maricones están tirando demasiado de la cuerda con sus reuniones secretas y sus conspiraciones. Me están buscando y me van a encontrar,¡carajo!_ se encolerizó.
_ ¿Quién nos va a acompañar en la redada? _ dijo resignado Rafael. No hallaba la forma de huir del atolladero en el que estaba metido. Hacía tiempo que no compartía los métodos de represión de la Mazorca ni las ideas políticas de Rosas. Se consideraba un cobarde por no tener las agallas para enfrentar a su padrino.
_ Vienen con nosotros Santa Coloma, Troncoso, Porto y Reyes. ¿Qué queres Goyo? No ves que estoy ocupado _ se molestó por la interrupción.
Tímido, recostado en el marco de la puerta y con el gorro rojo dando vueltas en sus manos sucias se atrevió a decir:
_ Mi Coronel, me mandan los muchachos *pa* ver si tiene si tiene alguna orden *pa nosotro*. Es que *estamo* al botón no *má*.
_ ¿Qué hora es?_ ladró
_ Las diez, mi Coronel.
_ Vayan *pa* Nuestra Señora del Pilar y esperan a que salgan las copetudas de misa. A las que no tengan el moño punzó se los pegan con brea, así no *má*, sin *ajco*. ¿Le gusta el encargo Goyito? _ dijo con ironía.
_ Si...si..si señor.
_ ¡*Tonce* váyase de una vez, carajo! Estoy harto de esta manga de holgazanes _ explotó Ciriaco.
_ Me voy padrino, nos vemos esta noche _ Rafael aprovechó el momento

para desaparecer.
El joven saludó al soldado de guardia, montó su caballo y lo orientó hacia la iglesia del Pilar. "Tengo que vigilar a esos desalmados".
Eran cerca de las once y media cuando los fieles hicieron su aparición en el atrio. El ánimo de distensión con el que salían cambió abruptamente cuando divisaron a los mazorqueros, quienes comenzaron a inspeccionarlos.
Jubilosos, hallaron lo que andaban buscando. Con una sonrisa dibujada en sus grotescos rostros, se acercaron a una dama que estaba acompañada por su sirvienta. Les había impresionado su gruesa trenza dorada coma las espigas del trigo sin la insignia federal. "A divertirnos", se regodearon los soldados.
Sujetaron a la jovencita entre dos y un tercero le desarmó el peinado tirándole con saña el cabello. Nadie las socorrió a pesar de los gritos de angustia de la sirvienta.
Un jinete se apeó del caballo y de dos rebencazos liberó a la muchacha de sus captores. Al ver quien era no protestaron y se volvieron cabizbajos y rabiosos.
_ Perdone señorita. La próxima vez no olvide colocarse la cinta punzó. Por su bien, claro.
Rafael intentó tomar uno de los rulos rebeldes, pero Lourdes levantó el mentón con petulancia fulminándolo con la mirada.
_ Gracias señor, voy a tener en cuenta su consejo. Adiós.
Abrazada a Tina bajaron apresuradas las escalinatas de la iglesia, para después perderse por las calles de Montserrat.
Rafael las vio alejarse y un sentimiento desconocido comenzó a gestarse en su corazón.
"¿Quién será esa niña de mirada altanera, pero bella como el sol?" Se propuso averiguarlo.

Capítulo 4

"¡Oh, no! ¡Volverlo a ver, no importa dónde;
en remansos de cielo o en vórtice hervidor
bajo unas lunas plácidas o en cárdeno horror!"
Gabriela Mistral

El espejo, cómplice de sentimientos y secretos, reflejaba la mirada de una joven perdida en un mundo de ensueño. El sol de una tarde espléndida ayudaba a iluminar su fantasía romántica.
Unas horas antes el viento del sur barrió todos los nubarrones intensificando el frío. Sin embargo, una calidez desconocida se había apoderado de ella desconcertándola.
A través de las cortinas de encaje se asomaba el recuerdo más cercano que tenía de su madre, un naranjo que había plantado Consuelo siendo niña. Y entre los azahares de ese árbol querido se perdía su mirada.
_ ¿Por qué esa tan triste Lourdes?
Tina la observaba a través del espejo sosteniendo el peine de marfil con una mano, con la otra desenredaba los indomables rizos dorados.
_ Desde que regresamos del Pilar te noto distraída. Pero si todavía estás temblando _ agregó preocupada.
_ Por favor, habla bajo Tina. No quiero que la abuela se entere de lo que pasó _ se inquietó.
_ Lo que yo creo es que no te puedes quitar de tu linda cabecita al mozo que te salvó de esos gusanos.
_ ¡Que tonterías dices!Mira si voy a recordar a ese mazorquero impertinente _ Lourdes, con un movimiento rápido le quitó el peine y continuó arreglándose el cabello ella misma, muy nerviosa.
Tina, sorprendida por reacción de Lourdes, comenzó a reírse.
_ ¿Por qué te ríes?, ¿dije, acaso, algo gracioso? _ se molestó.
_ Me parece que ese mazorquero impertinente te gusta un poquito _ volvió a pincharla.
_ ¡Basta Tina!, como me va a gustar ese truhán servidor de Rosas. Seguramente es un sucio asesino.
_ Sin embargo, hoy se comportó como un gentil caballero _ le aclaró con picardía.
_ Sí, es cierto, pero de ahí a gustarme...Si ni siquiera me fijé en él.
_ Mentirosa _ volvió a reír Tina.
Las mejillas de Lourdes se arrebolaron y aunque intento disimular su contrariedad, no lo consiguió.
Tina terminó el peinado, un rodete sujeto con dos pequeñas peinetas de plata, la besó cariñosamente en la frente y se retiró.
Lourdes, sin timidez, admitió frente al espejo su interés por el misterioso soldado.
_ A ti puedo te lo puedo confesar, no he dejado de pensar en mi mazorquero.
Dos suaves golpes en la puerta la hicieron brincar borrando la imagen del

galán que la perseguía desde esa mañana.
_ Niña, soy yo, Lola. Le traigo un mate bien calientito como a usté le gusta y con unas cascaritas de limón. ¿Puedo pasar?
_ Entra Lola. ¡Hummm! Está riquísimo _ dijo saboreando la infusión.
Lola, la hija de Josefa, era unos meses mayor que Lourdes ; una jovencita inocentona e irreverente que sentía adoración por Lourdes. Ambas estaban unidas por un vínculo entrañable : eran hermanas de leche.
_ ¡Ay niña!, ¿por qué se jueron con la Tina pa' el Bajo solitas? Si doña Mercedes se entera se va a enojar.
_ Lola, siempre con la oreja pegada en las puertas. ¡Cuántas veces te dije que no es correcto! Y ojo con ir con el chisme a la abuela.
Lourdes le devolvió el mate con el ceño fruncido y continuó retocando su peinado, algunos mechones díscolos se le habían escapado del rodete. Se pasó manteca de cacao sobre los labios para darles brillo y por último, se perfumó con su fragancia preferida, esencia de jazmín con una sutil nota amaderada de ámbar. "Delicioso", suspiró cerrando los ojos y dejándose llevar por una combinación de aromas que la hacían única. Era un perfume de París, regalo de su tío Lorenzo.
Lola la observaba con una seriedad inusitada.
_ ¿Cuál es el problema?_ se fastidió Lourdes.
_ ¿Le contaron alguna vez la historia de la viuda, niña?
_ ¿Qué viuda? _ se impacientó. Lola y sus ocurrencias...
_ La viuda e' un alma en pena de una bruja que cuando su hombre murió se volvió loca de pena y rabia. Por eso decidió vengarse de tuitos los hombres. Cuentan que ante' de morir hizo un trato con el diablo pa' seguir con su venganza. Parece que mandinga la transformó en un espetro horrible. Desde ese día los jinetes solitarios que van por el Bajo tienen miedo de que se les aparezca por el camino una mujer vestida de negro y con un velo que le cubre la cara. Y, tonce', ¡escuche niña, escuche!, la viuda se le acerca al jinete, usa su magia y el caballo se desboca en una loca carrera cayéndose en un barranco A la otra mañana encuentran los cadáveres en medio del barro.
Los ojos de Lola salían de sus órbitas y temblaba como una hoja.
_ ¡Cálmate Lola!, ¡que relato tétrico!¿Quién te lo ha contado?
_ Mi tatita. El sabe mucho, niña.
_ Si, ya veo. Pero ese cuento, ¿qué tiene que ver conmigo?
_ Se lo conté pa' que no vaya más nunca pa'l Bajo sola. Mire si se le presenta la viuda. ¡La Virgencita Santa nos ampare! _ se santiguó Lola.
_ No me haría nada. Primero porque soy mujer y segundo porque no salgo de noche. Así que déjame en paz y sírveme otro mate.
"Esta muchacha atolondrada", pensó Lourdes al tiempo que se ajustaba el lazo de terciopelo verde que resaltaba sobre su vestido de muselina lila. De repente se quedó petrificada, "y si mi mazorquero recorre esa zona peligrosa por las noches...¡ay!, y si se le aparece la viuda, ¡ay!, ¡no, por favor!...Pero, ¿qué me ocurre? ¡Que me importa lo que pueda sucederle a ese cerdo federa!".
Se miró una última vez al espejo, tomó su canasta de labores y con andar

cadencioso se dirigió al salón donde la esperaba su abuela.

Seis jinetes, amparados por la bruma nocturna, cabalgaban presurosos por las solitarias calles de Buenos Aires. Eran sabuesos hambrientos buscando una presa.
Hombres excitados por el ímpetu de asesinar, sádicos que se alimentaban del terror que infundían. La sangre derramada de sus víctimas los enloquecía.
Todos disfrutaban con la misión, todos, menos Rafael.
Al llegar a su primer destino, se apearon de sus caballos. Troncoso quedó a su cuidado.
La puerta de entrada tronó con golpes ensordecedores. Los habitantes saltaron de espanto al escuchar: "¡Abran en nombre de la Santa Federación!".
Cuitiño se abrió paso empujando con desprecio al dueño de casa. Detrás de él entraron los demás. En una mano, el trabuco; en la otra, el facón.
_ Nos enteramos que recibe correspondencia del traidor de Alberdi desde Chile _ bramó Cuitiño.
_ Le juro que no, Coronel _ tartamudeó el pobre infeliz.
_ Me parece que me está mintiendo y eso no me gusta...¡Llévenselo! _ ordenó socarrón.
_ Esto es un atropello y no voy a tolerar... _ no pudo terminar, Porto y Reyes se abalanzaron sobre el supuesto culpable. Mientras uno lo sujetaba por los brazos, el otro lo degolló sin asco frente a su familia.
La esposa, desesperada, se soltó de Santa Coloma y se arrojó junto al cadáver de su marido. Los niños, de doce y catorce años, se abrazaron llorando.
_ *Aura* busquen los cobres y las joyas. ¡Gracias doña por colaborar con los proyectos del Restaurador que quiere hacer grande la Patria! _ se jactó Cuitiño.
_ ¡Viva Rosas! ¡Mueran los asquerosos, salvajes, inmundos unitarios! ¡Viva la Santa Federación! ¡Mueran los conspiradores! _ aullaron los mazorqueros.
Rafael estaba helado. "¡Cobarde, soy un mísero cobarde!, se reprochaba incapaz de detener tanta barbarie.
Si se oponía, seguramente Cuitiño lo hubiese matado sin dudar. Acaso Rosas no había asegurado que "asesinaría a su propia hija, Manuelita, si la encontrara responsable de trato con opositores". Idéntico sería su sino. Rosas era el modelo de su padrino y por lo tanto su reacción sería similar. El momento oportuno para rebelarse llegaría. Debía ser paciente, paciencia que lo beneficiaba, pero no lo libraba de sentirse cómplice del horror.
_ ¡Muchacho!,¿qué hace ahí parado papando *mojcas*? Vaya con Santa Coloma a requisar los bienes de estos cobardes _ le ladró con furia, no aprobaba el proceder lánguido, sin coraje de su ahijado. Algo estaba cambiando en el proceder del joven y definitivamente no era de su agrado.

_ Voy padrino, voy _ y se apresuró a cumplir la orden.
Santa Coloma observó de reojo a Rafael, siempre pulcro, correcto en el hablar, diestro con el facón, dueño de buenos modales. Demasiado perfecto para su gusto. Encajaba mejor en una tertulia de gente elegante que entre ellos, mazorqueros de ley. El Goyo le había referido como el ahijado de Cuitiño había defendido a la chinita que había faltado al uso de la insignia punzó. "¡Así que le gustan las mujeres!, por lo menos no le salió chancleta al Coronel", semejante idea le provocó una siniestra carcajada. Luego se acercó a una de las vitrinas del comedor y se apropió de una botella de vino clarete. La descorchó y se sirvió en una copa de fino cristal tallado. Brindó en voz alta : "¡Violín, violón!, que el santo sistema de la Federación les dé a los salvajes unitarios, violín-violón!". Y de un trago vació el contenido de la copa. Los demás reían, insultaban y destruían las pertenencias de la familia buscando lo que les interesaba, dinero.
Cuando cumplieron con su cometido se marcharon dejando una estela de lamentos y sangre.
A esa casa le siguieron una docena más; en todas el mismo rito macabro. Rafael ansiaba que amaneciera y en ese momento se dibujó en su memoria el rostro de una mujercita de mirada verde como un vergel y de cabellos como rayos de sol. "Mi sol, así la llamaré".
Al fin, después de tanta violencia desatada, decidieron concluir la masacre bebiendo en el Bajo, una zona poco poblada y de peligroso acceso especialmente por las noches. Abundaban las pulperías, por lo tanto, también los mamados y los cuchilleros. Las calles eran zanjones en los que amanecían cadáveres resultantes de algún duelo.
Hacia allá rumbearon los mazorqueros, felices con su botín.
Leandro Alen, propietario de la famosa pulpería "El Pobre Diablo" y amigo íntimo de Cuitiño, los recibió entusiasmado. En el lugar, una choza con dos compartimientos, juntaron dos mesas y pidieron grapa, "Pa' calentar el garguero", festejó Reyes.
Alen los indagó curioso.
_ ¿Jugoso lo *recoletado*?
_ Más que jugoso, mi amigo _ respondió satisfecho Cuitiño,
_ ¿Alguno se retobó?
_ La mayoría, pero mi fiel compañero los amansó _ Ciriaco acarició con fiereza su facón, un cuchillo largo con vaina y empuñadura de plata que usaba sujeto en la parte trasera de la rastra.
Las palabras del hombre provocaron un estallido de risotadas. Rafael se mantuvo callado y sombrío.
_ Y *usté* muchacho, se ve *aplastao*, seguro que de tanto entrevero. Échese una ginebrita y va a ver como recobra energía _ Alen le palmeó la espalda dándole ánimo.
_ ¿Visitaron a Viamonte? _ siguió interrogando el pulpero.
Viamonte, héroe de las Invasiones Inglesas, tuvo una destacada participación en la gesta de la Independencia.
_ ¡Ajá! Al hijo, el Avelino, lo tenemos *embretao* por conspirador. Mañana lo *jusilamo* y a la *sepoltura* _ tronó Ciriaco dando un puñetazo en la mesa.

Con la manga de su chaqueta se secó los bigotes, húmedos de ginebra.
_ Y por acá, ¿alguna novedad _ continuó _ Me cuentan que el Fermín Suarez tiene bien vigilada la zona costera. Estos mugrosos unitarios como mojcas *juyen pa* Montevideo y como a *mojcas* hay que aplastarlos.
_ Sí, mi Coronel. Suarez lo tiene *tuito* controlado. Es un federal corajudo y leal _ aseveró Alen
_ *Ta´güeno*. Es hora de irnos muchachos, tienen una *tranca* que apesta.
Con movimientos vacilantes, a consecuencia de la borrachera, montaron en sus caballos y sin contratiempos regresaron a la ciudad.
Rafael, cargó a su padrino hasta el dormitorio. Lo desvistió con cuidado; le sacó las nazarenas, las botas de cuero curtido, el poncho, su preciado cinto de cuatro hileras de patacones de plata y la camisa salpicada de sangre, que se apresuró a quemar en el fuego de la chimenea. "Mamá Pancha no debe enterarse", pensó con tristeza.
Lo cubrió con una manta de vicuña y cerró la puerta. Sólo se escuchaban los ronquidos.
Rafael se encerró en su habitación. Lavó sus manos con el agua fría que contenía la jofaína depositada sobre la cómoda. Deseaba borrar toda huella de locura y muerte de su cuerpo. Se restregó con una toalla de lino que alguna de las sirvientas había dejado colgada en la silla de su escritorio. Exhausto, se desplomó en la cama. No quería pensar ni reflexionar en lo ocurrido. "¡Cuanto daría por despertar de esta pesadilla!"

En medio de su oscuridad, un rayo de esperanza lo iluminó. ¿Quién sería esa desconocida que lo tuvo en vilo durante toda la jornada? Ella lo alejaba de la culpa y los remordimientos. Ella le otorgaba bríos para añorar una vida en paz. Sí, sin dudas, ella poseía magia.
"Mañana mismo me pongo en campaña para averiguar su paradero. Necesito encontrarla".
Con ese pensamiento se durmió. Un hada de increíbles ojos verdes veló su sueño.

Capítulo 5

"Quiero poseer un rizo de tu pelo
de ese pelo magnífico
que con tus grandes ojos forma un cielo
soberano, bellísimo, esplendente".
Amado Nervo

Ciriaco Cuitiño estaba furioso. Se paseaba nervioso a lo largo de la sala señorial y pensaba, "¡Cúantas porquerías juntó esa arpía traidora". Porcelanas, grabados, relojes mecánicos, extravagantes sahumerios, espejos venecianos apoyados en delicadas mesitas rinconeras. Todo rematado por una impactante lámpara de plata que iluminaba asombrosamente.
"Tanto lujo, ¿*pa* que?. Mucha sonrisita a su Excelencia y por atrás le clavaba un puñal. Hizo bien en juir pa' la otra orilla, que si llegaba a caer en mis manos..."
Mariquita Sanchez de Thompson y Mendeville, una mujer franca y brillante, durante el gobierno de Rosas tuvo que exiliarse en Montevideo porque a pesar de la vieja amistad que existía con el Dictador había tomado partido por los opositores al régimen imperante. Por ese motivo, al quedar la casa deshabitada Cuitiño la usurpó.
El recuerdo de la traidora era el menor motivo de su enojo. Su gran preocupación era Rafael y su cambio de actitud.
"¿Qué fue de ese mozo temerario y aguerrido? En el levantamiento de Corrientes saltaba como un tigre sobre nuestros enemigos y con una naturalidad que daba escalofríos, le aplicaba la *resfalosa*, los degollaba sin *ajco*. En Pago Largo pasó a cuchillo a varios oficiales, incluido el cabecilla de la rebelión, Berón de Estrada.
Cuando su Excelencia se enteró de la conjuración preparada por los unitarios encabezada por el Coronel Maza, amigo de Manuelita, fue el Rafa quien lo arrestó y fue el Rafa quien asesinó al Presidente de la sala de Representantes en el despacho de la Legislatura. ¡Ese era mi Rafael y no este cagón!", reflexionaba contrariado.
¿Encararlo?, ¡no!. Esa no era la forma adecuada. Debía urdir una estrategia con el propósito de averiguar que le estaba sucediendo a su ahijado y sacar de raíz aquello que lo estaba alejando de él y de la causa federal.
"La culpa la tienen esos libros de mierda. ¡Hoy *mesmo* se los quemo!". Vociferó el nombre de Jovita y ésta se presentó acalorada por la prisa, le tenía pánico a Cuitiño.
_ Negra, quiero que *vigilés* bien de cerca al Rafael, que él no se *dea* cuenta. Quiero saber con quien habla, a donde va, si tiene nuevos amigos...¡todo!, ¿*entendistes*?.
_ Sí, patrón, entendí clarito.
_ Mejor así, sino vas a conocer las caricias de mi compadre.
_ ¿De quién, *pué*? _ preguntó perpleja y asustada.

_ De éste, tonta. Diez rebencazos te van abrir las entendederas _ Ciriaco le señaló el rebenque que colgaba de su cinturón mientras le tiraba con alevosía el pelo crespo y enmarañado.
_ No le voy a sacar *lo´jojo* de encima, no se priocupe patroncito.
Jovita desapareció como una exhalación.
Ciriaco le temía a la verdad, quería demasiado a su muchacho, pero era imprescindible indagar, localizar el mal que se estaba apoderando de sus pensamientos y extirparlo.
Llegó la hora del almuerzo y allí se encontraron. Rafael, demacrado ; Cuitiño, colérico.
Doña Francisca no se sorprendió ni se preocupó al ver a su hijo en ese estado, era algo habitual en él, sólo sintió curiosidad. "¿Qué le habrá pasado ahora?". La mirada de Ciriaco era tan oscura como su humor. "Mejor me quedo callada", decidió cohibida.
Rafael se sentó frente a su abuela; Ciriaco, en la cabecera.
Jovita quebró el silencio al entrar al comedor arrastrando los pies y haciendo malabares con la fuente en la que un gran zapallo ahuecado contenía una humeante carbonada.
Sólo se escuchaba el sonido del cucharón chocando contra los platos de porcelana. La tensión crecía a medida que transcurría el almuerzo.
Al servirse el postre, una deliciosa natilla, Ciriaco fijó la vista en su ahijado.
_ Espero que esta tarde se digne a participar en la procesión.
_ Por supuesto, ahí estaré _ respondió sin levantar la vista de la natilla.
Cuitiño se retiró molesto y se encerró en su despacho.
_ ¿Por qué anda tan nervioso el Ciriaco *m´hijo* ?
_ No sé mamita Pancha. Bueno, si me disculpa voy a prepararme para la celebración en honor de su Excelencia. No quiero llegar tarde _ la besó en la frente y se marchó.
Se engalanó con el uniforme federal: pantalón ancho de lienzo blanco, camisa al tono, chiripá y chaqueta corta. Buscó el gorro de manga, también rojo con bandoleras blancas. En esa ocasión optó por las botas confeccionadas con el cuero de pata de caballo, sin costura y abiertas en la punta.
Con paso cansino se dirigió a la Catedral de donde saldría la procesión.
En el camino se encontró con Nicolás Mariño, secretario privado de Rosas.
Conversaron amigablemente.
_ ¿Qué novedades tiene don Nicolás?
_ Malas. Urquiza nos está dando problemas.
_ ¿Qué anda pasando?_ se intrigó.
_ Parece que le empezó a gustar la idea de la libre navegación de los ríos Paraná y Uruguay. Rosas está que echa chispas y a eso súmele la exigencia de los correntinos para que se sancione la Constitución.
_ A mí me parece que el punto neurálgico del conflicto es el monopolio económico. El interior se queja porque Buenos Aires usufructúa los beneficios de la Aduana sin darle participación _ opinó Rafael.
_ ¿Y qué quiere mi amigo? Necesitamos de esa ventaja para hacer frente a las agresiones militares que sufrimos. Además gracias a la inepta

gestión de Rivadavia, Buenos Aires quedó fuertemente endeudada con Inglaterra.
_ Sí, lo de la Banca de Baring y la hipoteca de las tierras fiscales como garantía para el mentado préstamo.
_ Exacto. Préstamo destinado para la construcción del puerto y el establecimiento de nuevos pueblos en la frontera, como...
_ Carmen de Patagones _ terminó Rafael
_ Está bien informado mi amigo. Llegamos _ dijo al divisar la Catedral _ Hoy la misa la oficia el Obispo Medrano. Lo dejo Rafael, creo ver a Manuelita sentada delante del púlpito. Un gustazo cruzarme con usted.
El sermón se centró en agradecer a Dios los éxitos de don Juan Manuel de Rosas y en exhortar a los jóvenes a pertenecer a la virtuosa causa federal. Monseñor Medrano, siempre intenso en sus homilías, comenzó diciendo:"Feligreses míos, si hay entre nosotros algún asqueroso, salvaje unitario, ¡que reviente!".
Al finalizar la misa, el Obispo abrió la procesión llevando en alto el retrato del Restaurador. Iba flanqueado por dos sacerdotes con sobrepellizas rojas. Detrás de ellos, avanzaban los fieles cantando himnos sagrados.
En la calle esperaba un carro adornado con rosas rojas. Allí fue depositado con solemnidad el retrato del Dictador. Algunos fieles elegidos, tuvieron el honor de arrastrarlo entre vivas y una lluvia de pétalos de flores multicolores. Tomaron por la calle de la Santísima Trinidad.
Rafael se mezcló en la ferviente multitud.
Mientras tanto, Lourdes rezongaba ante la insistencia de Mercedes, que la obligaba a participar de la procesión.
_ Por favor abuela, es un circo.
_ Shhh, niña, que pueden oírte. Por lo menos asómate a la ventana, así sabrán que nos unimos a ello _ le pidió.
Lourdes abrió de par en par la ventana del salón y se sentó en el alfeizar. La gente comenzó a pasar frente a ella aplaudiendo y vivando a Rosas, quien se había autoproclamado "tirano ungido por Dios".
Alguien captó su atención. A un lado del carromato que llevaba el retrato del Dictador y de la Inmaculada, iba el mazorquero que la auxilió en la iglesia del Pilar. Su porte altivo y sensual la impresionó. Fijó su mirada en él. Se ruborizó cuando descubrió que los ojos grises de él la estaban devorando.
Incómoda, intentó retirarse, pero no pudo. El era como un imán que la retenía y, para su asombro, a ella le agradaba.
Rafael también se sorprendió al verla. Estaba bellísima, sonrió al notar que no tenía la insignia punzó en el cabello. Intentó acercarse, pero el gentío se lo impidió. Intentó hablarle, pero el griterío lo silenció.
La deseó y ese deseo lo expresó con la mirada. Ella comprendió su mensaje y se turbó.
Lourdes cerró lentamente la ventana.
_ ¿Fue tan duro el sacrificio? _ preguntó Mercedes invitándola a acomodarse junto a ella y cerca del calor que se desprendía de la estufa.
_ No, abuela, aunque detesto estos acontecimientos. No entiendo como el abuelo Alonso pudo ser amigo de un hombre tan nefasto.

_ Lo creas o no, Juan Manuel fue en una época una persona muy considerada y generosa con la peonada.
_ Y entonces, ¿qué le pasó?, ¿cómo es que se convirtió en un monstruo?
_ No sé hijita...quizá tanto poder en sus manos...
_ ¡Cambiemos de tema abuela!, no arruinemos la tarde...¡Que bien bordas abuela! Este mantel es una obra de arte _ la halagó salamera.
Ambas rieron y continuaron conversando sobre temas amenos, alejados de la política.
Esa noche, Lourdes soñó con su mazorquero. Ella apenas lo conocía, pero él ya se había adueñado de su corazón.

Rafael entró silbando en la espaciosa cocina. Clota, la cocinera, y su hija Jovita, se codearon risueñas.
_ ¿Qué le pasa a éste que está tan contento?
_ Vaya uno a saber.
Hacía tiempo que el joven parecía embargado por una profunda tristeza y ahora, verlo tan animado, las sorprendió gratamente.
Rafael se acercó al fogón y mojó un trozo de pan en el caldo del guiso.
_ Esto está riquísimo, Clota _ Espero que hayas preparado mi postre preferido, negra linda.
_ La mazamorra está casi lista _ contestó halagada _ Me tarde en hacerla porque el lechero llegó más tarde que de costumbre.
Y así como entró, salió tarareando un "Cielito". Las negras se miraron divertidas.
Esa mañana, luego de muchos rodeos, logró que su padrino le facilitara los datos de la familia de la calle de la Santísima Trinidad , la familia del hada de sus desvelos.
"Así que mi sol se llama Lourdes", saboreó con placer el nombre. Se enteró también que Alonso Aguirrezabala, abuelo de la muchacha, había mantenido una relación de negocios con Rosas. En ese entonces, se dedicaron al acopio de frutos y a la salazón de pescado y carne con redituables ganancias.
Más tarde, don Alonso le vendió unos campos sobre el río Salado, donde Rosas estableció la estancia "Los Cerrillos".
Cuitiño estaba al tanto de estos tratos comerciales por su estrecha relación con el Gobernador de Buenos Aires, don Juan Manuel de Rosas. Con sorna, le confió la vergüenza de don Alonso. Consuelo, su única hija, quedó en estado de buena esperanza sin estar casada. El y su mujer, doña Mercedes Escalante, fueron la comidilla de la sociedad porteña durante mucho tiempo a pesar de sus vanos intentos por ocultar la verdad. La joven murió en el parto y el padre la siguió un par de días después.
_ Doña Mercedes se hizo cargo de la niña que nació en el Convento de las Catalinas. Ahora viven solas en la casona de la Santísima Trinidad con unos cuantos sirvientes. Su Excelencia siente afecto por ellas y las respeta. No olvida que don Alonso lo ayudó financieramente en su juventud cuando se independizó de sus padres _ le explicó.

Rafael averiguó más de lo que esperaba. Dura historia para una niña tan frágil, al menos eso suponía él.
El próximo paso era provocar un encuentro...y el encuentro no se hizo esperar.
La encontró en la Recova. Iba escoltada por una negrita simpática y diligente.
Lourdes caminaba distraída tratando de recordar los colores de hilos que su abuela le había encargado y sin prestar atención a la cháchara de Lola.
Rafael hacía su recorrida habitual de media mañana por las Plazas del Fuerte y de la Victoria.
Al verla, apuró el paso.
Cuando Lourdes lo reconoció era tarde para cambiar de rumbo. No tuvo más remedio que seguir adelante.
Rafael la saludó deteniendo el paso de la joven. Ella apenas lo miró. Lola quedó rezagada, observándolos con desconfianza.
_ El destino está empecinado en unir nuestros caminos _ la voz grave del mazorquero la cautivó.
_ Eso parece _ respondió sonrojada.
_ Permítame que me presente. Soy el Sargento Rafael Cuitiño.
_ ¿Cuitiño? ¿El Comandante de la Mazorca?_ se impresionó.
_ Es mi padrino _ le respondió con una sonrisa que la desarmó.
_ Tengo que irme. No puedo hablar con extraños en la vía pública _ los nervios la traicionaban.
_ Si quisiera obsequiarme con su nombre... _ se acercó demasiado a Lourdes y ella se apartó nerviosa.
_ Lourdes Aguirrezabala.
_ Mucho gusto señorita Aguirrezabala _ intentó tomarle la mano, pero ella la escondió entre la falda. Hizo una extraña reverencia y como un rayo, entró en la primer tienda que vio.
"Ya tendré otra oportunidad y no permitiré que te me escapes tan fácilmente", pensó decidido y para su sorpresa ese mismo día tuvo su segundo encuentro con la dama esquiva.
Lourdes adoraba pasear por la Alameda y como esa tarde el sol cohibía al frío otoñal, convenció a Tina para que la acompañara.
Iban abrazadas, conversando y riéndo, probablemente de alguna ocurrencia de Lourdes.
Rafael las contempló de lejos.
Lourdes lucía un vestido de terciopelo azul; una mantilla de seda roja le cubría la cabeza.
Un presentimiento apremiante le hizo postergar la lectura de un nuevo libro sobre las ideas políticas de Hobbes, obligándolo a caminar por la costanera. Había hecho bien en obedecerlo.
Rafael nuevamente se le acercó y trabó conversación.
_ Señorita Aguirrezabala, ¡qué casualidad! Es una alegría encontrarnos nuevamente. La tarde está magnífica, ¿no le parece?
Lourdes le contestó con un sí tímido y luego le presentó a Tina que parecía divertirse con la situación embarazosa de la joven.
_ Me gustaría conversar un momento a solas con usted, por supuesto,

bajo la vigilancia de la doña Tina _ aclaró con caballerosidad.
_ No sé, yo..._ miró a Tina pidiendo auxilio, aunque no fue de gran ayuda
_ Ve querida, te espero en la glorieta. Me encanta contemplar el río a esta hora _ dijo reprimiendo la risa.
Se sobresaltó cuando Rafael la tomó del talle. "¡Que descarado!" Se apartó con brusquedad. El, sin alterarse, volvió a tomarla del brazo. Ella, vencida, se lo permitió.
_ Lourdes, ¿puedo llamarla así? Desde que la vi en la iglesia del Pilar no dejo de pensar en usted...hasta en sueños me persigue su rostro. La busqué por toda la ciudad y cuando empezaba a desesperar la descubro sentada en la ventana de su casa durante la procesión dominical _ Rafael siempre tan directo para expresar sus sentimientos.
_ Yo también me sorprendí _ dijo en voz baja.
_ Estos pocos minutos no alcanzan para expresarle todo lo que usted despierta en mí. Me ha robado el corazón, señorita.
Rafael le tomó las manos y se las besó. Ella, esta vez, no las apartó.
_ Pero si no me conoce...
_ Lo sé, pero cuando la vi esa mañana, tan frágil, defendiéndose de esos cerdos que la atacaban, mi corazón se contrajo. Me miró y me robó el alma.
Lourdes lo escuchaba embelesada. Nunca antes un hombre le había hablado de esa manera.
_ Exagera _ atinó a decir apocada.
_ Claro que no. Sería una alegría para mí volver a encontrarnos _ era casi una suplica.
_ Pero usted es un mazorquero y yo... _ Lourdes dudaba
_ Eso que importancia tiene. ¿Acaso es usted unitaria?
_ No, no, mi familia es leal a Rosas _ mintió _ Es que nunca imaginé que alguien de la Mazorca se interesaría en mí. Corren muchas habladurías sobre ustedes y no son buenas _ se animó a decir.
_ Son sólo eso, rumores mal intencionados. No les preste atención, pero, por favor, volvamos a vernos _ insistió.
_ El próximo domingo aquí mismo y a esta hora _ se apresuró a responder.
Rafael respiró aliviado, había conseguido una cita.
La vio alejarse, sintiendo como crecía en él el deseo de besar esos labios carnosos que lo desvelaban.
"Todo a su tiempo", se prometió.
A Lourdes le molestó el interrogatorio de Tina, ella sólo deseaba retener en su memoria las dulces palabras de Rafael.
Tina se conformó con algunas frases sueltas y luego permaneció en silencio. "El muchacho es agradable, pero es un mazorquero y todos los mazorqueros son asesinos", se preocupó.
No era la intención de Lourdes desobedecer a su abuela, así que mantuvo en secreto su encuentro con Rafael.
Las semanas pasaron y las citas se repitieron. El Paseo de la Alameda, la Recova y la Plaza Victoria, fueron testigos de un sentimiento que crecía y se afianzaba. Tina observaba y callaba, aunque muy a su pesar comenzó a

simpatizar con Rafael. Le recordaba a ese hijo que había perdido hacía tantos años.
Una mañana, Lourdes inquieta, buscó a su abuela por toda la casa. La halló cerca del aljibe cortando unas hortensias para engalanar el salón.
_ ¡Abuela!, se nos acabaron las zanahorias y las cebollas. Se me ocurrió ir hasta las quintas para comprar lo que nos hace falta. ¿Se le antoja alguna fruta?¿Qué le parece unos ricos zapallos para que Tomasa prepare en almíbar?_ habló atropellada.
_ No me gusta que vayas al Bajo, Lourdes.
_ Pero abuela si es temprano. Además me lleva Domingo en el carruaje y Lola me acompaña.
_ Esta bien, ve y regresa pronto. Me dejas angustiada, Lourdes.
_ Gracias abuelita. Verá que verduras deliciosas compro _ se despidió con un sonoro beso que hizo sonreír a Mercedes.
A poco de iniciar la marcha, un mazorquero detuvo los caballos del carruaje. Domingo se paralizó. "¡La Mazorca, cruz diablo!", tembló el cochero.
_ Domingo, no temas _ lo tranquilizó Lourdes _ Rafael, sube, y tú, Lola siéntate en el pescante con tu padre._ ordenó.
_ Pero niña..._ rezongó Lola.
_ Nada, nada, ¡haz lo que te digo!
Rafael se acomodó cerca de ella y el coche se puso en movimiento.
_ Me encanta ir de compras contigo Lourdes, aunque me parece que ya es tiempo que le cuentes a tu abuela sobre nosotros _ mientras le hablaba iba dejando un reguero de besos sobre cuello de la joven.
_ Paciencia Rafa, ¡lo haré, lo haré!_ balbuceó
Harto de contenerse la besó con ardor. La boca de Lourdes lo enloquecía.
_ ¡Rafa!, no me dejas respirar _ se rió.
_ Calla _ le susurró al oído mientras el aroma a jazmín de la joven aumentaba su excitación. ¡Cuánto la amaba!
_ Dime Lourdes _ consiguió decir _ ¿Cuál es tu temor? ¿Es porque soy el ahijado de Ciriaco Cuitiño?
_ Sí. Mi familia aborrece a la Mazorca. Es sabido las monstruosidades que cometen y ¡tu padrino es el jefe!_ lloriqueó.
_ Mil veces te aseguré que no tengo nada que ver con la Mazorca, yo simplemente administro los bienes personales de mi padrino, casi ni me aparezco por el cuartel. El no quiere involucrarme en sus asuntos y a mí no me interesa hacerlo. A ese hombre le debo lo que soy, le debo la vida, Lourdes...a él y a "mamita Pancha". Una tarde te llevo a mi casa y te la presento. Ella es la persona más sabia y sensata que conozco. Estoy seguro que congeniarán.
Lourdes se colgó del cuello de Rafael y lo besó con desenfado.
Detuvieron el juego sensual al llegar a la zona de las quintas.
Luego de llenar dos canastas de hortalizas y frutas, regresaron felices de haber compartido una jornada abundante en sueños y proyectos.
Antes de llegar se besaron largamente, imposible separarse.
_ De esto nada a la abuela, ¿entendido?
_ Entendido niña _ dijeron al unísono Domingo y Lola, temerosos de una

reprimenda sin apartar la vista del apuesto mazorquero que se alejaba silbando por las calles encharcadas.
Mercedes la escuchó llegar. Lourdes cruzó el salón entonando una nana francesa que su abuela le cantaba de pequeña para que se durmiera. Se saludaron cariñosamente. Luego de inspeccionar la compra, Lola llevó las canastas a la cocina.
Más tarde, en su habitación, estudió la manera de comunicar a su abuela y a su tío Lorenzo su profundo amor por Rafael. "La tormenta estallará", pensó apenada.

Capítulo 6

"Te amo en cada frágil aliento
con cada sonrisa y con cada lágrima de mi ser,
y si Dios así lo desea,
tras la muerte te amaré aún más". Elizabeth Browning

Lourdes era simpática, extrovertida y generosa, sin embargo siempre fue excluida del círculo social porteño.
En vano intentó entablar amistad con las muchachas de su edad, ellas siempre la menospreciaban. Al principio sufrió por la desidia con que la trataban hasta que decidió que no valía la pena mendigar afecto. Le bastaba con el cariño de su abuela, Tina y su extravagante tío Lorenzo.
Sin embargo ese mañana sorprendió a Mercedes con un pedido insólito.
_ Abuela, ¿puedo ir esta tarde a la casa de Benita? Me invitó a tomar el té.
_ ¿Benita?, ¿desde cuando son amigas? ¿Acaso no la soportabas por necia y soberbia?
_ Es verdad, pero bueno...me prometió pasar una tarde agradable y no pude resistirme a su invitación. Voy con Lola.
_ Siempre me convences, chiquilla insistente _ rió la abuela.
Mercedes padecía el rechazo social del que era víctima su nieta. Su esfuerzo por ocultar el pecado de Consuelo con mentiras no logró frenar las lenguas viperinas de algunas damas patricias. El milagro fue que el veneno de las murmuraciones nunca alcanzó a Lourdes. "Sin duda Consuelo la protege", se repetía con alivio.
Esa tarde, Lourdes coqueteó frente al espejo más de lo que acostumbraba. Descartó tres vestidos antes de elegir uno verde, adornó sus trenzas con cintas amarillas y verdes, y a regañadientes, se prendió un moño punzó en el escote del vestido. Se pellizcó las mejillas para darle color y se perfumó con esencia de jazmín.
_ Estas muy linda, querida. No te entretengas conversando. Quiero que llegues antes del anochecer, ¿entendido? _ le recomendó Mercedes.
_ Comprendido, abuelita. Te quiero _ con un rápido beso se despidió.
Lourdes llevaba un cesto de mimbre con pastelitos de membrillo y unos riquísimos gaznates, exquisitas confituras rellenas con dulce de leche.
_ ¡Ay niña!, mentirle a su abuela está muy mal _ lloriqueó Lola.
Ambas se dirigían a la casona que había pertenecido a Mariquita Sánchez de Thompson.
_ ¡Calla Lola!, sé lo que hago. Te prometo que pronto le diré la verdad _ la regañó harta de sus gimoteos.
Al llegar, Jovita las recibió. "¿Quienes serán estas dos?", se intrigó. Las miró con descaro y las condujo hasta la sala.
Allí estaba Rafael. La abrazó y besó sin disimulo ante el estupor de las dos negras.
_ Jovita , lleva a Lola a la cocina y sírvele unos mates.
_ ¿Yo, patroncito? _ exclamó indignada.

_ Sí, y lleva también esta canasta. ¡Apresúrate!_ la apremió, deseaba estar a solas con Lourdes.
De mala gana Jovita guió a Lola a través del patio.
Rafael, luego de besar a su antojo a Lourdes, la condujo hasta el comedor. Allí, en su mecedora, dormitaba doña Francisca.
Rafael la despertó con un beso en la frente.
_ Lourdes está aquí, mamita.
Doña Francisca bostezó y fijó la vista en la joven.
_¡Bonita la moza!. Acérquese, dele un beso a esta vieja _ la animó con ternura.
_ Me alegra conocerla, doña Francisca. Rafael me habló mucho de usted.
_ Y a mí de usté. Desde que la conoció, el Rafa tiene un brillo especial en los ojos.
_ Mamita Pancha, Lourdes te trajo gaznates.
_ Rafa me contó que eran su golosina preferida.
_ Gracias hijita, desde que estoy enferma son pocos los gustos que puedo darme. Me vigilan a sol y a sombra...
_ No se queje, viejita, la queremos por eso la cuidamos.
_ Si me permiten, voy hasta la cocina a apurar a la Jovita. Esa chinita lerda en'tuavía no apareció con el mate. Encima, ¡me muero por probar esos gaznates!_ sentenció alegre la anciana.
Con dificultad, se levantó de la mecedora y lentamente se encaminó hacia la cocina.
Rafael , aprovechando que quedaron solos, nuevamente besó a Lourdes.
_¡Cuidado!, pueden vernos _ dijo mirando hacia todos lados.
_ Va a tardar en volver. La muy pícara nos dejó solos a propósito.
Rafael comenzó con un juego de caricias que los encendió.
_ Te deseo Lourdes. Noche y día, te deseo. Estoy cansado de que nos ocultemos. Te ruego, ¡hablemos con tu abuela ya!
_ Dame tiempo Rafa. Ella no va aceptar que ame a un mazorquero _ le suplicó.
_ ¡Pero no lo soy! _ mintió con remordimiento. Si Lourdes descubría quien era en realidad lo abandonaría. No, él no lo permitiría. Ella era suya.
_ Tú no, pero tu padrino carga con muchas culpas.
_ Déjame hablar con ella, la fuerza de nuestro amor la va a convencer. ¿No entiendes que eres mi vida? _ insistió Rafael.
_ Te prometo que hoy mismo le cuento sobre nosotros y ¡que Dios nos ayude!
Con un movimiento veloz Rafael la sentó sobre el clavicordio y devoró su boca tentadora.
La timidez y el recato de Lourdes se diluyeron en el fuego de la pasión. Un cosquilleo delicioso le recorrió el cuerpo haciéndole olvidar la prudencia.
Se apartaron con prontitud al escuchar las voces de doña Francisca y de Jovita que se acercaban por el corredor.
La mujer sonrió al notar la boca de Lourdes roja y húmeda como una fresa madura. "Bendita juventud", suspiró recordando viejas épocas.
La tarde pasó volando. Rieron cuando doña Francisca recordó la traviesa infancia de Rafael. Lo describió como a un niño cariñoso que con el correr

de los años se convirtió en un joven inteligente y sensato.
Lourdes escuchaba atenta las anécdotas mientras disfrutaba de la cercanía de Rafael, el hombre que amaba con toda su alma.
_ Ya es hora de retirarme. Muchas gracias doña Pancha por su hospitalidad.
_ Espero que pronto repita la visita. Y llámeme "mamita Pancha", querida.

Rafael insistió en acompañarla, pero ella se negó rotundamente. Se despidieron con un beso que dejó a Lola y a Jovita con los ojos desorbitados.
Al tomar la calle de la Piedad Lourdes y Lola apuraron el paso, ya anochecía. Asustadas, escucharon detrás de ellas insultos y gritos. Una chusma enfervorizada se acercaba a ellas. Corrieron tomadas de la mano. La muchedumbre enfurecida las alcanzó y arrastró como una tromba fuera de control.
Lourdes cayó en la calle embarrada. Dos locos le pasaron por encima. Lola, llorando, trató de levantarla. A duras penas, la joven se incorporó... temblaba de pánico. La negra la sujetó por la cintura y se apretujaron contra la pared de una casa vecina hasta que los desquiciados terminaran de pasar.
Domingo estaba en el frente de la casa esperándolas. Presenció aterrorizado la violenta manifestación federal. El gentío aullaba,"¡muerte a los perros unitarios que quisieron asesinar a don Juan Manuel!".
Cuando las descubrió entre la chusma corrió hacia ellas. Alzó en brazos a Lourdes y en tres zancadas llegaron a la casa.
Mercedes espiaba por la ventana, al verlos gritó espantada.
_¡Madre Santísima!, ¿qué ocurrió? Lourdes, querida, ¿ cómo te sientes? Domingo, recuéstala en el sillón y llama a Tina.
_ ¡Hijita, hijita!, ¡que desgracia! _ Mercedes estaba fuera de sí.
_ Tranquila doña Mercedes, son sólo rasguños y un gran susto _ trató de calmarla Tina, aunque ni ella se lo creía. "¡Malditos federales!", pensó con rabia.
_ ¡Domingo!, ve en busca del doctor Muñiz y luego ve por Lorenzo.
_ Sí, sí, patroncita, voy volando _ dijo hecho un manojo de nervios.
Mercedes volvió junto a Lourdes. Tina le sostenía la mano mientras le limpiaba el barro y la sangre del rostro.
_ ¿Por qué los Riglos no te enviaron en su carruaje? ¡Que desconsiderados! Me van a escuchar, ¡sinvergüenzas! _ exclamó irritada.
_ Abuela...no estuve en casa de Benita_ titubeó.
_ ¿Y dónde, entonces? _ se exasperó.
_ De eso justamente te quería hablar...

Luego de la partida de Lourdes, Rafael se encerró en su dormitorio. Debía meditar sobre su futuro y el de Lourdes. La amaba y nadie los separaría. El maldito litigio entre federales y unitarios estaba poniendo de cabeza su vida. Debía huir con Lourdes. ¿A la Banda Oriental?, quizá. Allí estarían a salvo.

Enfrascado en sus pensamientos abrió sin pensar uno de los cajones del escritorio. Allí, oculto entre documentos y cartas que debía enviar a los gobernadores de Entre Ríos y Corrientes, encontró un ejemplar de "El Nacional" de Montevideo. Rafael comenzó a hojearlo. La editorial de Echeverría, acérrimo enemigo del régimen rosista, captó su interés: "La lógica de nuestra historia está pidiendo la existencia de un nuevo partido, cuya misión es adoptar lo que haya de legítimo en uno y otro partido (unitarios y federales)...Los medios para resolver el progreso de la Nación Argentina están en la democracia; fuera de eso, no hay sino caos, confusión y quimeras". "¡Cuánta razón!", pensó compartiendo la opinión del escritor exiliado.
Los gritos desaforados de Jovita, hicieron que pegara un respingo rompiendo una de las hojas del periódico.
_ ¡Patroncito!... su padrino lo llama con urgencia _ Rafael con rapidez escondió el diario debajo de la cama y abrió la puerta.
_ Calma, ¿qué sucede? _ le preguntó a una Jovita sudorosa y desalineada.

_ No sé, pero está jurioso.
Rafael encontró a Cuitiño en el comedor fumando un cigarro. Parecía irritado.
_ Rafa, algo terrible acaba de pasar.
_ Cuente, padrino _ se intranquilizó por Lourdes.
_ Los unitarios *sotretas* intentaron asesinar a su Excelencia.
_ ¿Cómo?, ¿a pesar de la protección estricta de su guardia personal? _ se sorprendió.
Últimamente Rosas vivía enclaustrado en su mansión de Palermo temiendo un atentado contra su persona.
La Mazorca estaba al tanto que su Excelencia , el Gobernador de Buenos Aires, engañaba a sus enemigos haciéndoles creer que atravesaba la ciudad en una galera colorada completamente cerrada tirada por cuatro caballos y escoltada por ocho soldados. En realidad él se trasladaba a caballo en altas horas de la noche y protegido por hombres de su confianza, carniceros de profesión.
_ Vamos a tener que reforzar la protección del Gobernador y *usté* se va a encargar.
_ ¿Yo?, ¿por qué? Hágale ese encargo a Santa Coloma o mejor aún, al jefe de policía, don Parra.
_ No se me *retobe* Rafael. Mis órdenes no se discuten, se cumplen _ Cuitiño ardía.
_ Como diga padrino, no se enoje. Ahora cuénteme que sucedió _ trató de calmarlo.
_ Hace unos días un *franchute* le regaló a don Juan Manuel una caja de madera que quedó sobre su escritorio. Ahí estuvo sin que se le diera importancia hasta que la Manuelita se la pidió. Ella se la llevó al dormitorio y cuando levantó la tapa, varios tubos la apuntaron. Si no *juera* por la *agilidá* del Gobernador que de un manotazo la tiró por la ventana, en este momento los dos estarían bien muertos _ explicó de un tirón.
_ Todo me parece muy extraño padrino.

_ El *mesmo* Gobernador dijo que si seguía *vivito y coliando* era porque Dios lo había protegido. Cuando nos enteramos, los federales de ley, salimos *juriosos* por las calles. ¿No nos escuchó? Que se enteren esos cerdos unitarios, a don Juan Manuel no se lo puede tocar porque es el ungido de Dios.
_ No, no escuché...estaba leyendo...¡ay, Santo Dios!
Rafael salió disparado hacia la calle dejando con la boca abierta a Cuitiño. "Lourdes estaba sin protección. ¿Y si esos locos la alcanzaron?". Desesperado, corrió hacia la casa de la muchacha. Las consecuencias que provocaría su presencia no le interesaban. Basta de mentiras, era la hora de la verdad. Más tarde tendría una charla con su padrino, dura, decisiva; ya nada le interesaba, sólo Lourdes.
Ciriaco Cuitiño se quedó de una pieza cuando su ahijado lo abandonó de manera tan abrupta. "¿Qué bicho lo habrá picado?", se preguntó airado.
_ ¡Jovita!, *vení pa´cá*.
_ ¡Mande patrón! _ como de costumbre, la negra tembló ante la figura recia de Cuitiño. Ese hombre era mandinga para ella.
_ ¿Averigüaste algo? El Rafa anda como perdido. Hace rato desapareció como alma que se lleva el diablo.
_ Hoy vino de visita una señorita linda y elegante. Conversó con doña Pancha tuita la tarde; mate va, mate viene. En *realidá* la mocita vino por el joven...¡se besaron en la boca, patrón! _ se escandalizó.
_ ¿Cómo se llama?
_ Lourdes
_ ¿Lourdes Aguirrezabala? _ el giro de los acontecimientos no le gustaba en lo más mínimo.
_ Eso *mesmito*. Me lo dijo su criada. Parece que se están viendo hace bastante.
_ ¡Maldición!...Podés irte y ¡seguí espiando!
"¡De todas las mujeres que se mueren por estar con él tuvo que elegir justamente a la Aguirrezabala! La lealtad a Rosas de esa familia está en duda. Muchos son los hipócritas que fingen devoción al régimen y conspiran por atrás. Lorenzo Escalante es uno de esos, además con ese malnacido tengo cuentas pendientes".
Se juró vigilar estrechamente a Rafael, frustraría el romance, él tenía los métodos adecuados para lograrlo.
Rafael, ajeno a los planes de su padrino, se encontró con el doctor Muñíz a una cuadra de la casa de Lourdes.
_ ¿Qué le pasa muchacho? ¿Me está buscando?...¿acaso doña Pancha tuvo una recaída? _ el médico se intranquilizó al ver a Rafael pálido y agitado.
_ No, doctor, ella está perfectamente.
_ Mejor así, es esencial que siga al pie de la letra mis recomendaciones.
_ Sí, sí doctor... Pero...¿hay alguien enfermo en la familia Aguirrezabala? _ tanteó.
_ Nada de cuidado. La señorita Lourdes resultó herida levemente en la manifestación que tuvo lugar hace unos momentos. Por lo del atentado, usted sabe.
_ Sí, sí, me enteré. ¿Cómo está ella? _ preguntó como al pasar.

_ Asustada pero bien. Le recomendé una tisana para calmar los nervios. ¿Usted la conoce? Lo noto
preocupado.
_ La conozco, de hecho, venía a visitarla.
_ En ese caso, me despido con una recomendación, que la visita sea breve, ella necesita descansar. Mis saludos a su abuela.
_ Eso haré, doctor.
Muñíz se perdió de vista al doblar por la calle de la Piedad.
Rafael, reflexionó. Ese no era el momento adecuado para presentarse. Mejor esperar a que los ánimos se apaciguaran y en un clima de mayor tranquilidad, declarar a la familia el inmenso amor que sentía por Lourdes.

Con el corazón en un puño se alejó cabizbajo.

Capítulo 7

"La manera en que la noche
se conoce con la luna, sé eso conmigo.
Sé la rosa más cercana
a la espina que soy".
Jalal ud-Din Rumi

La habitación daba vueltas a su alrededor. No era por la herida ni por la tisana de tilo. La figura de su abuela se tornó borrosa por las lágrimas que opacaban su visión.
La voz de Mercedes, siempre cálida y tierna, sonaba dura...seca.
_ Es una locura, Lourdes. Totalmente descabellado.
_ Pero abuela, ¡lo quiero! _ gimió.
_ ¡Un mazorquero, Lourdes! ¡Un mazorquero!
_ Él no es un mazorquero, su padrino lo es.
_ ¡Ja! Ciriaco Cuitiño, un asesino, un hombre vil y arribista _ intervino Lorenzo, enfadado por la confesión de su sobrina.
_ Pequeña, lo único que deseo es tu felicidad y donde la buscas no está.
_ No diga eso abuela _ Lourdes estaba destrozada. ¿Con qué palabras expresarles que su corazón latía al compás del corazón de Rafael?
_ Querida, la Mazorca es una organización temible, es el brazo armado de Rosas, ¿comprendes? Asesinan a sangre fría. Muchos de mis amigos fueron torturados cruelmente y algunos fueron fusilados sin juicio previo. Y eran inocentes, Lourdes, ¡inocentes!_ Lorenzo se contuvo para no abofetearla, debía dominar su violencia.
_ ¿Y si ese joven finge amor para vigilarnos? ¿Y si me están espiando por el problema de mis tierras? _ continuó irascible Lorenzo.
_ Esa suposición es un disparate, tío. Rafael me quiere, su padrino no está enterado de nuestra relación. Además yo nunca mencioné ni su nombre ni su conflicto con las tierras que tiene arrendadas _ se ofendió.
_ Esa gente no es de fiar, querida, nosotros sólo queremos tu bien _ Mercedes se acercó al sillón donde estaba recostada Lourdes. Con su pañuelo de encaje le secó las lágrimas y la besó en la frente.
_ Abuelita, entiéndame, ¡lo quiero! _ insistió con firmeza.
_ ¡Insensata! _ gritó Lorenzo con rudeza.
_ Lorenzo, por favor, con exabruptos no solucionamos este dilema. Lourdes, perdí a tu madre, no quiero perderte a ti también. Tu amor por ese mazorquero es un peligro para todos, debes comprender.
_ Es verdad, querida _ Lorenzo más calmado, apeló al razonamiento _ Bien sabes que no estamos de acuerdo con la política de ese loco. Cercena nuestros derechos, pisotea la libertad...Desea manejarnos a su antojo implantando el terror. ¡Tantos jóvenes desaparecidos!, capaces, instruídos, amantes del progreso, defensores del libre albedrío. ¡Rosas impone su pensamiento y a los que se le oponen, los decapita! _ explotó indignado.
_ ¡Rafael no es como Rosas!_ chilló furiosa.

_ Pero si es un mazorquero, niña, ¡despierta de una vez! _ Lorenzo, con rabia, arrojó un florero contra la pared. Su sobrina, una criatura sensible, delicada con un asqueroso mazorquero...¡jamás!
_ Tío, por favor, entienda _ suplicó sollozando.
Mercedes los escuchaba discutir y un frío intenso se apoderó de su espíritu. Creyó que la tierra se abría bajo sus pies y ella caía, caía....la oscuridad la devoró.
_ ¡Abuela! _ Lourdes, olvidando su enojo, corrió en auxilio de su abuela que se desplomó sobre la alfombra.
_ ¡Mecha!, ¡carajo!...¡Josefa, las sales!. Este es el resultado de tu capricho _ increpó exasperado a su sobrina. "¡Hijo de puta, no dividirás a mi familia!", pensó furibundo contra Rosas.
_ ¡Abuela!, ¡huela, huela! _ las sales hicieron efecto y Mercedes reaccionó lentamente.
La sentaron en uno de los sillones y Tina se apresuró a preparar un té de belladona. El clima era tenso.
_ No ha sido nada, sólo un mareo inoportuno _ los tranquilizó.
_ Hay que llamar al doctor Muñiz...¡Domingo!
_ No, Lorenzo, me siento bien.
_ Sin embargo..._ dudó
_ No insistas. Ahora lo importante es que Lourdes piense con responsabilidad su decisión. Niña, nuestro destino está en tus manos. Lorenzo corre peligro; él ayudó en la fuga de Bustillo, Alberdi y Somallera. Si ese incidente llegara a conocerse, no sólo perdería sus tierras, sino su vida. Y nosotras...¡no sé que sería de nosotras!
_ Pero abuela, lo amo con todo mi corazón. Me siento completa junto a él.

Mercedes la abrazó con ternura, como cuando era una niñita y se asustada por los truenos durante las tormentas.
"Me encuentro en una encrucijada, ¿qué haré?", pensó Lourdes desconsolada.
_ Voy a romper con Rafael. No es mi intención dañarlos, no lo soportaría _ dijo quebrada. En un segundo, su mundo se desmoronó.
Mercedes sonrió complacida y Lorenzo respiró aliviado.
Esa noche la persiguió una nefasta pesadilla. Una mirada gris, tormentosa, la acechaba y le arrancaba el corazón. Se despertó agitada y repitiendo :"Rafael, no me abandones, ¡comprende!".
Se levantó somnolienta y caminó hasta la ventana. Se quedó allí, temblando, aguijoneada por el frío de la habitación y por el frío de su alma. Así la encontró Tina cuando fue a llevarle el desayuno.
_ ¡Lourdes!, estás helada. Rápido, acuéstate _ con prontitud la cobijó con varias mantas de lana de vicuña.
_ ¡Ay Tina! No quiero renunciar a mi amor por Rafa.
_ Lo siento tanto mi niña, pero no tienes alternativa _ Tina no pudo ofrecerle el consuelo que ella necesitaba.
Al quedarse sola, Lourdes buscó papel y pluma. Con letra redondeada y prolija, escribió una nota a Rafael citándolo en La Alameda.
Tomó la mantilla de seda que descansaba sobre una silla, se cubrió los

hombros y fue en busca de Lola. Estaba en la cocina planchando sábanas. Sin desearlo, sonrió. La pobre Lola, flacucha y desgarbada, apenas tenía fuerza para levantar la pesada plancha de hierro.
_ Deja el planchado y llévale esta nota a Rafael. Seguro que aún está en su casa. Dásela únicamente a él, ¿has entendido?
_ Sí niña, voy enseguidita _ reconfortada por el recado abandonó la tarea que detestaba.
Encontró a Rafael en el preciso momento que montaba su caballo para dirigirse al cuartel. Se alarmó al ver a Lola, pero luego se alegró al leer la nota de Lourdes.
_ Dile que allí la espero.
Las horas pasaron lentamente para los dos. Aprovechando la siesta de su abuela, se escabulló por la puerta trasera del último patio. Los nervios la asfixiaban.
Cuando alcanzó la Alameda, él ya la esperaba. Le besó la mano controlando el ímpetu de su cuerpo que demandaba por más. La gente observaba y murmuraba. Había que ser precavidos.
_ Lourdes, te veo y aceleras mi corazón. Estos días he vivido al filo de la desesperación. Sin saber de ti después de ese maldito accidente. Por suerte me crucé con el doctor Muñiz, él me tranquilizó.
_ ¿Cómo supiste?
_ Mi padrino me contó sobre la manifestación. Creí enloquecer, Lourdes, esos delirantes podrían haberte matado. De solo pensarlo...
_ Shhh, mi amor, estoy bien, nada pasó _ con sensualidad lo calló apoyando un dedo sobre sus labios.
_ Me quemas Lourdes _ y ocultos tras un álamo, la besó con intensidad.
_ Mi abuela y mi tío Lorenzo están al tanto de lo nuestro _ consiguió decir, saboreando todavía la boca amada _ Están furiosos, no lo aprueban.
_ Pero...¿por qué? No lo entiendo.
_ Mi familia se opone al régimen rosista _ dijo mirándolo a los ojos.
_ Pero si don Juan Manuel los tiene en gran estima. Varias veces vi a tu tío en las tertulias organizadas por Manuelita en la residencia de Palermo _ se desconcertó Rafael.
_ Una mascarada. Mi familia no está de acuerdo con los procedimientos de atropello del Dictador.
_ ¿Por qué no me lo has dicho antes? ¿No confías en mí?_ se turbó.
_ Al principio tuve miedo y luego subestimé el conflicto político, me equivoqué. Es un fantasma que constantemente nos sobrevuela y ya no lo resisto. No quiero dejarte Rafael, se lo prometí a mi abuela, pero no quiero, no quiero _ Lourdes se arrojó en sus brazos llorando.
_ No voy a permitir que te alejen de mí. Nos pertenecemos, ¿acaso no lo entienden? Voy a luchar por ti, lo juro. ¿Me amas?
_ Por sobre todo y todos
_ Entonces verás como todo se soluciona, mi amor, no temas.
Rafael con sus besos, bebió cada una de las lágrimas de Lourdes.

Atardecía cuando Lourdes regresó a su casa.

Mercedes la vio llegar desde la puerta vidriada del comedor. La muchacha pasó frente a ella rehuyendo su mirada.
"Señor, que no se repita la historia de Consuelo, no lo resistiría", suspiró acongojada Mercedes.
Lourdes, en su dormitorio, apoyó la cabeza sobre la almohada de plumas y cerró los ojos. Las sienes le latían y hasta la tenue luz que se filtraba por la ventana la molestaba. Sólo deseaba dormir, evadirse de tantos sinsabores. Cuando estaba a punto de lograrlo, Lola llamó a su puerta. Sobre una bandejita de plata descansaba un sobre con el sello de Cuitiño. Lourdes se alarmó.
_ Lo trajo Jovita, la sirvienta de doña Francisca _ le aclaró Lola.
La tomó con mano temblorosa. Luego de leer, la esquela voló lentamente hacia el piso de madera. Lourdes se derrumbó sobre la cama llorando quedamente. Lola presenciaba la escena desconcertada.
_ Niña, ¿qué dice esa carta? No llore, se va a enfermar mi niña linda.
La negrita permaneció junto a ella acariciando los cabellos desparramados sobre la almohada.
Una vez recuperada, Lourdes recogió el agrio mensaje y lo respondió con valentía.
_ Lola no te preocupes, estoy bien. Toma, dáselo a Jovita, ella sabe que hacer.
Le entregó dos sobres, uno para Cuitiño; otro para Rafael.
Lourdes permaneció sentada , con la vista pegada en la imagen que le devolvía el espejo.
_ ¿Por qué la gente lo complica todo? Un sentimiento profundo, limpio...lo ensucian, lo destruyen. La abuela se opone, el tío Lorenzo se violenta y ahora, esto. Es una carga muy pesada.
Releyó la esquela : "Mi estimada señorita, voy a ser directo. La relación que mantiene con mi ahijado no es de mi agrado y por lo tanto, se vuelve peligrosa para usted y su familia. No le conviene ponerse en mi contra. Estoy vigilando a su querido tío, sé de sus andanzas con los inmundos unitarios traidores a su Excelencia. Si no lo quiere ver colgado en la Plaza de la Victoria, termine con Rafael. Esto es entre usted y yo, si Rafael llegara a enterarse, usted no vuelve a ver a su tío con vida. Yo no amenazo, cumplo. Espero sea sensata. Ciriaco Cuitiño."
Furiosa arrojó el papel en el fuego de la chimenea. Las llamas golosas lo devoraron en el acto.
Cuitiño recibió la respuesta de Lourdes con satisfacción. Nadie mejor que él para manejar las situaciones límite. Por algo Rosas confiaba en su astucia. Contaba con armas arteras para lograr sus más bajos propósitos. Siempre tenía éxito.
"Esta corderita desabrida no me va a robar a mi Rafa, un lobo sanguinario consagrado a la lucha por una Patria soberana, ¡carajo!", bufó embravecido. "En cuanto a usté, mi estimado don Lorenzo Escalante, le tengo preparada una linda sorpresa", ironizó.
Rafael, leyó confundido el mensaje de Lourdes, deseaba verlo con urgencia. Se había propuesto enfrentar a su padrino esa misma noche, después de la cena. Se marcharía con ella lejos de Buenos Aires, basta de

luchas políticas. Sin embargo, las palabras que recibió lo frenaban. Debía esperar.
Comió en silencio. El estofado de cordero le cayó pesado y la ambrosía, amarga.
Se sorprendió del buen humor de su padrino. Al terminar la copita de jerez que acostumbraban compartir luego de las comidas, se retiró a su habitación.
Doña Francisca no salía de su asombro, ver sonreír a su hijo era un verdadero milagro aunque le preocupaba la expresión taciturna de Rafael.
Al escuchar al sereno dar las nueve de la noche, el muchacho se despidió de la anciana aludiendo tramitar encargos para su padrino. "Este Ciriaco te tiene como bola sin manija, m'hijo", protestó doña Francisca.
Montó su caballo y cabalgó pensativo tratando de comprender la mente femenina.
Un poco antes de llegar, desmontó y tomando a Moro de las riendas enfiló hacia la puerta trasera de la casa. Golpeó tres veces como indicaba la nota y esperó ansioso. Al poco rato apareció Lourdes con el llanto pintado en su rostro. Se abrazaron presintiendo la despedida.
_ Lourdes, no soporto verte llorar. ¿Qué sucede?
_ Se acabó Rafael, terminamos _ logró decir entre lágrimas.
_ ¿Cómo? ¿Por qué? Yo tengo todo resuelto, hoy mismo nos fugamos y ¡al diablo con todos! _ se exasperó.
_ Imposible Rafael, mi abuela se moriría de pena. ¿No te das cuenta que nuestro amor daña a los que nos rodean? _ trató de convencerlo.
_ ¡Tonterías! Luchemos, Lourdes,¿acaso no me quieres?_ se desesperó.
_ Sabes que sí, pero no puedo anteponer mis sentimientos al dolor de las personas que siempre velaron por mí _ trató de hacerle comprender.
_ ¿Y yo?¿Te importo yo? _ el mal genio de Rafael se encendió.
_ Entiéndeme Rafael, no quiero fugarme, no quiero hacer sufrir a mi abuela.... _ insistió quebrada por el dolor.
_ Pero a mí sí, a mí me haces sufrir; me matas, Lourdes. Eres una niña caprichosa y consentida, incapaz de arriesgar su seguridad. ¡Has jugado conmigo!_ le gritó resentido.
_ ¡No es verdad!¡No es verdad!
_ Reconócelo, te burlaste de mí.. Me engañaste Lourdes. ¿Te has divertido jugando al amor con este pobre tonto? ¡Contesta! _ la tomó por los hombros y la sacudió con violencia. Ella no se resistió, estaba destrozada. No podía confesar la verdad. La vida de su tío dependía de ella.
_ Tienes razón. Yo, ¿enredada con un sucio mazorquero? ¡Que ridículo! _ Lourdes se odió por herirlo.
_ ¡Maldita! Estaba dispuesto a decepcionar a mi padrino, a abandonar a mamita Pancha así enferma como está, y todo por ti...una bastarda que desprecia a un mazorquero.
_ ¿Qué dices Rafael? ¿Una bastarda? Yo no soy ninguna bastarda _ se indignó.
_ ¡Claro que sí! Todas las damitas de tu encumbrado círculo social lo saben y murmuran a tu espalda _ ironizó _ Se burlan de ti,como tú te has burlado de mí. ¿Por qué no le preguntas a tu adorada abuela quién fue tu

padre? _ le escupió despechado.
_ ¡Cállate, por favor, cállate! _ gritó destrozada.
Lourdes contuvo las lágrimas, debía mostrarse fuerte cuando en realidad se estaba desangrando.
_ Vete Rafael, ya nada existe entre nosotros.
Ciego de ira dio media vuelta y abandonó la casa.
Sola, escuchó el trote acompasado de Moro alejándose por las calles desiertas.
Sola, lloró con amargura.
Sola, se despidió del hombre de su vida...

Capítulo 8

"Las abandonadas son fruta caída
del árbol frondoso y alto de la vida
son, más que caída, fruta derribada
por un beso artero como pedrada". Julio Sesto

Cabizbaja, con paso cansino y envuelta en una nebulosa asfixiante, alcanzó su habitación.
Mercedes la esperaba.
_ ¡Abuela!, ¿qué haces despierta? Es muy tarde.
_ Lo mismo te pregunto.
_ Estuve con Rafael. Terminamos.
Lourdes se desplomó sobre la cama y dio rienda suelta a su dolor.
Mercedes permaneció en silencio, el corazón partido. "Amores prohibidos, amores dañinos", pensó turbada.
Acercó una silla a su nieta y le tomó las manos, tan blancas, tan delicadas, tan parecidas a las de Consuelo.
_ Cuéntame querida.
_ Fue horrible, abuela. En un momento Rafael se violentó. Jamás lo vi antes de esa manera. Me llamó bastarda, abuela, ¡bastarda!
_ ¡Que infamia!_ Mercedes trató de disimular su sorpresa, pero su empeño no bastó; Lourdes captó la incomodidad de la mujer.
_ Abuela, necesito la verdad. ¿Es verdad que soy una bastarda? ¿Por qué cada vez que le pido que me cuente sobre mi padre, me rehuye? De la misma forma reacciona el tío Lorenzo. ¿Qué me esconden?¡Quiero la verdad!, no me la niegue, es mi derecho saber...
_ Mi mayor deseo fue mantenerte alejada de toda maledicencia, pero veo que fracasé _ contestó resignada.
_ Abuelita, ya soy una mujer, no puedo seguir viviendo en un castillo de cristal. Es hora de enfrentar la realidad, estoy dispuesta a hacerlo...¡quiero hacerlo!
Mercedes sonrió con pesar, se sentía tan cansada...
_ Tu madre nunca se cansó. Tu padre no murió combatiendo con las tropas de Dorrego contra Lavalle. Él vive y no sé quién es. Consuelo nunca nos reveló el nombre del hombre que la sedujo para después abandonarla. Sólo sé que era casado, ella no lo sabía, él la engañó. Tu abuelo, al enterarse, se enfureció y la echó de casa. Mi hermana, la monja, la recibió en el convento de las Catalinas, allí naciste. Tina asistió a tu madre en el parto. Ella te protegió y te cuidó al morir Consuelo _ confesó apabullada.
_ ¿Por qué me lo ocultó?
_ Ya te lo he dicho. No deseaba que sufrieras, suficiente fue que crecieras sin el cariño de una madre. Además... _ dudó en continuar.
_ Además,¿qué?
_ Temía que me rechazaras. Fui una cobarde, Lourdes, no supe defender a tu madre delante de Alonso, permití que la echara como a un perro. La

abandoné, ¡la abandoné!...Consuelo vivió su embarazo alejada de mí, huérfana de cariño. Ella, la niña mimada y consentida. Nunca la visité, tu abuelo me vigilaba, controlaba mis salidas _ revivir la historia la aniquiló.
_ Abuela, no se culpe, usted hizo lo que pudo _ cariñosamente le secó las lágrimas con su mantilla _ La tía seguramente estuvo al lado de mi madre consolándola y brindándole contención.
_ ¿Mi hermana?, ¡ja!, mi piadosa hermana la despreció desde el momento en que pisó el convento. Nunca se acercó a Consuelo, la gran pecadora. ¡Gracias a Dios estaba Tina! El, en su infinita misericordia, la puso en el camino de tu madre. La vergüenza y los remordimientos me persiguen desde entonces. Perdóname Lourdes, no fue mi intención mentirte, sólo quise protegerte. Tu presencia en mi vida es el perdón de Consuelo, eres una parte de ella, mi queridísima Lourdes.
"Si me desprecia, me lo merezco", pensó angustiada.
_ Abuela, usted es la madre que nunca conocí. En esta casa crecí rodeada de amor y hasta hoy, nunca conocí el dolor. Dolor por el abandono que sufrió mi madre, dolor por el rechazo de mi padre y de mi abuelo; dolor por los prejuicios, que asesinan como si fueran armas de fuego. Usted fue una víctima, abuela, como lo fue mi madre. ¡La quiero con toda mi alma! _ se abrazaron embargadas por la emoción.
_ Mi niña linda, mi niña bonita...eres tan madura, tan generosa...
Permanecieron abrazadas y en silencio, escuchando el latir acompasado de sus corazones.
_ Lourdes, si lo amas, defiende ese sentimiento _ decidió.
_ No la entiendo abuela _ Lourdes comenzó a ilusionarse.
_ Te ayudaré con Rafael, ¿ese es su nombre,no? Se lo debo a Consuelo _ dijo con convicción.
_ ¡Gracias abuela! _ le dio un beso con tanta fuerza que casi la tira de la silla _ Aunque será difícil, nos dijimos cosas terribles.
_ ¡Tonterías! El despecho nos hace pronunciar palabras crueles. Esperemos que se calme y luego, ya verás, todo se solucionará. ¿Por qué ese ceño fruncido, pequeña?
_ Hay algo que no le conté. Hoy recibí una nota de Ciriaco Cuitiño. Me amenaza con asesinar a tío Lorenzo si no rompo con Rafael.
_ ¡Desgraciado! ¿Así que revolviendo en la basura del pasado?...Hay que avisarle inmediatamente a Lorenzo, debe tomar precauciones...y no te amargues, querida, tu amor por Rafael nada tiene que ver con esta inquina de Cuitiño hacia Lorenzo. Cuando ese mal nacido se ensaña con alguien no se detiene hasta eliminarlo. Lorenzo debe escapar sin demora. Ya mismo enviaré a Domingo para advertirle. Pero antes, toma, es la llave del dormitorio de Consuelo, te pertenece.
La cara de sorpresa de Lourdes la hizo reír.
_ Desde niña me intrigó esa habitación siempre cerrada. Le confieso que muchas veces intenté forzar la cerradura, la curiosidad me carcomía...Bueno, me carcome.
_ Me alegra verte de mejor ánimo. No existe embrollo que no tenga solución. ¡Confiemos! Y ahora, ¡a dormir mi princesa!
La ayudó a desvestirse, la arropó y la besó con ternura en ambas mejillas.

Se despidió diciéndole:
_ Mañana, al trasponer la puerta de la habitación de Consuelo, todos sus recuerdos y secretos te pertenecerán por derecho. Conocerás a una mujer valiente que te amó y defendió sin que le importara ser humillada y despreciada.
El sueño la tomó desprevenida. Unas manos amorosas la acunaban, y una voz dulce como la miel le susurraba al oído palabras de esperanza.

Desayunó con apetito voraz. Tomasa, la cocinera, sonrió complacida; su niña volvía a ser la de antes, risueña, afable... llena de luz.
Más tarde, Lourdes buscó a su abuela. La encontró regando los canteros de sus flores predilectas, las margaritas.
_ Abuela, acompáñeme a visitar el cuarto de mi madre. Es importante para mí _ el entusiasmo la delataba.
_ Vamos, querida _ asintió gustosa.
Mercedes estaba tan ansiosa como Lourdes, deseaba ver la expresión de su nieta al descubrir las huellas de su madre. "El pasado nunca nos abandona, a veces regresa con crueldad; otras, con la magia del amor", reflexionó con melancolía.
Al entrar, una fragancia dulce y balsámica les dio la bienvenida. "Ambar, el perfume dilecto de Consuelo", expresó Mercedes con un nudo en la garganta.
Lourdes corrió las cortinas de lino y el sol, atrevido, iluminó cada rincón, cada capítulo de una vida sencilla y apasionada.
Un mueble de caoba captó su atención.
_ Se llama "work-table". Un regalo de Alonso para su hija. Lo consiguió de contrabando, traído directamente de Londres. ¡Que no hacía él por su hija adorada!...todo, menos perdonar _ terminó Mercedes con resentimiento.
_ Que el rencor no empañe este momento, abuela _ le rogó con templanza.
_ Tienes razón. Pero mira, en el work-table Consuelo guardaba sus hilos de seda. Le encantaba bordar, era una experta, ¿sabes?
_ Creo que yo no heredé esa cualidad _ ambas rieron del comentario. Lourdes era un verdadero desastre con la aguja y el hilo.
La joven revolvió curiosa el contenido de los cajones del singular mueble. La sorprendió el hallazgo de un libro de cuero oscuro oculto debajo de un mantel exquisitamente bordado.
_ Un diario, abuela. ¿Puedo leerlo?
_ Por supuesto, ella lo ha escrito para ti. Te dejo sola. Esto es entre tu madre y tú _ la besó en la coronilla y se retiró.
Se acomodó en una poltrona de terciopelo bermellón. Se liberó de sus chapines, "leer descalza es la gloria", se dijo con picardía.
Contuvo la respiración ante la dedicatoria:
"Para mi hija:
Siempre supe que serías una niña, una pequeñita de cabello dorado, con muchos rulos rebeldes, como el de tío Lorenzo. ¡Como te costará dominarlo!...y tus ojos seguramente serán de un verde intenso, atrevidos,

como los de tu padre.

Siento latir tu corazoncito en mis entrañas y me estremezco de amor. Nada importa, ni el rechazo de tu padre ni la furia de tu abuelo ni el escándalo que protagonizó mi desvergüenza.
Me da pena mi madre, sé que me quiere, pero es débil y le teme a mi padre. A pesar de sus miedos, logró cobijarme en un sitio seguro. Así que acá estoy, en el Convento de las Catalinas.
Mi tía Carmen, la priora, apenas repara en mí. Es una mujer agria y soberbia que nada tiene de santa. Nunca se me acerca, nunca me dirige la palabra, nunca me sonríe. ¡Mujer mezquina!. Sé que mi madre la detesta y con razón.
Sin embargo, Dios es bondadoso y me ha enviado un ángel para que cuide de nosotras. Se llama Tina, compartimos la misma celda. Es una donada, una sirvienta de las monjas. Las donadas pertenecen a los sectores más bajos de la sociedad, son las rechazadas y aquí encuentran un refugio. En eso nos parecemos. Tina tiene una historia amarga, algún día te la contará.

Pocas veces salgo de mi celda. Allí me siento segura. Si lo hago es para ir al refectorio a tomar las comidas. Ni te imaginas lo lúgubre que son esos momentos. La tía Carmen, con su rostro avinagrado, preside todas las mesas. Comemos en silencio, sólo lo interrumpe la lectura de algún pasaje de la Biblia que una monja realiza con reverencia desde un púlpito.
Lo que realmente disfruto es pasear por el patio en las tardes soleadas y cálidas. Me adormezco con el murmullo del agua que brota de una fuente de mármol negro donde suelo detenerme a reflexionar.
A las monjas le soy indiferente, son mujeres que matan el día con rezos y meditaciones. Ellas tienen a su Dios, yo te tengo a ti. Cuando me gana la tristeza, apoyo las manos en mi vientre abultado y al sentir tus pataditas la alegría vuelve a nacer en mi corazón.

Desearía compartir este milagro con tu padre, pero es imposible. Ojalá el destino permita que algún día lo conozcas. Por favor, no lo juzgues, estoy segura que me amó. Yo ya lo perdoné.
Sé que Josefa ha preguntado por nosotras varias veces, me lo ha contado Tina, que siempre está atenta a los comentarios de las monjas. Mi buena Josefa, ¡cuántas penurias pasó por mi culpa! y nunca se quejó.

Hoy he recibido una carta de mi madre. En ella me cuenta que mi padre no está bien de salud. ¡Que disgusto le he dado! Es un gran hombre. Me quiere, pero su orgullo puede más. Al principio lo odié y deseé su muerte, ahora me arrepiento. Lo quiero muchísimo. Cada vez que regresaba de sus viajes al interior del país, me obsequiaba con holgura. Recuerdo la noche que entró a mi dormitorio oculto tras una enorme caja envuelta en papel de seda verde. Con el entusiasmo de mis diez años, desgarré el envoltorio y ante mí apareció una preciosa muñeca de porcelana. Su vestido estaba confeccionado con muselina amarilla, tules y puntillas

blancas. Lucía muy oronda unas botitas de cuero negro. Su cabello castaño estaba adornado con una vincha de flores. La tengo guardada en el armario, ahora es tuya, mi querida.

Sacando cuentas con Tina, concluimos que llegarás a mediados de febrero. El día once de ese mes se celebra a Nuestra Señora de Lourdes. Me gusta como suena...Lourdes. ¡Ese será tu nombre! Lourdes. Espero que concuerdes con mi elección.
¡Ay Lourdes!, no veo el instante de acunarte en mis brazos, de llenar de besos tus mejillas de rosa.

¡Como vuela el tiempo! Falta poco para conocer tu carita. ¡Que va a ser de nosotras! ¿A dónde iremos?

Hoy te haré un juramento: nunca nos separarán, jamás lo permitiré. Tina nos ayudará, me lo ha prometido. Además confío en mi madre, ella no nos abandonará. Seré fuerte por ti, mi niña bonita.

Hoy desperté con una molestia en la cintura. Por momentos el vientre se pone duro como una roca. Tina está a mi lado. Parece que empecé con el trabajo de parto. Recuerda siempre, mi amor, que mi vida te pertenece. Tú eres mi esperanza, Lourdes.
Un consejo de madre: defiende tus convicciones, no le concedas a otro decidir por ti; no silencies tus sentimientos y escucha siempre a tu corazón, él nunca se equivoca.

Las lágrimas emborronaron la última frase, sin embargo la grabó a fuego en su corazón. "Voy a luchar por lo que quiero", decidió con valentía, "Lo haré para honrar tu memoria, madre".
Con un silencio reverencial abandonó la habitación y pensativa, descansó bajo la sombra del naranjo, apoyada en el broquel del aljibe.
"Me comunicaré con Rafa, le pediré perdón; si es necesario, me humillaré. Debo recuperarlo".
Determinada, fue hasta la huerta. Entre las zanahorias y las coles, divisó a Lola.
_ ¡Ven rápido! _ la llamó con urgencia.
_ Mande, niña. ¿Pa' que me precisa? _ la negra se limpio el sudor con el ruedo del delantal; a sus pies, una canasta repleta de hortalizas.
_ Ve ya mismo a la Recova. A esta hora Rafael hace su ronda de vigilancia. Búscalo y dile que me apremia hablar con él.
_ Y si no quiere.
_ Ruega, suplica, pero consigue que acepte. ¡Ah!, y ni se te ocurra mencionarle la nota de su padrino, ¿comprendido?
_ Sí, niña. Ya mesmo voy.
"Creo que va a rechazar mi pedido. Anoche estaba fuera de sí. ¡Dios mío, que venga, que venga!", rogó ilusionada.

Capítulo 9

"Tan dulces dos palabras
 Tan dulces y tan mansas
 que aceite de rosas
 sobre el cuerpo derraman".
Alfonsina Storni.

Llegando a la Recova, Lola se cruzó con Jovita que regresaba de comprar unas puntillas para doña Francisca.
_ Lola, ¿qué hacés por acá? _ le preguntó con suspicacia.
_ Nada que te interese, ¡negra metida!.
_ ¡Eeeh!, ¡que humor de perros! Si no me queré decir ta' güeno. Adiós _ se despidió altanera.
Jovita, ofendida, siguió su camino aunque se escondió taimadamente en uno de los pequeños comercios aledaños y esperó con paciencia. "Esa negrita ladina algo se trae entre manos", bufó, "Don Cuitiño siguro se va alegrar si averiguo algo picantito de la niña pitucona. Últimamente anda como loco el muy maldito".
Lola se cercioró que Jovita no la estuviera siguiendo. Satisfecha al no ver moros en la costa se dispuso a esperar al amito Rafael.
Erguido en su montura, perdido en sus pensamientos, el mazorquero pasó delante de ella. Lola lo interceptó con recelo; él, sorprendido, detuvo con brusquedad a Moro, su caballo lobuno.
_ ¿Qué quieres Lola? _ el corazón de Rafael dio un brinco al suponer el arrepentimiento de Lourdes, igualmente se mostró duro.
_ Dice la niña si se da una vuelta por las casas esta noche _ tartamudeó.
_ No puedo _ fue drástico _ Esta noche asistiré a la tertulia que ofrece Benita Anchorena.
_ Joven, por favor, mi niña está muy triste...¡y todo por la culpa de su padrino! _ se le escapó.
_ ¿Qué dices negra mentirosa y ladina? _ se enfureció
_ Mire, joven, ladina no sé que sinifica, pero mentirosa no soy. La otra tarde la niña recibió un mensaje de su padrino en donde la amenazaba con matar a su tío Lorenzo si no le dejaba a usté. Nunca miento, ¿sabe mocito? _ se indignó.
Rafael quedó confundido. ¿Qué decía la negrita entrometida?. ¿Su padrino amenazando a Lourdes? ¿Cómo? Si él no estaba al tanto. ¿Cómo se había enterado?
"¡Que tonto!, la Mazorca es omnipresente. Tiene ojos y oídos en todas partes", de repente comprendió alarmado.
_ Dile a tu ama que allí estaré _ tiró de las riendas y Moro salió a todo galope hacia el cuartel. Algo averiguaría, se propuso con resquemor.
Lola, por su parte, se apresuró a comunicar la respuesta a Lourdes. Ella la esperaba acongojada en el portón que daba a la calle de la Santísima Trinidad. Cuando la vio llegar, el corazón le dio un vuelco.
_ ¿Qué te ha dicho? _ temió el rechazo.

_ Va a venir niña, hoy a la nochecita está por acá, no ma'._ los dientes blancos de la negra asomaban intrépidos en su gran sonrisa.
Lourdes sintió que sus piernas se aflojaban. "Viene", suspiró agradecida a su madre, "Escuchaste mi plegaria. Gracias madrecita".
Rafael, en cambio, estaba desconcertado. Miró con recelo a Cuitiño que en ese momento firmaba unos documentos. "¿Cómo lo encaro?", se preguntó.
_ Padrino, mañana a la madrugada salgo para Entre Ríos.
_ Y pa' que, si puede saberse...
_ El hermano de don Juan Manuel, el General Prudencio, me encomendó una carta para Urquiza con carácter de urgencia_ mintió con descaro.
_ Que raro, no estoy al tanto.
_ Ya sabe lo discreto que es don Prudencio, confía en unos pocos...entre ellos, usted, por supuesto. Ya verá que en el trascurso del día lo notifica.
_ Puede ser _ dudó Cuitiño y lo miró de reojo.
_ Se me hace tarde. Cuando regrese seguramente le pueda aclarar más el asunto. Hasta la vuelta padrino _ se despidió con prontitud antes de que Cuitiño le hiciese más preguntas.
_ Ta' güeno. Vaya no más y cuídese muchacho.
El argumento de Rafael no convenció a Cuitiño. "Este mozo me está metiendo un verso", rumió desconfiado.
_ ¡Goyo! ¡Goyo! _ bramó.
_ A sus órdenes mi Coronel _ sin saber donde tirar la colilla del cigarro que fumaba sin autorización, se la tragó poniéndose rojo como la grana.
_¡Déjese de pitar y ponga atención. Siga a Rafael, pero ¡ojo!, sin que se dea cuente. Prepárese, mañana al amanecer se pone en marcha pa´Entre Ríos. A la guelta me informa al detalle sus movimientos.

_ Entendido mi Coronel _ Goyo permaneció parado como una estaca esperando alguna directiva más.
_ ¿Qué espera Goyo? Desentume las tabas y salga de mi vista, ¡aura! _ ladró colérico.
"Rafael, ¿así que se cree más astuto que yo?, ¡que lo parió!, ya veremos...", con suspicacia se mesó los espesos bigotes.
Llegada la noche, Lourdes se paseaba por el patio trasero con los nervios en vilo. "No vendrá", se lamentaba.
Al escuchar los cascos de un caballo que se aproximaba al trote se apuró a abrir la puerta y ahí estaba él. Ella le tomó la mano y lo hizo pasar. Él, serio, intentaba frenar su deseo de besarla.
Alguien debía quebrar el silencio. Ella no encontraba las palabras correctas; él, por orgullo, permanecería mudo...expectante.
_ Rafael, ayer te mentí _ logró decir.
_ Lourdes, estoy cansado de tus caprichos, de tus idas y vueltas. Hoy me quieres, mañana me detestas. ¿Qué quieres de mí? Decídete. Yo también tengo planes. Te repito, ¿qué quieres de mí? Date prisa que Benita me aguarda y no deseo que se enfada por mi tardanza.
_ ¿Benita?_ taratamudeó Lourdes.
Rafael se odió por herirla, pero sus ansias de venganza pudieron más.

No toleró su llanto ahogado, la angustia reflejada en sus ojos esmeralda y la abrazó con tanta fuerza que casi le cortó la respiración.
_ Benita no me espera, ni sé quien es. Lo dije para darte celos, para hacerte sufrir. Perdóname, soy un patán. Perdóname, tú eres mi cielo... _ dijo vencido.
_ Ay Rafa, como se complica todo _ lo abrazó y el calor de su cuerpo la reconfortó.
_ ¿Por qué me has ocultado la nota amenazante de mi padrino? _ le recriminó con ternura.
_ ¿Quién te lo ha dicho? Seguro fue la lengua larga de Lola _ se apartó de él enojada.
_ Lourdes, debes confiar en mí.
_ Él me prohibió que te lo dijera. Estoy aterrada, Rafael, la vida de mi tío Lorenzo está en peligro _ volvió a abrazarlo y lloró sobre su hombro.
_ Tranquilízate, nada malo le ocurrirá a don Lorenzo, te lo garantizo. ¡Confía en mí, amor!...Lourdes, ¿me quieres?.
_ Con todo mi corazón.
_ Perdóname por ofenderte la última vez que nos vimos. Fui grosero y cruel, quería lastimarte. A veces hago y digo cosas de las que después me avergüenzo _ amagó con develar la verdad que latía en sus entrañas. "Torturé y asesiné sintiéndome orgulloso de semejantes actos de violencia", quiso que ella conociera la carroña que escondía, pero no pudo hacerlo. "Soy un cobarde, no puedo perderla".
Lourdes, ajena a sus oscuros pensamientos, lo besó con timidez, pero él se apoderó con furia de la boca que que lo tenía hechizado y mordió con suavidad los labios tentadores. Los cuerpos trepidantes buscaron ansiosos la intimidad de placer.
_ Rafa, por favor _ Lourdes intentó separarse, él se lo impidió.
_ Cásate conmigo, hoy...ya mismo. Huyamos, en Dolores está todavía el rancho de mamá Pancha. Allí nos refugiaremos y el padre Fermín, mi querido maestro, nos casará. ¿Estás de acuerdo? _ la alentó.
_ No voy a huir Rafa. Mi abuela nos apoya, ella sabe que tú eres mi felicidad y no se opondrá a nuestra relación. Hablemos con ella, ven.
Tomados de la mano cruzaron dos patios. Pasaron delante de la cocina, desierta a esas altas horas de la noche; por el galpón destinado a la fabricación casera de velas y cuando por fin alcanzaron el primer patio, en puntillas se alcanzaron ael dormitorio de Mercedes.
_ Estará durmiendo, no la molestemos _ se acobardó Rafael.
_ Sé que nos espera _ dio unos golpecitos en la puerta y una voz queda los invitó pasar.
Mercedes estaba descansando en un cómodo sillón ubicado cerca de la enorme cama con baldaquín.
Fijó su mirada somnolienta en el apuesto joven que abrazaba posesivamente a su nieta y sonrió complacida.
_ Así que tú eres Rafael, el causante de la tormenta que vivimos _ quiso parecer agradable, pero sonó a reproche.
_ Doña Mercedes, es un honor para mí conocerla. No es mi intención causar problemas, yo sólo amo a su nieta y estoy dispuesto a protegerla

con mi vida.
_ No lo dudo Rafael. Los tiempos que corren son turbulentos, por eso tiemblo al pensar en el futuro de mi nieta. Y conociendo a tu padrino...
_ Es verdad, mi padrino es un hombre sanguinario. Su fidelidad al Gobernador excede la sensatez. Por otra parte, le debo mi vida. Él me salvó de una muerte segura siendo yo un crío. Me une a él un gran afecto, pero no permitiré que dañe a Lourdes o a su familia. Se lo juro doña Mercedes.
Los sentimientos profundos de Rafael convencieron a Mercedes. "La ama, lo veo en sus ojos".
_ Te confío a Lourdes, ella es mi tesoro, hazla feliz _ con rapidez secó las lágrimas que desobedientes desbordaban de sus cansados ojos.
_ ¿Cuál es tu plan? Aquí no pueden quedarse, él los encontraría y sería un desastre. Cuitiño odia a los Escalante, algún día sabrás el porqué. Hoy apremia que se marchen _ continuó Mercedes con tono apremiante.
_ Nos vamos a Dolores, un cura amigo nos casará y nos ayudará a pasar a la otra orilla. En Montevideo estaremos a salvo de la Mazorca _ Rafael fue contundente, esto tranquilizó a Mercedes.
_ Pero abuela, ¿que será de tío Lorenzo? Y si Cuitiño lo apresa, y si lo mata..._ lloró.
_ No te preocupes por Lorenzo. Es un hueso duro de roer. Él también escapará. Tenemos contactos que se solidarizan en estos casos. Te aseguro, pequeña, saldremos adelante.
_ Y usted, abuela, sola en esta casa, sin protección _ insistió intranquila.
_ Querida, a quien le interesa una vieja que de política no entiende ni pizca _ Lourdes no pudo evitar sonreír al ver como su abuela le guiñaba un ojo. Doña Mercedes Escalante de Aguirrezabala tenía la mejor red de información política del país y del entorno de Rosas. Lorenzo no era su único informante. Desde la muerte de su marido aprendió a valerse por sí misma negándose a depender de otro hombre. Debía cuidar su patrimonio, por ella y por su nieta.
_ Bueno, es hora de que se pongan en camino. Las calles están desiertas, aprovechen la ocasión _ los apuró.
_ Primero debo preparar un bolso con algo de ropa _ se preocupó Lourdes.
_ Tina ya te empacó lo imprescindible, incluída una sorpresa.
_ ¿Como sabías que nos marcharíamos esta noche? _ preguntó desconcertada.
_ ¿No sabías que no existe mejor espía que tu abuela? _ bromeó Mercedes _ Se fuerte mi chiquita, ya has elegido tu camino, ahora tienes que afrontarlo con coraje. Yo siempre estaré a tu lado. Te quiero Lourdes. Y tú Rafael, ¡cuídala!.
_ Con mi vida, doña Mercedes, con mi vida.

Cabalgaron sin descanso. Rafael, montaba sobre Moro, un caballo robusto y valiente, resistente y tenaz. Lourdes, sobre una yegua gateada. Un burro los seguía obediente trasportando bolsos, agua y víveres.
Por precaución no se detuvieron en las postas del camino, sólo lo hicieron

en la espesura de un bosque de cipreses ocultándolos de curiosos e intrigantes.
Con apetito, disfrutaron de las exquisiteses que encontraron en la canasta que les preparó Tomasa : pan casero, queso de cabra, panceta y unos jugosos duraznos.
Quedaron atrapados en el lenguaje de besos y caricias hasta que rendida por el cansancio y los sobresaltos, Lourdes cayó dormida en los brazos de Rafael. El permaneció despierto, atento a cualquier ruido extraño.
El espíritu de Rafael se asemejaba a un volcán en erupción. Muchos y riesgosos acontecimientos se fueron sucediendo sin control. Le mintió a su padrino jugándose el cuello; se despidió con tristeza de mamita Pancha, y ahora, arrastraba a Lourdes hacia un futuro incierto. "A nada temo con ella a mi lado".
Luego de un viaje arduo, llegaron a Dolores a media mañana. El día estaba templado y húmedo; una llovizna persistente, les dio la bienvenida.
A trote lento pasaron frente a la pulpería del pueblo. Más adelante, se toparon con la capilla, edificio pequeño blanqueado a la cal y rodeado por rosales, la debilidad del padre Fermín. No interrumpieron su marcha, continuaron entusiasmados hasta el rancho de mamá Pancha que se situaba alejado del pueblo. Tres imponentes eucaliptos lo custodiaban impregnando el aire de su fresco aroma.
Lourdes saltó de la yegua y corrió a la puerta que encontró sin tranca. Abrió las dos rústicas ventanas con la intención de ventilar el ambiente. Un modesto mobiliario cubierto de polvo quedó al descubierto.
Rafael amarró las riendas de los caballos al tronco de uno de los árboles y la siguió.
_ Es preciosa Rafa _ le dijo colgándose del cuello del hombre que la observaba fascinado.
_ Es muy pobre, pero te prometo una casa como te mereces. Tu eres mi reina y pondré el mundo a tus pies.
Ambos rieron de la ocurrencia.
_ Si te tengo a ti, nada me falta _ susurró Lourdes.
Rafael, excitado por las caricias sensuales de la joven, la apoyó contra la pared, le desgarró la blusa y
comenzó a besarla con ardor. Sus manos inquietas conocieron cada rincón del cuerpo de Lourdes. Ella no se opuso, lo dejó hacer mientras gozaba quemándose en el fuego de la pasión.
_ Eres una fruta tentadora. Ya no resisto. Déjame hacerte mía _ había tanto lujuria en su mirada, tanta apetencia en su voz, que Lourdes se derritió ante semejante caudal de erotismo.
Suavemente, a un ritmo acompasado, la penetró sin apartar sus ojos del rostro maravillado de ella. La delicadeza duró poco, la cadencia se tornó salvaje. Imposible contener su fogosidad.
Ella cerró los ojos, sensaciones luminosas, de frío y calor, la llevaron en alas del deseo hasta alturas inalcanzables.
Cuando regresaron al mundo real, durmieron abrazados.
Rafael se despertó al caer la tarde. Sonrió al verla tendida a su lado. Con

un beso rozó sus labios. Ella, somnolienta, abrió sus enormes ojos verdes, invitándolo a más. "¡Ay Lourdes!, aceleras mi pobre corazón", le confesó acercándose. Y nuevamente la tormenta se desató entre ellos.
Era noche cerrada cuando Rafael decidió ir en busca del padre Fermín. Mucho le costó separarse del cuerpo ardiente de su mujer.

Capítulo 10

"¡Oh dueña mía! ¡Ten piedad de este esclavo tuyo,
vencido por tus ojos,
muerto por tu carne!
Desde que apareciste he perdido la tranquilidad". (Las mil y una noches)

Todos sus sentidos se rebelaron cuando se apartó del cuerpo cálido de Lourdes, pero debía ir al encuentro del padre Fermín. Necesitaba los consejos sabios de su maestro. No era un necio, sabía que duros desafíos se alzarían en su camino.
_ ¡Hijo!,¡que alegría verte!...¿qué te trae por estos pagos? _ grande fue la sorpresa del cura ante la presencia de Rafael.
_ Buenas y santas, padrecito. Necesito de sus consejos.
_ Me honras con tu pedido, hijo. Hoy en día los jóvenes desestiman a los ancianos y sobre todo si visten sotana _ se rió.
_ No diga eso padre Fermín, usted sabe cuanto lo respeto.
_ Sí, hijo, si. Doña Francisca tuvo mucho que ver en eso. Pero dime, ¿cómo anda la buena señora?
_ Su corazón se le ha puesto haragán. El doctor Muñíz le diagnosticó insuficiencia coronaria.
_ Pobre Francisca. Tú sabes el motivo por el que no la visito con frecuencia.
_ Por mi padrino _ dijo seco.
_ Así es. No me gustaría cruzarlo. No me tolera y, Dios me perdone, ese sentimiento es mutuo. Rafael, tú deberías alejarte de su influencia. Yo sé de tu cariño por él pero Ciriaco terminará mal, te lo garantizo. Y lo mismo te espera a ti si continúas enredado con La Mazorca _ lo regañó.
_ Precisamente de ese asunto quería su consejo. Estoy harto de vivir metido dentro de tanta violencia, salpicado de sangre, muchas veces inocente, y cargando en mi espalda la muerte de tantos enemigos políticos.
_ ¡Bravo!_ exclamó con entusiasmo el cura.
_ No fue fácil romper con ese círculo por el cariño, que usted bien dijo, siento por el padrino y por mamita Pancha, no quiero preocuparla. Últimamente está muy débil la pobrecita. Pero ya no puedo más, ¡me niego a continuar asesinando a mansalva! Y sobre todo ahora que he conocido al amor de mi vida.
_ Bendito sea ese amor que te ha hecho cambiar de rumbo. ¿Quién es ella, hijo? _ preguntó emocionado por la confesión del muchacho.
_ Se llama Lourdes, Lourdes Aguirrezabala. Ella es todo para mí, padre. Parece frágil, pero nunca conocí a una mujer con tanto coraje. Queremos que nos case.
_ ¡Que felíz me haces hijo! Pero dime, me imagino que le habrás contado la verdad a Lourdes...
_ ¿Qué verdad? _ se desentendió

_ No te hagas el tonto. ¿Le confesaste cómo fue tu vida antes de conocerla?, ¡que torturaste!, ¡que mataste! _ se exasperó.
Rafael enmudeció, inclinó la cabeza y se tapó los ojos con las manos.
_ No, padre _ respondió en un murmullo.
_ Pero muchacho... _ el cura estaba consternado.
_ Le mentí, le dije que no estaba involucrado con La Mazorca, que me mantenía al margen de las cuestiones políticas _ Rafael estaba desconsolado.
_ Tienes que sincerarte con ella ahora mismo, antes de la ceremonia nupcial _ dijo categórico.
_ ¡Nunca! Si lo hago, la pierdo y si la pierdo, me muero _ se desesperó.
_ Reflexiona Rafa, no puedes comenzar un matrimonio con una mentira.
_ Primero nos casa y después...
_ Después nada...¡ahora! _ se empecinó el cura.
_ Mire padre, ella lo es todo para mí, por ella elegí traicionar al padrino...
_ ¡Traicionar un carajo! Dí mejor que te has dado cuenta del valor que tiene la vida del prójimo... _ estalló.
_ Por favor, cásenos. Prometo que le diré la verdad, no esta noche, sino antes de huir a Chile. Regáleme la oportunidad de ser un hombre nuevo y sólo lo lograré con Lourdes a mi lado _ le rogó abrumado.
_ Está bien, no estoy convencido, pero está bien..._ aceptó a regañadientes _ ¿Dónde la has dejado?_ se interesó.
_ En la casita que perteneció a mamá Pancha _ respondió aliviado ante el cambio de actitud del sacerdote.
_ ¿Qué esperas? Vamos para allá, no la hagamos esperar. Y cambia esa cara de cordero degollado.
Una idea turbó los pensamientos del cura, "Ciriaco es vengativo y conociéndolo, sé que Lourdes está en grave peligro. ¡Dios los ampare!", meditó preocupado.
De camino al rancho, conversaron de manera distendida. Rafael le refirió la treta que le tendió a su padrino para poder huir y como éste había amenazado a Lourdes. "Es evidente que la cosa está que arde", pensó Fermín mientras pateaba distraído las piedritas del sendero.
_ ¡Lourdes! _ la llamó Rafael cuando estaban llegando.
Ella salió a recibirlos con la felicidad pintada en el rostro. Fermín se conmovió al verla.
_ Padre Fermín que gusto conocerlo.
_ El gusto es mío, querida. Estoy seguro que juntos sacaremos bueno este tarambana _ y con afecto le palmeó la espalda a Rafael.
_ No diga eso padre que la va a asustar
_ Entramos y le cebo unos mates, ¿gusta padre?
_ Por supuesto hija, los amargos son mi debilidad.
Pasaron la tarde entre anécdotas, novedades y empanadas de humita. Lourdes le confió al clérigo su angustia por la suerte de su tío Lorenzo y él la tranquilizó infundiéndole esperanza.
Acordaron que la boda se realizaría esa misma noche, después de la misa vespertina. "El Chinito será el monaguillo; el sacristán y su mujer, los testigos. Todos de confianza", les aseguró Fermín.

Planearon también el escape. Acordaron que pasados unos pocos días partirían hacia la provincia de San Luis y de allí a Malagüe. Atravesarían Mendoza para luego cruzar a Chile. Era un viaje arriesgado con el agregado de no poseer salvoconductos, pero Mercedes les había dado el nombre de un conocido que los ayudaría sin hacer preguntas indiscretas. Tendrían que ser sumamente cuidadosos. Cuanto antes se fueran, mejor. Era imprescindible no levantar sospechas en el pueblo. Los espías de la Mazorca, como buitres carroñeros, vigilaban agazapados en todos los rincones.

Petrona, la esposa de Eulogio, el sacristán, contemplaba maravillada a Lourdes.
_ Parece un ángel, señorita.
_ ¿De veras, Petrona? ¿Le gustaré a Rafael?_ los nervios y la preocupación la consumían.
Al atardecer, cuando el padre Fermín los dejó para celebrar misa, Petrona se apareció en el rancho de doña Francisca para ofrecer sus servicios.
_ Si gusta la señorita, yo la ayudo a prepararse pa' el casorio_ se ofreció con gentileza.
_ Me gustaría mucho. Gracias Petrona
_ Entonces vo, Rafa, andate pa' la capilla ahora mesmo que yo me encargo de acompañarla cuando estea lista. El novio recién puede ver a la novia en el altar. Así que andate no ma', pue'.
Rafael, de mal humor, aceptó dejar a Lourdes. Apenas pudo besarla porque la entrometida mujer lo empujó hasta la puerta y se la cerró en las narices.
_ Mire que es brava Eulogia _ rió Lourdes disfrutando del enfado de Rafael.
_ A mí nadies se me retoba, sino preguntele a mis siete hijos. Los tengo bien cortitos y al Eulogio, ¡también!
_ Ya veo _ se asombró Lourdes divertida.
_ Bueno y ahora manos a la masa. ¿Qué se va a poner?_ miró con curiosidad el bolso abierto que estaba sobre la mesa.
Lourdes con mucho cuidado, extendió sobre una silla, el vestido de tul y encaje color crema que Mercedes guardó en el equipaje para sorprenderla. Una esquela decía: "Fue de tu madre. Cuando lo luzcas Consuelo y yo estaremos junto a ti".
Petrona pasó su mano con reverencia sobre el delicado género.
_ Es una belleza, señorita _ nunca había visto algo parecido.
El vestido le sentó a la perfección. Como no había un espejo en el rancho se conformó con la aprobación de Petrona que no cesaba de elogiarla.
_ El Rafa se va a derretir cuando la vea aparecer. ¡Parece un ángel, señorita, un ángel!_ le repetía mientras la peinaba.
El cabello le caía suelto hasta la cintura. Petrona observó con detenimiento el peinado, "Acá falta algo", pensó.
_ Enseguidita vuelvo señorita _ y desapareció con rapidez dejando a Lourdes intrigada.

Al rato regresó cargada de flores.
_ Son de mi jardín y el de mi vecina, doña Rufina.
En un santiamén, con gran habilidad, le tejió una corona de margaritas.
_ Una corona pa' la novia más hermosa que ha tenido el pueblo de Dolores. Y pa' completar el atuendo...¡un ramo de flores!_ con una cinta de seda azul, que encontró entre las pertenencias de Lourdes, anudó un ramo compuesto por anémonas y crisantemos. En el medio, destacaba una rosa malva.
_ Es precioso Petrona, muchas gracias _ se emocionó. Esa mujer sencilla y generosa hacía menos penosa la ausencia de su abuela en el momento más importante de su vida.
_ ¿Sabe cuál es el significado de estas flores, Lourdes?
_ No, me gustaría saberlo.
_ Las anémonas y la rosa malva, son flores misteriosas, flores mágicas que auguran amor eterno.Me lo contó mi abuela, que de leyendas sabía mucho - dijo inspirando sapiencia.
Lourdes la abrazó agradecida.
Rafael enmudeció al ver avanzar a Lourdes hacia el altar. La esperaba junto al padre Fermín.
"No permitiré que me aparten de esta mujer, lo juro ante Dios". La tomó del brazo y con delicadeza la besó en la mejilla. Ella se ruborizó.
Una joven rebosante de ilusiones y un joven temerario, dueño de un coraje inquebrantable unieron sus vidas solemnemente en una noche de luna llena. Cuentan los que saben que la luna llena actúa como un afrodisíaco invitando al amor. Es una noche preñada de sortilegios.
Rafael sacó de su bolsillo una bolsita de terciopelo negro y para asombro de Lourdes, extrajo de ella un anillo de plata con un engarce de malaquita verde agua.
_ ¡Rafael! Nunca imaginé...
Le deslizó el anillo en el dedo del corazón y con un beso ardiente sellaron su pacto de amor.
Luego de brindar con el padre Fermín, Eulogio, Petrona y "el Chinito", regresaron caminando al rancho.
La tensión sexual crecía entre ellos torturando sus sentidos. Los cuerpos clamaban, rogaban unirse.
Se deshicieron de las ropas con velocidad. Rafael se aferró a ella con fuerza, atrapándola entre sus brazos tratando de no lastimar la piel cremosa que lo encendía hasta el delirio.
Con movimientos precisos estimuló a Lourdes que creyó volar cada vez más alto hasta estallar en mil colores.
Rafael la saboreó como si fuera una fruta jugosa y se embriagó con su humedad. Lourdes gemía y se retorcía. Él se movía dentro de ella como un poseído. El placer era implacable.
Y de repente el orgasmo los atravesó como un rayo potente.
Exhaustos, se durmieron con los cuerpos enredados.
"Mía, sólo mía", pensó él. "Soy feliz, muy feliz", pensó ella.
Ella, serena, soñó con el hombre que la amaba.
El, agitado, soñó que lo perseguían...lo atrapaban...luchó por

liberarse...gritó el nombre de ella ...y ella le dio la espalda.

Capítulo 11

"Vivir sin tus caricias
es mucho desamparo.
Vivir sin tus palabras
es mucha soledad.
Vivir sin tu amoroso mirar
es mucha oscuridad". Amado Nervo

La semana que se tomaron los enamorados para disfrutarse antes de la huida a Chile pasó volando y el día más temido para Rafael, llegó.
_ Lourdes, deja de empacar y escucha, tengo que decirte algo muy importante _ un sudor frío lo atravesó.
_ No me asustes Rafael, ¿qué pasó?, ¿acaso tu padrino...? _ el terror la hizo palidecer.
_ No, no, nada de eso.
_ Entonces..._ se preocupó, lo notaba sumamente nervioso.
_ Te amo Lourdes, haría cualquier cosa por ti.
_ Ya lo sé, yo también te amo _ con ternura le acarició la mejilla. El le tomó la mano y la besó.
_ Dime, amor, ¿qué te intranquiliza?
_ Que me desprecies.
_ Eso, nunca _ la muchacha estaba perpleja.
_ Te mentí Lourdes, por miedo, por cobardía te oculté una verdad atroz.
_ Rafa, ahora sí me asustas.
_ Formé parte de la Mazorca. Torturé y asesiné. Fue otro tiempo, otra vida, ¡perdóname!_ se derrumbó al notar miedo en la mirada de Lourdes.
Lourdes sintió que todo giraba a su alrededor. Había unido su vida a un mazorquero, un hombre vil y sanguinario, un lobo oculto en una piel de cordero.
En silencio, terminó de hacer el bolso. En silencio montó sobre la yegua moteada. Nunca lo miró.
_ Mi amor, por favor, dí algo. Grítame, pégame, pero haz algo _ Rafael creía morir, el mundo se desmoronaba.
_ Ya no soy tu amor. Me has engañado ruinmente. Vuelvo a Buenos Aires _ la furia de su mirada hirió de muerte a Rafael.
_ Esta bien, regresemos a Buenos Aires, pero convéncete, tú eres mía, ¡sólo mía! _ lo dijo desatando la violencia que supuso, había dominado. Se abalanzó sobre ella con la intención de doblegarla con besos y caricias.
Ella, asustada, lo rechazó aunque le gritó con furia:
_ Yo no te pertenezco, no a un miserable federal, asesino de tanta gente inocente. ¡No me toques!, ¡no te atrevas a hacerlo, mentiroso! _ le escupió irascible.
Rafael se mantuvo apartado de ella el resto de la mañana. Lourdes no volvió a dirigirle la palabra.
Antes del mediodía abandonaron el rancho envarados, distanciados.

Pasaron por la capilla para despedirse del padre Fermín. Lourdes agradeció no encontrarlo, no estaba de humor para dar explicaciones.
_ El padrecito se jué a dar la estremaución a un viejo que está en las última _ les detalló Petrona.
_ Siempre recordaré lo buena que fue conmigo, Petrona .
_ Ni lo mencione señorita, pa´ mi fue una alegría _ contestó con sencillez.

Petrona los vio alejarse y presintió que algo malo estaba pasando. "Cuando el padrecito lo sepa, siguro lo va arreglar", se tranquilizó.
El viaje de regreso fue un calvario para Lourdes. Deseaba llegar cuanto antes a su casa y refugiarse en el abrazo cálido de Mercedes. "¿Por qué no seguí tu consejo abuela? ¿Por qué le creía a Rafael? ¡Tonta, mil veces tonta!", reflexionaba mientras lloraba y maldecía.
Rafael, abatido, sólo pensaba en la forma de recuperarla.
Pararon en una pulpería para comer y descansar. Ella durmió en un cuarto con olor a moho, sola.
El le hizo compañía a los caballos en un galpón que se venía abajo. Ninguno de los dos durmió.
Cuando llegaron a Buenos Aires, Lourdes respiró aliviada. "Por fin llegamos, no quiero volver a verlo...¡jamás!", se torturó.
Él intentó ayudarla a desmontar, ella se negó.
_ ¡No me toques! ¡Vete! No te quiero en mi vida, ¡vete ya! _ fue cortante, seca.
_ Te amo Lourdes, en eso nunca mentí._ ahogó el llanto, "los hombres no lloran", las palabras del padrino resonaban en su memoria. ¡Que frase absurda le parecía en ese momento!
_ ¡Vete!, olvídame. Yo ya te olvidé _ dijo clavándole una espada en el corazón.
Esperó hasta verla entrar.
_ ¡Niña Lourdes! _ Lola se le colgó del cuello llorando desconsoladamente.

_ ¿Qué pasa Lola?, ¿la abuela enfermó? ¡Deja de llorar y contesta! _ le gritó entre asustada y enojada.
_ Se...se llevaron al don Lorenzo.
_ ¿Quiénes? _ aunque ya sabía la respuesta.
_ ¡Ellos! _ con un dedo tembloroso señaló a Rafael que las observaba de lejos.
Lourdes volteó la mirada y en ese instante se desvaneció. Rafael, rápido como una flecha, alcanzó a atraparla antes de que cayera sobre la calle embarrada. La cargó en brazos hasta la sala.
_ ¡Lourdes! ¡Rafael!, ¿qué ha sucedido? ¡Santo Dios!, acuéstala en este sillón _ Mercedes se alarmó ante el desmayo de su nieta.
_ La noticia de la desaparición de don Lorenzo la ha impactado _ le aclaró Rafael consternado.
Tina corrió por las sales las sales que poco a poco despabilaron a la joven.

Al ver recuperada a su mujer, más tranquilo indagó a Mercedes sobre la suerte de Lorenzo.

_ Se lo llevó la Mazorca hace tres días. ¡Estoy desesperada! _ apretó con fuerza la cruz del rosario, que momentos antes estaba rezando _ Pero ustedes...deberían estar en camino a San Luis, ¿qué ha sucedido? _ se asustó.
_ Luego hablaremos de ello, ahora debo encontrar a don Lorenzo.
Mercedes lo abrazó conmovida. Lourdes permanecía en silencio. Rafael se le acercó con la intención de besarla, pero ella le ocultó el rostro. Cuando angustiado por el rechazo se disponía a marcharse, la voz de ella lo detuvo.
_ Sálvalo Rafael, por lo que más quieras, sálvalo _ le rogó.
_ Lo que más quiero eres tú. Lo rescataré, te lo prometo.

Capítulo 12

"Jamás mi lengua podrá expresar
cuanto he sufrido en ese encierro metido.
Llaves, paredes, cerrojos,
se graban tanto en los ojos
que uno lo ve hasta dormido". José Hernández.

Encerrado en una celda maloliente; la ropa hecha jirones; la piel desgarrada; el rostro deformado por los golpes recibidos; el labio superior, partido; el cuerpo cubierto de una costra de sangre seca. ¡Infame agravio!
Lorenzo, ovillado en un inmundo rincón, sufría esperando la siguiente sesión de torturas. ¿Cuánto tiempo había pasado desde su captura? A esas alturas había perdido la cuenta. Para él, una eternidad. Ese agujero húmedo con olor a orines y mierda estaba acabando con su cordura. Entre lágrimas de impotencia recordó la noche en que a hurtadillas llegó a la casa de su hermana para despedirse antes de su fuga a Montevideo. Lo había planeado cubriendo todos los riesgos. Supuso que no se suscitarían problemas. Se equivocó.
Apenas saludaba a Mercedes cuando cuatro mazorqueros cayeron sobre él. No le dieron tiempo a defenderse. Con una soga lo maniataron y despiadadamente lo arrastraron hasta el cuartel.
_ Mire quien nos vino a visitar, pue' _ se regocijó Cuitiño cuando con una tremenda patada Santa Coloma lo empujó para caer dentro del despacho y a los pies de Cuitiño _ El señorito Escalante.
Lorenzo se incorporó con dificultad y desafiante le escupió el rostro. Como respuesta recibió una trompada que lo arrojó nuevamente al piso.
_ ¡Maldito hijo de puta! _ gritó Lorenzo secándose la sangre que le chorreaba del labio.
_ Parece que el señorito elegante perdió los modales _ se rió Cuitiño.
_ Me gustaría aplastarte como a un gusano, ¡maldita escoria!
_ Siento desilusionarlo. La cuestión es al revés...Yo lo voy a a aplastar como un gusano... y como a mi me gusta, lentamente. No hay placer mayor que presenciar el sufrimiento del enemigo _ volvió a reírse.
_ ¡Sádico! ¡Enfermo!, ¿por qué me trajo a este lugar?
_ No tengo la obligación de responder sus preguntas, sin embargo, como soy una persona educada aunque no haya asistido a esos colegios refinaos', como lo hizo usté, lo voy a anoticiar. Nos confirmaron que es integrante del "Club de los Cinco" y que está planeando un levantamiento militar para apoderarse de la ciudad _ dijo pausadamente, regodeándose en cada afirmación.
_ ¡Calumnias! _ Lorenzo se alarmó. "¿Quién me habrá delatado?", pensó confuso.
_ Veremos si no cambia de opinión cuando lo deje al cuidado de mis hombres. Parra y Santa Coloma saben sacar de mentira verdad. Son muy habilidosos, ¿sabe? _ se mofó _ Santa Coloma, sacalo de mi vista

y hacelo cantar. Que disjrute su estadía entre nosotros don Lorenzo Escalante _ las carcajadas de Cuitiño lo ensordecieron.
Santa Coloma le vendó los ojos y tirando de la soga que le amarraba las muñecas, lo arrastró hasta un caballo. Alguien lo ayudó a montar y por un culetazo de trabuco perdió el sentido. Cuando despertó estaba en una celda con otros dos hombres.
_ ¿Dónde estoy? _ atinó a decir frotándose la cabeza que se le partía.
_ Ojalá lo supiéramos. A nosotros nos trajeron ayer y ése que está ahí, parece que está hace bastante _ señaló un bulto oscuro que respiraba con dificultad en la celda de enfrente.
_ Soy Lorenzo Escalante.
_ Yo me llamo Manuel Zaragoza.
_ Y yo, Juan Martínez. Ese que está ahí tirado es Zacarías Puyol.
El mesmo me lo dijo antes de quedar inconsciente.
_ ¡Puta madre!, me estalla la cabeza _ se quejó Lorenzo y una marea de naúseas lo ataco de imprevisto. Vomitó violentamente.
_ Amigo, vomitó hasta las tripas. Recuéstece en ese catre, aunque le advierto, está minado de chinches.
Zaragosa, en un arrebato de cólera, comenzó a gritar golpeando su cabeza contra los barrotes.
_ Esto es una inmundicia. Todavía no comprendo como terminé en este infierno. ¡Federales malparidos! ¡Ratas asquerosas, sáquenme de esta mierda! Soy inocente, ¡carajo!, inocente.
Martinez trató de calmarlo.
_ Déjelo mi amigo, que se desahogue _ aconsejó Lorenzo.
Zaragosa se ovilló estallando en un llanto acongojado. Martínez se acucliyó a su lado y le pasó un brazo por los hombros. Poco a poco se fue relajando hasta quedar dormido.
_ Tranquilo, compadre, tranquilo _ le susurró.
_ ¿Sabe por qué causa lo encerraron? _ se interesó Lorenzo.
_ Si le cuento se va a reír _ le respondió Martínez mientras pateaba un ratón famélico que rondaba a Zaragosa.
_ Una tarde en que Manuel volvía del trabajo, fue a la cocina a tomar unos mates. Las dos hijas de la cocinera estaban jugando con unas muñecas de trapo y Manuel no tuvo mejor idea que preguntarle a las negritas el nombre de las muñecas. Le respondieron que una se llamaba "doña Encarnación" y la otra "Manuelita". El hombre se rió y a modo de chanza dijo: "¿Cómo es que la esposa del Gobernador y su hija, señoras de tanta grandeza, andan por las cocinas?". Eso fue todo y a los pocos días lo meten preso. Las muy hijas de puta lo denunciaron por unitario.
_ Cuitiño no pierde oportunidad para granjeare la simpatía de Rosas _ sentenció Lorenzo asombrado de la acusación.
_ Dígamelo a mí. Estoy preso por hablar mal del gobierno. ¿Es delito expresar una opinión?, le pregunté juera de control a esa mierda de Cuitiño. ¿Sabe lo que me contestó? "Mirá José, vos me caés mal, sos un hombre díscolo y mal intencionado". Y acá me tiene, sólo por decir que la comida está al doble de antes. Y a usté, Lorenzo, ¿por qué lo trajieron?
_ Por pertenecer al "Club de los Cinco", por anarquista, por unitario, por

mear fuera del tacho...por lo que sea. Cuitiño hace años me la tiene jurada y todo por una mujer _ se lamentó.
_ ¡Ustedes!, basta de tanto parloteo o van a conocer mi rebenque _ los amenazó el mazorquero de guardia.
Al rato abrió la celda y se llevó a empujones a Manuel Zaragosa.
Pasada la media noche se llevaron a Martínez. Ninguno regresó.
Lorenzó, temblando, esperaba su turno. El turno de la muerte.

Voces socarronas lo despertaron de manera prepotente. Un soldado le dejó en el piso un cacharro con agua sucia y un mendrugo de pan duro, el suculento desayuno.
_ Te llegó la hora unitario inmundo _ un mazorquero con el rostro picado de viruela y mirada ladina lo pateó con sadismo.
Maniatado y a los tropezones, lo condujo por pasillos estrechos apenas iluminados. Una siniestra sinfonía de quejidos y lamentos le golpeó los oídos. El fuerte olor a heces le provocó arcadas.
Cuando llegó a un inmenso patio inspiró profundamente llenándose los pulmones de aire fresco.
Al adaptar sus ojos a la luz del día, el espectáculo que presenció lo dejó helado. Manuel Zaragosa estaba empalado en el centro del patio. El infeliz colgaba como una marioneta desmembrada sobre un charco de sangre y excrementos. "Y todo por reírse del nombre de unas estúpidas muñecas", pensó escandalizado, "¡Negras soplonas!, ¡negras de mierda!". No pudo frenar el vómito que salpicó al mazorquero.
_ ¡Asqueroso!, mirá que tenés la tripa floja. Caminá o acá mesmo te cago a rebencazos _ a los empujones lo hizo cruzar el patio. Lorenzo estaba mareado, débil, deshidratado...
En una oficina se encontró nuevamente con Cuitiño.
_ Buenos días Escalante, ¿cómo lo atendieron mis muchachos? Por lo que veo, demasiado bien _ se burló ante el lamentable aspecto del prisionero.
_ No se equivoca, la atención es excelente _ la ira comenzó a desplegarse en Lorenzo _ Me gustaría que usted también la probara, es más, me encantaría hacérsela probar yo mismo y con mis propias manos.
_ Ja, ja...Había resultado humorista el señorito. Dudo que tenga esa oportunidá. Mire, le presento al Comandante Antonio Reyes, él está a cargo de este cuartel y ha tenido la amabilidá de permitirme disponer de usté.
_ ¡Hijo de puta!,¿qué pruebas tiene en mi contra? _ lo insultó. Intentó arrojarse sobre él, pero Cuitiño fue más rápido y le propinó una trompada que le quebró el tabique nasal. La sangre comenzó a salir a borbotones. Lorenzo, iracundo, se limpió con la manga de su camisa
_ Yo no necesito pruebas _ continuó Cuitiño mirándolo con fiereza _ ¡Usté es culpable!. Llévenlo al sótano. Santa Coloma y yo vamos pa' allá en un momento.
Dos soldados, uno de cada lado, arrastraron a Lorenzo hasta la parte trasera del cuartel.
_ ¿El Gobernador sabe que encerraste a Lorenzo Escalante,

Ciriaco? Mirá que lo tiene en alta estima _ se preocupó Reyes cuando quedaron a solas.
_ Nada sabe y nada sabrá.
_ Tené cuidado Ciriaco, podés salir perjudicado _ le aconsejó temeroso de salir él también mal parado en ese asunto.
_ No te priocupés. Este es un problema mío y yo lo voy a resolver _ fue terminante Cuitiño.
Se dieron un fuerte apretón de manos y el jefe de la Mazorca con su hombre de confianza, Santa Coloma, se dirigieron al sótano.
Estaqueado, totalmente desnudo, Lorenzo esperaba su hora.
Así lo encontró Cuitiño y una sonrisa sarcástica le iluminó el rostro. A Lorenzo le ardió el cuerpo por la vergüenza, se sintió vulnerable y ese sentimiento lo enfureció.
_ Ta güeno, ta güeno, a ver amigo, sin rodeos, ¿para cuándo está planeado el levantamiento militar contra Rosas?, ¿cuál es el nombre del oficial que encabezará la insurreción? _ comenzó el interrogatorio.
_ Está loco Cuitiño, no sé de que me habla.
_ ¿Qué momento eligieron para asesinar a su Excelencia?, ¿cómo piensan hacerlo? Quiero saber los planes al detalle del Club de los Cinco. ¡Hable, carajo!
_ Le repito, ¡no sé nada! ¡Yo no pertenezco al Club de los Cinco!
_ Parece que esto va a ser más difícil de lo que supuse. A ver muchachos _ llamó a seis soldados que estaban recostados en una de las paredes _ Déjense de cuchichear como mujeres haraganas y empiecen a saltar sobre este hijo de puta para que largue prienda.
Lorenzo se mordió los labios y cerró los ojos. Rezó, "Dios mío dame fuerzas, no me abandones, no me abandones".
Los soldados, de contextura robusta, sin quitarse las nazarenas comenzaron a saltar descarnizadamente sobre los brazos, piernas y pies de Lorenzo.
Sudor y sangre bañaron su cuerpo, pero no imploró compasión. Esto encolerizó a Cuitiño.
_ ¡Basta! ¡Suficiente! _ gritó fuera de sí _ Tírenle un balde de agua _ Lorenzo se había desmayado.
Santa Coloma permanecía imperturbable ante el cuadro que se exponía delante suyo.
_ Es tu turno, hacelo cantar _ le dijo Cuitiño con mordacidad a su brazo derecho.
_ Con mucho gusto, mi Coronel. ¡Esta reacionando! Muchachos, cágenlo a patadas.
Lorenzo, con el cuerpo anestesiado por el sufrimiento, apenas sentía dolor.
_ ¡Deténgansen! Escalante, ¿vas a aceptar tu culpabilidá o seguimos con la fiesta? _ bramó Cuitiño.
_ No sé nada...nada _ apenas balbuceó.
_ Coronel, mejor lo dejamos descansar unas horas y dispué le damos otra sesión, ¿qué le parece?.
_ Muy bien, desátenlon y arrójenlon a un rincón.

Mientras se cumplía su órden, él y Santa Coloma salieron al patio.
_ Aprovecho para anoticiarlo de la llegada de su ahijado _ le dijo con suspicacia y encendió un cigarro _ ¿Gusta uno mi Coronel?
_ Gracias _ tomó uno y su cómplice se lo encendió _ El Goyo estará por llegar también, entonces. Me avisó por el Lobo Quesada que el Rafael estaba en Dolores con la sobrina de Escalante. Los casó el padre Fermín. ¡No sabés las ganas que le tengo a ese viejo sotreta! Un día de estos...Pero no, no puedo silenciarlo.Por mi viejita, ella lo estima demasiado y no la quiero hacer sufrir.
_ No se priocupe mi Coronel, ya le va a llegar la ocasión y servida en bandeja de plata.
_ Eso espero. ¿Que más sabés del Rafael?
_ Dejó a la moza en la casa de la Santísima Trinidad y él le puso pata pa' su casa.
_ ¡Que raro! Me huele a gato encerrado. Tengo que averiguar que se trae entre manos el sinvergüenza de mi ahijado. Primero terminemos con Escalante.
Aplastaron las colillas con la punta de sus botas y volvieron al ruedo.
_ ¡Ustedes!, traiganlon pa'cá _ zarandeó con voz ronca a unos soldados que jugaban a los dados. Lorenzo temblaba sin control.
_ Sos muy machito, ¿no? _ se burló Santa Coloma _ Vamo a ver hasta cuando _ Alcanzame uno de esos palos de escoba _ le ordenó a uno de los mazorqueros que observaba extasiado.
El federal tomó de los pelos a Lorenzo y lo tiró de espaldas. Un rugido de espanto brotó de su garaganta cuando el salvaje lo sodomizó con el palo. Lo penetró una, dos, tres cuatro veces. Sintió como la sangre, caliente y pegajosa le recorría el culo. Cuitiño disfrutaba
._ Agradecé que no te meto por el ano una mazorca de maíz porque ahí sí me ibas a suplicar dende veras.
Santa Coloma tiró el palo a un costado y secándose la transpiración con un pañuelo deshilachado se acercó a Cuitiño que aprobaba satisfecho.
_ Si está de acuerdo mi Coronel, por hoy es suficiente; estoy muy cansado, me debo estar poniendo viejo y ¡con lo que me gusta mi trabajo!... me da por las bolas no poder terminar hoy con este desgraciado _ se lamentó.
_ Andá a descansar. Pedí que te preparen un catre y algo pa' comer. Yo me quedo un rato más y dispué me regreso pa' Buenos Aires. Dejo todo en tus manos.
Cuitiño se volvió hacia Lorenzo que estaba devastado.
_ Y ahora vamos a hablar sin pelos en la lengua usté y yo _ le dijo con voz macabra.

Capítulo 13

"Te cubrirán de sombras. ¡Permanece callado!
La noche tan clara, se oscurecerá
y las estrellas no mirarán la tierra,
desde sus altísimos tronos en el cielo,
con su luz de esperanza para los mortales". Edgar A. Poe

Lorenzo estaba devastado. En sus cuarenta y ocho años, jamás imaginó pasar por tan traumática experiencia. Una pesadilla.
Continuaba tirado en el piso boca abajo, una dolorosa puntada no le permitía incorporarse.
_ Siempre quise verlo a mis pies, arrastrándose _ le soltó con rabia y dolor. Cuitiño lo despreciaba.
_ ¿Por qué me odia? _ si bien lo intuía quería que su agresor lo confirmara.
_ ¿Le refresco la memoria? Amparo Leguizamón. ¿Recuerda ese nombre? Fue el amor de mi vida y usté me la robó, maldito miserable.
_ Un amor que ella no le correspondió _ la afrenta encolerizó Ciriaco.
Tomó el palo ensangrentado, con el que momentos antes Santa Coloma había sodomizado a Lorenzo y lo golpeó salvajemente en los glúteos.
_ ¡Cállese! _ los gritos de ambos; unos de furia, otros de dolor, se tejieron resultando una trama dramática.
Cuando calmó su arrebato de cólera, Cuitiño tiró a un lado el palo y con el dorso de la mano secó su transpiración. Miró fijamente asu víctima que respiraba con dificultad.
_ ¡Parese, carajo!¡Unitario marica!
Picado en su orgullo, con esfuerzo sobrehumano, Lorenzo logró ponerse de pie.
_ Pa´ que sepa, a pesar de que nos separaba la posición social, la Amparo me juró amor. Yo la adoraba, pero apareció usté y ella me abandonó como si juera un perro _ farfulló resentido.
_ Nunca me interesó Amparo, una muchachita egoísta y altanera. Ella me buscaba, me acosaba; yo siempre le huía _ Lorenzo apenas podía gesticular palabra, pero le impelía defenderse.
_ ¡Injurias! Amparo era bella, bondadosa...un ángel y usté la ultrajó, por eso se suicidó.
Lorenzo estaba mareado, necesitaba respirar aire puro. El dolor que padecía era atroz, rezaba por perder el sentido.
Cuitiño estaba perdido en el pasado.
_ ¡Usté la mató, pedazo de mierda!_ lo apuntó con el trabuco.
_ ¡Se suicidó! Estaba embarazada de su primo. Se lo confesó a su madre en una carta...
_ ¡Mentira! Usté me la arrebató, la mancilló y dispué se desentendió de ella _ ciego de furia le propinó a Lorenzo una trompada en la boca del estómago cortándole la respiración._ No voy a permitir que su sobrina se burle del Rafael, que lo dañe como usté lo hizo con la Amparo y

conmigo.¡Cabo!, llévelo al calabozo. ¡Sin agua y sin pan hasta mañana, carajo!_ las sed de venganza lo cegaba. Quería ver a Lorenzo desollado. Dos soldados lo arrastraron hasta su celda. Antes de salir de ese lúgubre recinto, Lorenzo descubrió a Juan José Martinez, el que se quejaba de las arbitrariedades del gobierno rosista. Cuatro soldados lo tenían sujeto, mientras un quinto le colocaba un hierro al rojo vivo en la boca. "Este es el escarmiento que recibe todo aquel que habla mal de nuestro Santo Padre Juan Manuel", escuchó decir antes de que se lo tragara la oscuridad.
Se recuperó a la madrugada del día siguiente. A tientas buscó sus ropas desparramadas por toda la celda. A duras penas logró vestirse.
Advirtió horrorizado que Puyol, el preso que conoció inconsciente, ya no estaba en el calabozo. "¿Qué habrán hecho con él?". Pronto lo supo.
El guardia de turno se compadeció de Lorenzo y le alcanzó un plato de polenta desabrida y un jarro de agua.
_ Despacio, compadre, se va a atragantar _ le aconsejó.
_ ¿Qué fue de Puyol?_ se atrevió a preguntar.
_ ¿Quién? Ah, si, el infelíz incapaz de soportar unos cuantos golpes. Lo jusilamos al amanecer.
"Señor, que termine esta pesadilla, ya no lo resisto", deseó conmocionado.

Cuando Cuitiño llegó a su casa se llevó una sorpresa. Suponía encontrar a Rafael alterado y angustiado, sin embargo, lo vio risueño y sereno.
Se reunió con él en la cocina. Estaba tomando unos mates y se deleitaba con unas confituras traídas del Alto Perú.
_ ¡Rafael!¿Usté por acá?_ le preguntó simulando desconcierto.
_ ¡Padrino!¡Que gusto verlo! Por fin estoy de regreso. Y aquí me ve, mimado por esta negra linda que ceba los mejores mates de todo Buenos Aires. Pruebe estos alfajores de Arequipa rellenos de manjar blanco. Sí, sí, son mi debilidad _ lo convidaba mientras se relamía los dedos pegoteados de dulce de leche.
_ Después quiero charlar con usté a solas. Termine de matear y vaya pa' el escritorio, ahí lo espero_ la impaciencia lo traicionaba.
_ Ya terminé, padrino. Lo sigo.
Cuitiño lo hizo pasar y cerró la puerta. El proceder relajado de Rafael lo turbaba. "¿Algo me esconde este mocito?".
_ ¿Qué sucede padrino? Lo noto preocupado.
_ No se haga el idiota y desembuche, ¿dónde estuvo?_ estalló.
_ Con Urquiza. Le di la carta del Gobernador, descansé un par de días y regresé. No me pregunte que decía la bendita carta porque no lo sé. Urquiza tenía un humor de perros.
_ No siga tirando de la cuerda y cante el punto. Sé todo lo que hizo estos días. El Goyo lo siguió.
_ Así que el Goyo me siguió,¿eh? _ Rafael fingió asombro. En varias oportunidades lo pescó husmeando en Dolores.

_ Hable claro pué y no me juegue una manganeta.
_ ¡Y que quiere que le diga, si usted ya está enterado de todo! _ Rafael perdió el control y eso le gustó a Cuitiño.
_ Quiero escucharlo de su boca y quiero conocer las razones, ¡carajo! _ le replicó con exasperación.
_ La cosa es que me calenté con Lourdes Aguirrezabala y la única manera de hacerla mi mujer fue casándome con ella. Mire que lo intenté de mil formas, pero la muy yegua se mantuvo firme defendiendo su tonta virginidad. Usted sabe muy bien como son las niñas de la aristocracia porteña...les gusta el manoseo, nos calientan, pero penetrarlas, ¡nunca! Y yo, padrino, estaba caliente como una pava, necesitaba desahogarme...
_ Lo podía haber hecho con alguna de las putas de los burdeles de mi amigo Alen, algunas son muy lindas y ¡muy ardientes!
_ ¿Las probó padrino? _ le guiñó un ojo con picardía.
_ ¡Vaya si lo hice! _ se rió quebrando la tensión anterior _ Pero no me cambie de tema, mocito. ¿Por qué carajos se casó con la Aguirrezabala?
_ Visité algún que otro prostíbulo de la calle El Pecado, pero no se me pasaba la calentura. La quería a ella, padrino, ¡sólo a ella!, ¿puede entenderme?.
_ Claro, hijo. Así que el padre Fermín los casó _ concluyó.
_ El muy tonto se creyó una historia que le inventé.
_ ¿Qué historia?
_ Que estaba peleado con usted, que quería cambiar de vida, que estaba locamente enamorado de Lourdes...
_ ¿Y no está enamorado? _ se intranquilizó.
_ Por supuesto que no. Me saqué la calentura y a otra cosa. La inocentona se tragó mi palabrería . La use y se la devolví a su abuela. La vieja casi explota, hasta me amenazó la muy zorra.
_ ¿Y usté cómo reaccionó? _ preguntó con recelo.
_ Me le reí en la cara. Mire si me va a amenazar justo a mí, el ahijado de la mano armada de Rosas.
_ Parece que el refrán "A corazón ladino, lengua no ayuda", no se ajusta a usté, m'hijo. Usté sí que sabe enlazar a las mujeres. Aunque ahora está casado y eso es un problemón.
_ En absoluto. Antes de marcharnos de Dolores me escurrí en la sacristía aprovechando la ausencia del padre Fermín y arranqué del Libro de Registros el acta matrimonial. La quemé. Testigos, no hay. Así que estoy liberado de todo compromiso _ dijo con tranquilidad.
_ ¿Por qué no confió en mí?
_ No quería mezclarlo en un asunto de polleras intrascendente. Bastante tiene con todos esos unitarios retovados.
_ ¡Por fin recobré a mi Rafael! _ emocionado lo abrazó con fuerza.
Rafael se mantuvo firme en su papel de hijo pródigo que regresa para continuar la contienda contra los salvajes unitarios, aunque también experimentó una punzada de remordimiento por engañar al hombre que generosamente lo crió. Pero no tenía alternativa, amaba a Lourdes y debía recuperarla y para lograrlo debía rescatar a Lorenzo.
_ ¿Y por acá, alguna novedad? _ preguntó saboreando un excelente jerez

que Cuitiño descorchó para celebrar el rencuentro.
_ Ninguna _ mintió _ Me gustaría saber porque se fue hasta Dolores para casarse. El padre Gaeta lo hubiera casado sin problemas en Nuestra Señora del Pilar
_ Como le explique antes, no quería testigos. Menos riesgos, más placer es mi consigna _ ocultó sus nerviosismo sirviéndose otra copa de jerez.
_ Puede ser aunque..._ dudó.
_ ¿Desconfía de mí, padrino?_ "Ya no sé que más inventar", pensó agobiado.
Cuitiño era muy sagaz para aceptar semejante historia, por momentos ridícula, pero también quería a Rafael y ansiaba con fervor que su relato fuera verdad. Una traición de Rafael lo destrozaría.
_ Confío en usté Rafa, ¡claro que confío! Bueno, mientras se revolcaba con la Aguirrezabala, encajonamos al tío, Lorenzo Escalante.
_ ¿Por qué razón?_ se interesó manteniendo la calma.
_ Es un unitario traidor que conspira contra el Gobierno manteniendo correspondencia con los exiliados refugiados en Chile y Montevideo. Ya lo tenía entre ojos desde la rebelión de estancieros ocurrida en el sur de Buenos Aires, cuando los malditos se resistieron a pagar a la gobernación los derechos de enfiteusis. Por un pelo se me escapó el malparido. Esta vez no lo van a ayudar sus relaciones.
_ ¿Y dónde lo tienen? _ tanteó
_ En Santos Lugares.
_ La Crujía..._ un sabor amargo embargó a Rafael.
"La Crujía", se le daba ese apelativo por el crujir de los huesos de los condenados al ser torturados.
_ Padrino, dejemos de lado ese tema y cuénteme sobre la salud de mamita Pancha. Todavía no la he visto y Jovita no me ha dicho gran cosa.

_ Anda bastante bien, un poco triste desde que usté se jue,
pero siguro que cuando lo vea se va a reponer enseguidita. ¿Nunca le haría daño entreverándose con una niña unitaria, no?
_ ¡No, padrino!,¿cómo se le ocurre? Usted y ella son las personas que más quiero _ respondió envarado.
"Eso lo veremos", pensó apenado Cuitiño.

Capítulo 14

"Toda cubierta de sangre
Aquella infeliz cautiva,
Tenía dende abajo arriba
La marca de los lazazos,
Sus trapos hecho pedazos
Mostraban la carpa viva". José Hernández

Tina buscó a Lourdes por toda la casa. "¿Dónde se habrá metido esa criatura?". Se le ocurrió entonces echar un vistazo en el dormitorio de Consuelo. Acertó. La puerta estaba sin llave. La encontró ovillada sobre la cama sosteniendo contra su pecho la muñeca de porcelana de su madre. Tenía los ojos cerrados, pero no dormía; el cabello, como una mantilla dorada, le cubría la espalda. Su respiración, serena. De tanto en tanto, se secaba una lágrima traviesa con el dorso de la mano.
Tina se acercó silenciosamente.
_ Lourdes, querida, debes comer _ le acarició la cabeza con cariño. Estaba preocupada, desde su llegada no hablaba y apenas se alimentaba. Entre ella y Mercedes, a duras penas, pudieron arrancarle el por qué de su dolor: la traición de Rafael.
_ Basta de llorar. Sabes que te quiero como si fueras mi hija. Consuelo fue mi única amiga, la amiga que me contuvo en el momento más amargo de mi vida. Recuerdo que me repetía: "Por muy larga que sea la tormenta, el sol vuelve a brillar entre las nubes".
_ ¡Ay Tina!, Rafael destruyó el amor que sentía por él. No confió en mí, me pagó con engaños.
_ Tuvo miedo, pensó que no lo comprenderías _ trató de justificarlo aunque sin entender por qué lo hacía.
_ Supuso mal _ dijo resentida.
_ No seas tajante, niña, quizás en este momento esté arriesgando su vida por salvar a don Lorenzo.
_ ¿Por qué lo defiendes, Tina? Es un mentiroso y lo odio.
Lourdes estalló en un llanto amargo.
_ Querida, me duele verte sufrir. Ya verás, todo se arreglará. No pierdas la esperanza porque aunque sufras, tener esperanza es en sí una dicha.
_ Tina, ¿has querido mucho a mi madre, no? _ en ese momento Lourdes recordó las palabras de Consuelo: "Tina siempre estuvo a mi lado. Tina, mi gran amiga...mi única amiga".
_ Muchísimo. Antes de morir me hizo prometer que siempre te protegería.

_ Tina, nunca me has contado tu historia.
_ Si me regalas una sonrisa, te la voy a confiar. Pero antes, come algo. Mira, Tomasa te ha preparado estas empanadas de carne y una deliciosa mazamorra con canela.
Tina la ayudó a incoporarse; le acomodó unos almohadones de terciopelo

azul en la espalda y le acercó una bandeja de plata con el refrigerio. Comió sin ganas.
_ Mamá, en su diario, me reveló que tu historia es muy triste, así que si te hace daño recordar...
_ Shhh...deseo contarla porque es una manera de renovar mi esperanza.
Tomadas de la mano, Tina comenzó su relato.
_ Allá por el año viente, mi marido recibió la propuesta de trabajo que siempre soñó. Él era maestro y enseñaba en el pueblo en el que vivíamos con mis padres. La escuela era un rancho que apenas se sostenía en pie. Poco después de casarnos, los niños dejaron de asistir. Los mayores debían ayudar en las tareas del campo y los menores, en las tareas del hogar.
Defraudado por la incomprensión y el desinterés de los padres, Pedro, mi marido, cerró la escuela y se dedicó a la alfarería.
Le gustaba modelar la tierra arcillosa, pero enseñar...amaba enseñar. Recuerdo que se levantaba con el canto del gallo y entusiasmado preparaba los materiales que necesitaba para la confección de platos, ollas y fuentes que le encargaban nuestros vecinos.
En la última Navidad que festejamos en familia me regaló un nacimiento bellísimo. ¡Él mismo lo pintó! Era un artista.
Una vez al mes se realizaba una feria en la plaza del pueblo. Su puesto era el más visitado.
Vasijas de barro, empuñaduras de cuchillos y cabos de rebenque de hueso tallado, los vendía como pan caliente.
Fue un tiempo de dicha, sobretodo cuando descubrí que estaba embarazada.
Pedro nunca se quejaba de su oficio, pero no era feliz.
Por una amiga de mi madre me enteré que en la provincia de Córdoba se requería un maestro para una escuela recién inaugurada.
Sin comentarlo con Pedro, escribí postulándolo. La respuesta tardó, pero cuando la recibí, ¡que grande fue mi alegría! Fue la primera vez que vi llorar a Pedro.
A la semana siguiente, nació nuestro hijo. Lo llamamos Miguel como mi abuelo materno.
Cuando me recuperé del parto nos pusimos en camino.
Don Cosme, el curandero, nos prestó su carreta tirada por dos bueyes viejos, pero robustos.
Roque, el pulpero, nos regaló un baúl enorme de quebracho que Pedro aprovechó para guardar sus preciados libros. Era un apasionado de la lectura.
Las amigas de mi madre nos prepararon tres cajas de provisiones: quesos, embutidos, carne salada, hogazas de pan y verduras de sus huertas.
Partimos jubilosos. Pedro y yo viajábamos en el pescante de la carreta; Miguelito, cómodo en una canasta detrás nuestro.
A los pocos días de iniciada nuestra travesía sucedió lo inesperado, una

fatalidad que cambió nuestro destino...

Los vi avanzar hacia nosotros. Venían al galope, las caras pintadas, los ojos inyectados de sangre...un malón. Ay, Lourdes, fue horrible. No supe que hacer. Pedro intentó defendernos, pero antes de poder apuntar con su trabuco, un indio de aspecto feroz lo hirió de muerte con una flecha y lo remató con su lanza. En ese momento creo que me desvanecí...Cuando recuperé la conciencia me hallaba en una toldería. Enloquecí...¡Mi hijo!...¡Mi marido!
Recé para que me mataran a mí también; pero no, mi suerte fue peor que la muerte.
El indio que me capturó me hizo su mujer con brutalidad. Sentí asco, repugnancia...su olor de erizaba mi piel cuando me tocaba. Las noches eran mi peor tormento.
Llegaba ebrio al toldo en donde vivíamos y me sometía con violencia. Al principio me resistí, pero luego...¡Ay Dios mío, cuanto lo odié!
Sus otras mujeres, dos ranqueles y una blanca cautiva desde niña, me maltrataban por celos. Cuando iba al monte a recoger leña me esperaban detrás de algún caldén y me molían a palos.
A mi cargo estaban las tareas más pesadas además de acarrear agua y leña. Era mi responsabilidad cuidar del ganado soportando el sol ardiente o el frío que calaba los huesos.
Me obligaron a participar del curtido de cueros, algo asqueroso. Mis manos estaban tan lastimadas que por un tiempo perdí el sentido del tacto.
Quedé embarazada tres veces y las tres veces la criatura nació muerta.
Pincén, mi captor, me acusó de estar maldita. Luego de la tercer pérdida, nunca más me tocó. Esa fue la única alegría que viví en aquella época.
Ante su rechazo, las otras esposas se volvieron mis amigas.
Pincén no me regaló ni me vendió porque le rendía como sirvienta.
El alivio me duró poco. Una mañana, un grito desgarró el descanso del aduar anunciando la llegada de la peste, la viruela, el azote de Dios, como la llamaban los indios.
El cacique Yanquetruz, sus capitanejos y la machi, la vieja curandera, se reunieron en asamblea. Cuando concluyó, quedé perpleja con la resolucion que tomaron.
La machi caminó directo hacia mí y escupió mi rostro. Luego comenzó a recitar un discurso brusco en quechua que no comprendí, ya que apenas manejaba la lengua de esos salvajes,
Una cautiva me lo tradujo. Me expulsaban de la toldería por estar maldita. Yo era la culpable de traer la peste al campamento. Mi útero, incapaz de dar vida, me señalaba como hija de Mandinga, el diablo.
La vieja desdentada lanzó sobre mí una maldición: "Ikumi ususi sapay urqu saxsay. Mujer, hija del demonio, que el monte te devore hasta hartarse".
Antes del amanecer abandoné la población sin agua ni alimentos...sin caballo. Era una condena a muerte, sin embargo, respiré libertad.
No sé cuanto tiempo caminé, los pies me sangraban; los labios, agrietados debido al calor extremo y la sed...sentía fuego en la garganta.

Por las noches dormía debajo de algún espinillo tiritando de frío y durante el día, caminaba sin dirección, sin fuerzas, lo único que me impulsaba eran mis ansias por sobrevivir, debía encontrar a mi hijo, a mi pequeño Miguel. La esperanza de hallarlo con vida fue la fuerza para seguir luchando.
Una tarde, eso creo, soñé que alguien derramaba agua fresca sobre mis labios. ¡Tan fresca! que por mi afán de beberla casi me ahogo. Empecé a toser y al abrir los ojos supe que no había sido una ilusión. Estaba rodeada por rostros que me observaban curiosos. ¡Soldados! Uno de ellos me sostenía la cabeza y me daba de beber. De a poco me fui recuperando y pude contarles mi historia. Ellos, solidarios, se ofrecieron a llevarme nuevamente a la civilización. Pertenecían a una de esas milicias organizadas por ese entonces estanciero Juan Manuel de Rosas, en defensa de los campos contra las incursiones de los indios.
Uno de los oficiales tenía una hermana monja en el Convento de las Catalinas y me propuso llevarme hasta allá. Accedí agradecida. En el estado en que me encontraba no deseaba regresar con mi familia.
Las monjas me recibieron con reticencia, pero como estaba bajo el ala del oficial de Rosas, me aceptaron como donada, una especie de sirvienta. No podía pedir más, tenía cama y comida. La pesadilla había quedado atrás.
Mi plan fue quedarme con las monjas hasta recuperar las fuerzas para comenzar la búsqueda de mi hijo, pero las monjas me prohibieron abandonar el convento. De ser cautiva de los indios pasé a ser cautiva de las Siervas del Señor.
Cuando menos lo esperaba, apareció un ángel en mi vida que abrió las puertas de mi infierno, tú, Lourdes.
Al fallecer Consuelo, la priora mandó buscar a doña Mercedes.
¡Que buena mujer!, pensé al verla. Te tomó en sus brazos y te besó con tanto amor...
Recuerdo que me miró y con resolución dijo: "Vamos Tina. Lourdes y yo te necesitamos. Dejemos este nido de urracas".
Esa noche velamos a Consuelo y a don Alonso, padre e hija reconciliados en la muerte."
_ Tina, ¡que historia! _ Lourdes jamás sospechó tanto sufrimiento en la vida de sus adorada Tina. Sin embargo, algo la inquietaba _ Lo que me cuentas se parce muchísimo a lo que una vez me contó Rafael.
_ ¿Qué Lourdes?_ se interesó.
_ Sus padres fueron víctimas de un malón en la frontera entre Buenos Aires y Córdoba. Allí lo encontró Cuitiño llorando dentro de una canasta. En otra oportunidad me contó sobre un baúl repleto de libros que guarda con celo porque supone que perteneció a sus padres. Muchas coincidencias Tina y...¿si Rafa fuera tu hijo perdido?
Tina sintió que el mundo se detenía. ¿Sería posible semejante milagro después de tanto tiempo?
_ Ay, Lourdes, ¿será posible? Ahora comprendo porque siempre sentí un cariño especial por él. Aunque...no debo ilusionarme...temo ilusionarme _ sería posible semejante milagro. Tina lo había esperado por años, había

rezado para se produjera por años. "Rafael, ¿mi hijo?", repetía cada latido de su corazón.
_ Claro que puede ser posible. No debes perder la esperanza Tina, tú misma acabas de aconsejármelo. Debes decírselo _ la animó olvidándose de su enojo con Rafael.
_ No es oportuno Lourdes. Esperemos que se aquieten las aguas _ Tina temía despertar de un bello sueño _ Primero reconcíliate con él. Te ama Lourdes, lo sabes. Si te mintió fue por miedo a perderte. Arriesgó su vida por ti y ahora por don Lorenzo. Por ti traicionó a Cuitiño.
_ No sé...
_ ¡Basta de huirle a la felicidad, niña! Rafael es tu felicidad y la felicidad de ambos es la mía. Sólo hay una sombra que oscurece mi dicha: si Rafael es mi hijo le debo su vida a un hombre sanguinario que amenaza matarlo...

Capítulo 15

"Mi gloria es vivir tan libre
como pájaro del cielo,
no hago nido en este suelo
ande hay tanto sufrir
y naides me ha de seguir
cuando yo remonte el vuelo". José Hernández

Salió al galope muy temprano esa mañana, de Buenos Aires a Santos Lugares.
Tenía la mirada fija en el camino, pero su mente repasaba una y otra vez el plan de la fuga.
Todo se dio mejor de lo calculado. El día posterior a su llegada, Cuitiño mantuvo con él una conversación trascendental para llevar a cabo su cometido.
_ Rafael, acérquese a Santos Lugares con esta orden para Reyes _ le tendió un sobre lacrado.
_ ¿De qué se trata, padrino? _ intuyó lo peor.
_ El fusilamiento de Lorenzo Escalante. ¿Por qué pone esa cara? ¿Acaso le disgusta mi decisión? _ lo sondeó con malicia.
_ Para nada, padrino. Me parece una decisión justa y atinada. Mañana mismo salgo para allá.
Esa misma tarde, se apersonó en el cuartel de Montserrat aprovechando que Cuitiño estaba en cama con un fuerte ataque de cólicos.
La noche anterior, el doctor Alcorta lo asistió con la ayuda de su esposa, que lucía una palidez sepulcral provocada por el susto de ser requeridos por La Mazorca. Cuando se convencieron que no corrían peligro alguno y recobrada la calma, el doctor lo trató con cataplasmas y le recetó una tisana de romero y melisa.
"Debe hacer reposo, Coronel Cuitiño. Caso contrario, el cuadro de cólicos se repetirá", le aconsejó el facultativo.
Rafael sorprendió a Goyo jugando al "truco" con otros dos mazorqueros. Interrumpieron bruscamente el juego de naipes al verlo aparecer.
_ Don Rafael, ¿qué lo trae por acá? _ nervioso, escondió debajo de la mesa la botella de ginebra.
_ ¿Quién está de guardia en La Crujía? _ preguntó con sequedad.
_ Me parece que el Camilo Santibañez. Antiyer me lo encontré en la pulpería. ¡Flor de tranca tenía!
_ ¿Y quién es el oficial encargado de la vigilancia de "los corrales"?
_ El pardo Miguel. ¿Qué le pasa al Coronel que no vino hoy?
_ Los cólicos, Goyo, los benditos cólicos; pero ya está mejor. El tratamiento del doctor Alcorta resultó efectivo.
_ Me alegro que ya estea mejorcito. Dele mis saludos don Rafael.
_ Serán dados. Y ...continúen jugando, yo no he visto nada _ se despidió guiñando un ojo con picardía.
Satisfecho con el resultado de sus averiguaciones, emprendió el regreso.

"Así que Camilo es el guardia nocturno, ¡que pegada!", se alegró.
Camilo Santibañez era un paisano bonachón que para no terminar en la frontera matando indios se enlistó en la Mazorca. En varias ocasiones, Rafael y él, mantuvieron conversaciones amenas, sobre todo cuando estaban regadas con un buen tinto. En una de esas ocasiones le contó sus desgracias.
Camilo solía frecuentar el "Hueco de Cabecitas", una hondonada poco agradable para transitar. El lugar le debía su nombre a las cabezas de ganado faenado que allí descargaban las carretas. Esa zona de cuchilleros, prostitutas y ladrones, rodeada por reñideros de gallos, casas de juego y pulperías, fue el escenario de tremendos duelos.
Camilo era un apasionado de las riñas de gallos. Ni bien juntaba unos cobres aparecía en el reñidero, un verdadero teatro en el que se exhibía sobre un gran tablero las leyes de la "guerra gallesca".
Los gallos, preparados especialmente, esperaban su turno de combate encerrados en impresionantes jaulas de cañas.
La noche trágica, Camilo eligió un gallo de plumaje colorado y negro. Tenía el pálpito que iba a duplicar su dinero. Escuchó gritar : "Apuesten señores al gallo fiero de espuelas de plata, de buen peso y tamaño. No los defraudará". No sólo apostó sus ahorros, sino también, la suma que le prestó el mazorquero Alen para alambrar el rancho de su tata.
Su presentimiento falló, lo perdió todo. El gallo fue herido seriamente por su contrincante y entre abucheos, escapó de la arena. Lo mismo hizo Camilo.
Al verse impedido de saldar su deuda con Alen, éste casi "lo raja al medio" con el facón de no mediar Rafael que estaba al tanto de los enredos de Camilo. Como ese día Alen estaba de buen humor le perdonó la vida dándole a elegir entre prestar armas en la frontera o incorporarse en las filas de
la Mazorca bajo el ala del ahijado de Cuitiño.
"Camilo no me negará su ayuda, estoy seguro", Rafael pensó con optimismo en ese momento.
Al divisar los montes de tala y sauces que rodeaban el cuartel de Santos Lugares respiró profundo para calmar la tensión de sus músculos. Su corazón, desbocado por la ansiedad y la incertidumbre. ¿Reyes le creería? Para colmo de males en el cuartel estaba el desconfiado de Santa Coloma.

Cambió el galope de Moro por un trote sosegado. El portón de rejas estaba abierto. Cuando desmontó en el patio se le acercó un soldado con el fusil al hombro.
_ Traigo una orden del Gobernador para el Comandante Reyes _ se presentó Rafael
_ Acompáñeme, el Comandante está en su oficina.
Un muchachito harapiento se ofreció a llevar a Moro a los establos mientras Rafael iba al encuentro de Reyes.
_ Lo buscan mi Comandante.
_ Pero si sos vos, Rafael y ¿tu padrino?. Lo esperaba a él.
_ Sufrió un ataque de cólicos que lo dejó muy débil, así que me mandó a

mí en su nombre.
Rafael le alcanzó el sobre lacrado y Reyes lo abrió resuelto.
_ Dice "fusílese", pero no está firmada por su Excelencia.
_ Es un detalle insignificante, ¿no, Comandante Reyes?_ lo miró con suspicacia.
_ Espero que Ciriaco no me meta en un lío que me cueste la cabeza _ se lamentó.
_ Nadie se enterará, se lo aseguro. Comandante, antes de la ejecución me gustaría cruzar unas palabras con Escalante, si usted me lo permite, claro está _ le dijo con respeto.
_ No hay problema... y ¿cuál sería el tema de la conversación?.
_ Un último intento para que nos revele los nombres de los integrantes del Club de los Cinco.
_ Me parece al pedo, pero probá suerte, a lo mejor...
_ Gracias mi Comandante, tendrá noticias mías si logro que cante el muy bellaco, sino, presencio el fusilamiento y mañana de madrugada regreso a Buenos Aires.
Se dieron un apretón de manos y Reyes llamó a un soldado.
_ ¡Saturnino! ¡Saturnino!, llevalo hasta los "corrales"_ y dirigiéndose a Rafael, le confirmó _ Allá está Escalante. Espero que entuavía vivito y coleando _ se rió, y el aliento a ajo y a vino picado alcanzó a Rafael que supo disimular la repulsión que le provocó.
Caminó pensativo detrás del mazorquero. "¿Confiará don Lorenzo en mí? Por su bien y el mío, espero que sí".

Rafael y el mazorquero cruzaron el patio y atravesaron el arco de ladrillos que coronaba la entrada del cuartel. En otro tiempo, Santos Lugares había sido una abadía que Rosas expropió a los franciscanos para convertirla en una prisión, central de torturas.
Con paso rápido, enfilaron hacia el monte. Divisó a los prisioneros en el "corral", parecían animales porque eran tratados como tales. Uno de ellos estaba rodeado por tres soldados que le calaban los costados y la espalda con las bayonetas. Miguel García, el oficial de más alto rango, esperaba impaciente su turno para rematarlo de un garrotazo.
Cuando llegaron al corral, el prisionero que había visto de lejos torturado por los soldados yacía en la tierra con la cabeza abierta por los golpes recibidos.
Rafael disimuló su disgusto ante semejante barbarie con una sonrisa socarrona.
_ ¿Miguel García?_ se adelantó _ Soy el sargento Rafael Cuitiño y tengo autorización del Comandante Reyes para interrogar al prisionero Escalante.
_ Búsquelo usté mesmo _ la respuesta fue seca y tajante. Lo miró con desprecio y luego se perdió entre los presos, hostigándolos.
Rafael miró a su alrededor. Los hombres pasaban delante de él en fila india, cabizbajos, muchos llorando en silencio. Entonces lo vio, maltrecho, con arañazos y picaduras, el rostro magullado. Tenía los nudillos

despellejados, le faltaban algunas uñas por escarbar la tierra con el fin de extraer las raíces de los árboles por orden del oficial al mando.
_ ¡Lorenzo Escalante! _ gritó.
Lorenzó se alarmó. ¡Cuanto tiempo hacía que no era llamado por su nombre sino por apelativos soeces!
Cuando sus miradas se cruzaron supo que su muerte era un hecho.
_ Necesito hablar con usted antes de que lo fusilen _ quiso que todos lo escucharan.
Lorenzo sintió que se le aflojaban las piernas. "Por fin se termina este suplicio", pensó agradecido.
Mientras los demás se alejaban, Rafael lo retuvo en la puerta del corral.
_ Escúcheme con atención don Lorenzo. Voy a sacarlo de este infierno, se lo prometí a su sobrina y pienso cumplir _ le dijo en voz baja.
_ ¿Por qué me engaña? Yo sé quién es usted, un asesino, un embustero como su padrino _ un ataque intenso de tos lo interrumpió.
"Tanto tiempo a la intemperie debilitó sus pulmones", se preocupó Rafael.
_ No tenemos tiempo para discutir. Dentro de unas cuantas horas lo llevarán al patio del cuartel para fusilarlo. Póngase en el segundo grupo. Cuando le ordenen tirar los cadáveres en el zanjón, tírese dentro y cúbrase con los cuerpos. Bien entrada la noche vendré a buscarlo y emprenderemos la huida.
_ ¡Como si fuera tan fácil! Los guardias no nos quitan los ojos de encima. _ se mofó de la idea descabellada.
_ Lo tengo resuelto. En el momento en que estén trasladando los muertos a la zanja provocaré una distracción. Un amigo se escabullirá furtivamente en el corral de los caballos provocando una estampida. Usted aprovechará la confusión para seguir mis instrucciones.
_ Está bien, mi suerte ya está echada. No tengo nada que perder.
_ Confíe en mí.
El próximo paso de Rafael era hallar a Camilo y exponerle el plan. Lo encontró durmiendo a pata suelta en una de las dependencias del cuartel.
_ ¡Camilo! ¡Camilo!
_ ¿Qué pasa? Sí, sí, mi sargento, enseguida me presento en mi puesto _ se sobresaltó.
_ Tranquilo. Soy Rafael y todavía es muy temprano para tu turno de guardia.
_ ¿Es usté don Rafael? _ parpadeó sorprendido _ ¡que alegría verlo!
_ Camilo, necesito que me hagas un favor, pero quiero que sepas que te traerá muchos problemas.
_ Cuente conmigo pa' lo que sea. El malparido de Santa Coloma me hubiera mandao pa' el otro mundo si usté no me defendía.
_ Olvida eso _ y le palmeó la espalda fraternalmente.
_ Desembuche tonce, don.
_ A un amigo lo tienen prisionero en los corrales y me propongo liberarlo hoy mismo.
_ ¡A la mierda!, mire que es corajudo...y yo que pito toco.
_ ¿Tu guardia es en los corrales, no? _ Camilo asintió _ Pasada la media noche me arrimaré al zanjón para rescatar a mi amigo...

_ ¿Y pa' que quiere un finao? _ preguntó confundido rascándose la cabeza.
_ No está muerto, mamerto, fingirá estarlo. Tu misión será espantar a los caballos que están en el corral vecino al paredón de fusilamiento y hacer la vista gorda cuando escapemos.
_ ¡Que lo parió!, que manera de jugarnos el cuero.
_ Sé que te pido demasiado, así que si no...
_ Por favor, don Rafael, seré un cobarde pero le prometo que le voy a poner huevos a su pedido _ afirmó "agrandado como galleta en agua".
_ Gracias Camilo. Ahora me siento más seguro. Prepárate, falta poco para el amanecer.
Antes de abandonar la zona de dormitorios, se cercioró de que no hubiera alguien espiándolo. Todo tranquilo. Pasó por la cocina y se sirvió un café fuerte y amargo. Y antes de enfrentarse a los acontecimientos riesgosos que lo esperaban le pegó un beso a una botella de ginebra para darse ánimo.
Al llegar al patio, ya estaban contra la pared el primer grupo de condenados. Se paró junto al oficial que lideraba la ejecución. Con disimulo buscó a Lorenzo. Con alivio constató que estaba en el segundo grupo, esperando ser fusilado.
"Fuego", la explosión de los proyectiles golpeó los sentidos de Rafael y Lorenzo.
"Dios mío no me abandones", imploró Lorenzo.
"Camilo, no me falles", deseó Rafael.
Lo que siguió fue un relámpago de sucesos. Lorenzo se acercó a la pila de cadáveres y con la poca fuerza que le quedaba, arrastró uno de los cuerpos hasta el zanjón. En ese preciso instante una estampida desató el caos. Los mazorqueros intentaron controlar los caballos con malos resultados. De repente, alguien asumió la dirección del arreo consiguiendo controlar la situación.
"¿Y Lorenzo?, ¿dónde está Lorenzo?", se inquietó Rafael.
El segundo grupo ya estaba contra el paredón con los ojos vendados, las manos atadas..."¡Fuego!".
"¡Lo logró!", celebró eufórico.
Con la aparición de la luna llena, Rafael abandonó su habitación con cautela en medio de un concierto de ronquidos.
Camilo, antes de tomar su puesto, alistó a Moro y a un alazán para Lorenzo provistos de agua, charqui y yerba.
Rafael tomó a los caballos de las riendas y sigilosamente rumbeó para la zanja de cadáveres.
Se paralizó cuando escuchó un "¿quen vívore?", ¿quién vive?.
Silencio. "¿Quen vívore?¡Carajo!", repitió una voz pastosa por el alcohol.
"Mierda, es Santa Coloma!", maldijo Rafael.
_ Ahh, pero si es el afeminao, el niñito del Comandante Cuitiño _ se le aproximó tambaleándose y sosteniendo una botella de caña _ ¿por qué está tan apurao?, ¿acaso está juyendo?.
_ Está borracho Santa Coloma. Regreso para Buenos Aires, como usted sabe muy bien, mi padrino está enfermo y eso me preocupa._ respondió

manteniendo la calma.
_ Un día de estos te voy a arrancar la máscara, a mí no me engañás. Andás en algo raro y yo lo voy a averiguar. ¡Cuidate gusano! _ lo amenazó tambaleándose como si estuviera sobre un barco en alta mar. Caminó tres pasos hacia adelante intentando sin éxito de desenfundar su cuchillo verijero para atacar a Rafael. Se tropezó con una raíz de tala cayéndose de "trompa".
Rafael, facón en mano, comprobó que su atacante estaba desmayado. "El infeliz perdió el sentido por el pedo que tiene", se rió.
Sin perder más tiempo, llamó a Lorenzo.
Camilo apareció asustado. Había presenciado de lejos el encontronazo entre Rafael y Santa Coloma.
_ Vuelve a tu puesto, éste con la mamúa que tiene, mañana no se acuerda de nada.
Los cadáveres comenzaron a moverse y una figura desgarbada emergió en medio de ellos ofreciendo un espectáculo aterrador.
_ Por acá Lorenzo. Deme la mano. Vamos. Falta poco.
Lorenzo extendió el brazo y con el auxilio de Rafael salió de la fosa. Se arqueó por las naúseas y vomitó bilis.
Al recuperarse, montó sobre el alazán. Se alejaron al trote y cuando ganaron distancia, galoparon con furia hacia la libertad.

Capítulo 16

"Queda prohibido no sonreír a los problemas,
no luchar por lo que quieres,
abandonarlo todo por miedo,
no convertir en realidad tus sueños". Pablo Neruda

Hacía tiempo que Mercedes no se sentía tan feliz y serena. Los desgraciados sucesos que embistieron contra su familia la habían devastado, sin embargo ahora, la vida de sus seres queridos tomaba un cauce seguro.
Lourdes, reconciliada con Rafael.
Lorenzo, a salvo en Montevideo.
Sentada bajo la sombra del naranjo, recordó la emoción de su nieta al recibir el mensaje de Rafael. Lo trajo Jacinto, el lechero, una mañana lluviosa.
"Mi dulce amor, no temas, Jacinto es un mulato de mi confianza, no nos traicionará. Estos días terribles y de incertidumbre sólo los he atravesado por la fuerza del gran amor que siento por ti. Jamás fue mi intención engañarte...tuve miedo, un miedo espantoso a perderte. Gracias a ti soy otro. Estoy dispuesto a enfrentar cualquier riesgo con tal de tenerte a mi lado. Perdóname Lourdes, mi vida no tiene sentido sin ti. Pondré todo de mí para rescatar a tu tío. Ya tengo pensado el plan para rescatarlo; espero contar con la ayuda de un amigo. A don Lorenzo lo tienen prisionero en Santos Lugares. Si bien es un lugar con una estricta vigilancia, confío en mi astucia para liberarlo. Tú también confía en mí, ya verás, todo saldrá bien. Una vez que logremos escapar del cuartel, nos esconderemos un par de días en la casa del señor Atkinson, tu abuela lo conoce. Él se va a encargar de contratar el medio de transporte para una evasión segura. Resuelto este escollo, Jacinto te acercará otro mensaje proponiéndote el lugar y el día para encontrarnos. Ansío tu perdón. Tuyo, Rafael".
Desde ese momento, Mercedes vivió sobre ascuas; y Lourdes, entre la ensoñación y el temor.
Finalmente recibieron la noticia tan esperada.
"Pasadas las dos de la madrugada, una pequeña balandra puso rumbo a Montevideo sin contratiempos a don Lorenzo. Él se encuentra bien a pesar de haber llegado a la casa del señor Atkinson débil y con fiebre. El doctor Fernández obró el milagro. Don Lorenzo es un hombre de una fortaleza admirable y de una voluntad inquebrantable...bueno, tú ya lo sabes. Te manda un beso enorme y otro para su queridísima hermana, así llamó él a doña Mercedes. No se preocupen, don Lorenzo está recuperado y con férreas intenciones de luchar contra el régimen rosista. Estoy feliz por haber podido cumplir mi promesa: tu tío está a salvo. Ahora es nuestro turno. Mañana, a media noche, pasaré por tu casa. Nos debemos una charla. Te amo, Rafael".
Mercedes respiró tranquila, su hermano estaba seguro en la orilla vecina. Seguramente nunca se enteraría del calvario sufrido por Lorenzo en "La

Crujía", pero lo que se imaginaba le provocaba una inmensa angustia.
"Las circunstancias de la vida pueden derribarme, pero nunca aniquilarme. El futuro se abre prometedor. Debo seguir en pie por Lourdes, ella me necesita", reflexionó decidida.
Aguardó con impaciencia el encuentro de los jóvenes.
Tina estaba desesperada por verlo y revelarle que era su madre. Deseaba abrazarlo, besarlo, expresarle su amor tantos años guardado en su corazón destrozado.
La noche señalada llegó. Lourdes se paseaba nerviosa a través del patio. "No viene, no viene...¿le habrá pasado algo malo?, ¿Cuitiño lo habrá descubierto? ¡Ay Dios mío, ayúdanos!".
En ese momento escuchó el trote de un caballo. "Moro", pensó anhelante. El chirrido de la puerta de rejas le anunció su llegada. Era él, su Rafa. Corrió y se arrojó en sus brazos.
Los besos surgieron con frenesí. Lourdes logró apartarse para comprobar que no estuviese herido.
_ ¿Estás bien Rafa? Estaba tan preocupada...
_ Estoy bien y don Lorenzo, también. Ahora mismo debe estar en la casa del General Lavalleja que gentilmente lo ha hospedado en Montevideo.
_ Gracias, muchas gracias. Has arriesgado tu vida y aún la sigues arriesgando. Si tu padrino llegara a sospechar... _ sollozó.
_ No debes agradecerme, lo hice por ti, para ser digno de tu perdón y de tu amor.
_ Te amo, nunca dejé de hacerlo. Empecemos de nuevo Rafa, sin mentiras ni traiciones.
Se dejaron llevar por el fuego de la pasión, sedientos de caricias y besos...nada importaba, sólo ellos.
Saciados el uno del otro y con el espíritu exultante, se dispusieron a enfrentar los nubarrones que amenazaban su felicidad.
_ La abuela quiere hablarnos y Tina está ansiosa por verte _ le dijo aún abrazada a él.
_ ¿Tina?, ¿por qué? _ se intrigó.
_ Ella ya te lo explicará _ contestó divertida.
Mercedes los esperaba ansiosa en el salón.
_ ¿Se han reconciliado, verdad?_ se sentía feliz por ellos.
_ Sí abuela, no permitiremos que nos separen.
_ ¡Así se habla! Vengan, siéntense a mi lado, tenemos que preparar la huida. Rafael, bien sabes que tu padrino es un peligro latente para ustedes. Victoria Reynafé, una amiga incondicional, me ayudará a confeccionar un itinerario de Buenos Aires a Bolivia. El río no es una vía de escape segura. Gracias a Dios Lorenzo pudo cruzarlo sin contratiempos. Pero justamente hoy me notificaron que Rosas mandó reforzar la vigilancia en toda la costa. No podemos correr riesgos. Bolivia es lo más acertado.
_ Estoy de acuerdo con usted _ Rafael se impresionó del ímpetu que mostraba Mercedes, para él siempre fue una mujer frágil a la que se debía proteger.
_ Cuento con muchos contactos a lo largo de todo el recorrido que

deberán hacer hasta Bolivia. En sus hogares podrán esconderse y reponer fuerzas. Con Victoria trazaremos una ruta de escape.
_ ¿Victoria saldrá de su encierro? _ se asombró Lourdes.
Desde la ejecución de sus hermanos, acusados de asesinar a Facundo Quiroga, caudillo de La Rioja, Victoria vivía confinada en su casona. Sólo aceptaba la compañía de Pedro Caminos, su eterno enamorado.
Su círculo social la aisló por el supuesto delito de sus hermanos menores. Mercedes permaneció fiel a la amistad que la unía a Victoria, una mujer de espíritu combativo y alma generosa.
_ Por supuesto, Victoria sabe lo que significa ser perseguido y acorralado injustamente. Ella lo ha vivido en carne propia. ¡Victoria, mi querida amiga!
_ Abuela, que sería de mí sin usted _ y como lo hacía de niña se arrojó en sus brazos llenándola de besos.
_ Bonita, que sería de mí sin ti. Pero bueno, además es imprescindible que cuenten con pases, serán falsos, naturalmente. Son muchos los kilómetros que tendrán que recorrer y muchos los peligros que tendrán que sortear. Eso también lo tengo resuelto.
_ ¿Cómo lo hizo? _ Rafael estaba impresionado, "¿de dónde salió esta mujer? Su astucia me asombra".
_ Me entrevisté con el General Prudencio y no tiene inconvenientes en facilitármelos.
_ ¿El General Prudencio?, ¿el hermano de Rosas? ¿Por qué se arriesgó de esa manera? _ se alteró Rafael.
Mercedes le quitó importancia riéndose con ganas.
_ Con Prudencio nos conocemos desde la infancia. Fuimos, como les diré...casi novios, él haría cualquier cosa por mí...¡y lo ha hecho!. Tienen sus pases.
_ Doña Mercedes, usted es increíble. ¿Cuál es mi papel en su plan?
_ Además de proteger a Lourdes, debes disimular. Cuitiño no debe tener la menor sospecha. Lo más sensato es que no vuelvan a verse hasta el momento de partir.
_ Tiene razón doña Mercedes, se me rompe el corazón pero es lo mejor para la seguridad de todos _ Rafael y Lordes permanecían tomados de la mano.
_ Antes que te retires, Tina desea mantener una conversación contigo. Voy a buscarla.
Rafael estaba perplejo. ¿De que querría hablar con él una mujer que apenas conocía?, ¿cuál era la urgencia?

Cuando Mercedes le comunicó a Tina que Rafael la esperaba en el salón, se paralizó. Miedo y felicidad se conjugaron impidiéndole reaccionar.
_ Tina, ve, tu hijo te espera _ la animó Mercedes.
_ No sé que decirle.
_ La verdad.
_ ¿Y si estamos equivocadas y no es mi hijo? ¿Y si me rechaza? _ temió.
_ ¿Por qué piensas tales cosas? Es tu hijo y te amará, estoy segura _ un

apretón de manos le transmitió la fuerza que Tina necesitaba en ese momento crítico _ Ve, no lo hagas esperar.
Atravesó los patios con el corazón en un puño. "Mi hijo, mi hijo", repetía emocionada.
Cuando lo vio se le llenaron los ojos de lágrimas. Tantos años de búsqueda inútil, tanto dolor...sin embargo su esperanza del reencuentro nunca murió.
Él, desconcertado por la actitud de la mujer, se le acercó.
_ Buenas noches Tina. Me ha dicho doña Mercedes que tiene algo importante que decirme.
_ Mejor los dejo solos _ Lourdes intentó escapar para darles intimidad.
_ No Lourdes, quédate por favor _ le suplicó Tina.
"¿Cuál será la reacción de mi muchacho?, ¿me creerá?, ¿será realmente él, mi hijo perdido hace tantos años?", pensó nerviosa.
Frotó las palmas de sus manos en los pliegues de la pollera para secar el sudor. Un torbellino de emociones le impedía comenzar su relato.
Lourdes la acompañó hasta uno de los sillones. Los tres se acomodaron tensionados; los sentidos, expectantes.
Con voz muy baja comenzó su historia. Su mirada fija en el semblante de Rafael, midiendo sus reacciones.
_ Años atrás Pedro, mi marido; mi hijito recién nacido y yo emprendimos un viaje hacia un pueblito enclavado entre las fronteras de Córdoba y Buenos Aires. Eramos tan felices, por fin se hacía realidad el sueño de Pedro...tendría su escuela. Era maestro, ¿sabes? y adoraba enseñar. Todavía recuerdo su entusiasmo al cargar en la carreta que nos trasladaría a nuestro destino, aquel inmenso baúl repleto de libros. La frase preferida de Pedro era: "La lectura hace al hombre completo; lo conversación lo hace ágil...
_ el escribir lo hace preciso", Francis Bacon _ Rafael terminó perplejo. "¿Qué trata de decirme esta mujer? ¿Un baúl repleto de libros?".
_ ¿La conoces, verdad? Mi marido tenía la costumbre de estamparla en la primer página de todos sus libros _ le dijo atreviéndose a tomarle una mano.
Rafael comenzó a vislumbrar una verdad velada que poco a poco asomaba a la luz.
_ Pero ese viaje esperado y soñado se truncó inesperadamente. Fuimos atacados por un malón de indios ranqueles. A Pedro lo mataron, yo fui tomada cautiva y nunca supe sobre la suerte de mi hijito hasta que... Lourdes me contó sobre tus orígenes...todo coincide, las fechas, tus años, las circunstancias en que te encontró Cuitiño..._ lo miró con esperanza, ¡tenía que ser su hijo!
_ Un baúl como el que usted describe lo tengo en mi poder junto con los libros enmarcados por esa dichosa frase...Entonces usted es..
_ ¡Tu madre! _ Tina lo abrazó, lo apretó contra su pecho con desesperación. Había recuperado su preciado tesoro durante tanto tiempo extraviado.
_ ¡Madre!, pensé que había muerto, eso fue lo que me contó mi padrino _ Rafael estaba desconcertado y conmocionado a la vez. Semejante

sorpresa jamás la soñó.
Ambos lloraban y reían. Lourdes los observaba compartiendo la misma emoción.
_ La esperanza de encontrarte fue lo que me mantuvo viva durante mi cautiverio. Y cuando finalmente me liberaron, inicié una búsqueda a ciegas. No tenía idea por donde comenzar, igualmente indagué en los cuarteles, en la Casa de niños expósitos...nada. Me atormentaba pensar que hubieras sido también víctima de los indios...pero no, hoy te tengo en mis brazos, un hombre digno y valiente.
_ He cometido muchos errores madre, de los que me avergüenzo _ dijo esquivando la mirada escrutadora de su madre.
_ Todos los cometemos, la grandeza está en el arrepentimiento y tú te has arrepentido _ lo besó en la frente.
_ Madre, tanta felicidad me supera, ¿qué más podría pedir a la vida? En un mismo día me ha devuelto a mi madre y a la mujer de mi vida.
_ El nombre que elegimos tu padre y yo para ti fue Miguel, sin embargo Rafael es igual de bello. En algo hemos coincidido con Cuitiño, hemos elegido nombres de ángeles.
_ En realidad fue mamita Pancha la que eligió el nombre. Ella siempre cuidó de mí.
_ Pues entonces a ella mi sincero agradecimiento.
Tina y Rafael se fundieron en un cálido abrazo, un abrazo que por años ella deseó y que en ese momento se hacía realidad.
Lourdes los contemplaba con el corazón rebosante, estaba convencida que el amor que la ligaba a Rafael estaba bendecido por el Cielo. Ese encuentro lo atestiguaba y la simiente que florecía en sus entrañas, también.

Capítulo 17

"Se apoderaron de mí ideas de libertad, igualdad, seguridad, propiedad,
y sólo veía tiranos que se oponían a que el hombre fuese, fuese a donde fuese,
no disfrutase de unos derechos que Dios y la naturaleza le habían concedido".
Manuel Belgrano

El potente gong del reloj de pie que enjoyaba la sala, dio las cinco de la tarde. Las amigas entrañables urdían la fuga de los enamorados. Se las veía relajadas, gozando del proyecto que las unía.
Mercedes y Victoria, dos mujeres marcadas por el sufrimiento pero empecinadas en la lucha por sus convicciones. Juraron que ningún hombre les volvería a imponer procederes de vida o atropellarlas con imposiciones, ellas eran independientes.
A pesar de rondar ambas los sesenta, irradiaban belleza, vitalidad y la energía de una quinceañera. Sus ojos mantenían la chispa de una primavera eterna. Sus arrugas, apenas perceptibles, no delataban vejez sino sabiduría y experiencia.
Conversaban animadas, tratando de armar un rompecabezas que tendría como resultado final, la libertad.
Lola, en silencio, les cebaba mate con hojitas de menta y endulzados con miel.
_ ¿Qué noticias tienes de tu hermano Mecha? _ se interesó Victoria con su característica voz rasposa.
_ A salvo en Montevideo. Espero que pronto pueda escribirme.
_ Claro que sí, querida. Gracias a la red que tejió la Logia Unitaria, hoy podemos estar al tanto de nuestros afectos que se vieron obligados a exiliarse _ lo expresó con enojo y nostalgia._ Tú tienes la alegría de saberlo a salvo, en cambio yo...
_ ¡Ay Victoria!, ya no llores, has hecho todo lo posible por tu hermano Francisco. El siguió el camino que creyó justo. Murió con hidalguía. Prefirió la muerte antes que entregarse al escarnio del enemigo.
Francisco Reynafé, acusado por Rosas de asesinar a Facundo Quiroga, caudillo de La Rioja, logró escapar aunque no sus otros tres hermanos, que fueron juzgados y colgados en la Plaza Mayor.
_ Pero Mecha, cuando pienso que se arrojó a las aguas del Paraná y sin saber nadar...¡que muerte, Dios mío! Odio a Rosas, ¡como lo odio! Lo maldigo mil veces a él y a López que traicionó a mis hermanos abandonándolos a sus suerte.
Estanislao López, caudillo de la provincia de Santa Fe, temiendo que Rosas lo involucrara en el atentado contra Quiroga entregó a los Reynafé, amigos y aliados, desentendiéndose cobardemente del conflicto.
_ Llegará el momento en que esos malparidos recibirán el castigo que se

merecen. Lola, deja ya esos mates y tráenos el licor de naranjas que está en el aparador. Necesitamos algo fuerte _ se exasperó Mercedes.
_ Tú y Pedro han sido mis bastiones, sin ustedes no sé que habría sido de mí.
_ Pedro es un tesoro y te quiere incondicionalmente. No entiendo porque no te has casado con él. ¿Cuántas veces te lo ha pedido? _ se rió buscando aflojar la tensión.
_ Cientos, desde nuestra juventud que viene insistiendo, pero no, nuestro tiempo ha pasado...
_ ¡Tonterías! Ábrete a la felicidad Vicky y haz feliz a ese pobre hombre que te adora. Y ahora, toma ese licor que es una delicia, lo ha hecho Tomasa. ¡Hummm!, esto nos levantará el espíritu _ Continuemos. Así que el mejor día para que salgan de Buenos Aires es el veinticinco de diciembre porque...
_ Porque las calles estarán desiertas. Todos estarán durmiendo luego de una abundante cena de Noche Buena y...
_ Y por haber asistido a la misa de Gallo, claro. Además la mayoría de los mazorqueros estarán tirados con una "flor de tranca", desatendiendo la vigilancia.
_ ¡Mecha!_ festejó Victoria_ ¡que vocabulario es ese!
_ Así me gusta verte Victoria. La risa te sienta bien
_ Bueno, bueno, sigamos. De Buenos Aires irán San Pedro. Fray Cayetano los puede albergar unos días en el convento. Desde allí a Córdoba. Clara, ¿te acuerdas?, la novia de mi pobre Francisco, se ha ofrecido generosamente a hospedarlos. Clara siempre le fue fiel a Francisco.
_ Tu hermana María Teresa, ¿nos ayudará? _ interpuso rápidamente Mercedes para evitar caer nuevamente en el tema del hermano fallecido.
_ No lo dudes. Ella y Froilán los esperan en Sinsacate. Luego Lourdes y Rafael podrán llegar hasta La Domada, en donde mi hermana Catalina tiene una finca alejada del control federal. Allí estarán seguros.
_ Ya que estarán en Catamarca podrán continuar hasta Ipizca. Eulalia estará más que dispuesta a darnos una mano. Tú sabes como es.
_ Una guerrera. No hay quien se le oponga. ¡Que paciencia tiene José Domingo! Eso sí, es una madraza, sus siete hijos la adoran.
_ Te apuesto que un día de estos encabezará una revolución _ profetizó Mercedes.
Lo que ni Mercedes ni Victoria imaginaban era que Eulalia efectivamente encabezaría en 1862 una revuelta que sería conocida como "La Revolución de las Mujeres".
_ Y hablando de mujeres de carácter, ¿sabes algo de Macacha? _ Victoria se refería a la hermana de Martín Miguel Güemes, militar que al mando de sus gauchos cumplió una destacada labor en la guerra de la Independencia.
_ Estamos algo distanciadas. Quiero mucho a Macacha, pero nuestras ideas políticas nos separan. Ella defiende con ferocidad los principios de la Federación.
_ Es increíble la forma en que ayudó a Martín en la guerra.
_ Recuerdas aquella vez que estando Macacha al mando de un

destacamento que debía defender la frontera de los realistas, los gauchos comienzan a retroceder ante el enemigo y ella les grita desaforada: "Cobardes, vean como pelean las mujeres en mi tierra", empuña una lanza y a todo galope se enfrenta a las tropas realistas. ¡Que temeraria!
_ Macacha, como yo, sufrió muchísimo con la muerte de su hermano
_ ¡Cuanto padeció antes de morir!
_ Y ella a su lado, asistiéndolo. Le escribiré y haz tú lo mismo Mecha.
_ Lo haré. Entre nosotras la distancia nunca fue un obstáculo para fomentar la amistad, una amistad que es fuente de consuelo. En estos tiempos turbulentos, las mujeres que luchamos contra la insensatez y la soberbia de los gobernantes que se niegan a escuchar la voz de la oposición, debemos estar más unidas que nunca para hacerles comprender que sólo el diálogo y la renuncia a los propios intereses podrá hacer de esta tierra una Patria Soberana, digna herencia para nuestros jóvenes.
_ Por eso mismo estamos tratando de poner a salvo a esta pareja, que se enfrenta a un poder político opresivo que pisotea los derechos del hombre.

Y así, entre mates, licores, risas y algún que otro llanto, continuaron planificando y casi sin darse cuenta, dibujaron un mapa de mujeres valientes y audaces, dispuestas a entregarse en cuerpo y alma a sus ideales. Mujeres que amaron a sus hombres, muchas veces pagando un alto costo del que nunca se arrepintieron. Mujeres rebeldes que buscaron su lugar en una sociedad pacata, rompiendo reglas y costumbres puritanas. Mujeres con alma de Patria.

La enfermedad de doña Francisca empeoró de forma alarmante durante la primavera. Ciriaco y Rafael compartían una profunda tristeza, el temor a perder a la viejita aguerrida que siempre veló por ellos.
Se acercaba la Navidad. El clima festivo puso un paréntesis a los enfrentamientos políticos que se vivían en la ciudad, aunque la angustia por los parientes exiliados se agudizaba, y el odio crecía. Perdón y reconciliación, dos sentimientos ausentes en el corazón de los argentinos.
Fue doña Francisca la que insistió para que Jovita, la negra dicharachera, con la ayuda de los demás sirvientes, engalanara la casona con adornos navideños. Armaron un pequeño abeto en la sala de recibo junto al clavicordio y a la izquierda del arpa. Lo embellecieron con manzanas rojas; en sus ramas, colocaron velas aromáticas. Al pie del árbol, se dispuso un exquisito pesebre de colorida cerámica. Siempre bajo la atenta mirada de la anciana.
Una vez dispuesto todo según su agrado, regresó a su dormitorio para continuar con el reposo indicado por su médico, últimamente se agitaba por nada.
Jovita le preparó un té de tilo y se lo acercó a la cama.
_ Vos siempre tan considerada con esta pobre vieja. Me tomo el té y te vas a descansar, la siesta es sagrada. Hoy no te di ni un minuto de descanso, ¡pobrecita!.
_ ¡Que alegre está la casa!, ¿no doñita?

_ Muy alegre...lástima que esta sea mi última Navidad _ su voz se quebró.

_ No diga eso,doña Pancha, me asusta cuando habla así _ Jovita se santiguó tres veces seguidas para ahuyentar a la Parca.
_ No tengás miedo ni esteas triste. Que mejor fecha pa' morir que el cumpleaños de Jesús_ le respondió sonriendo.
En ese momento, Rafael se presentó en el dormitorio simulando enojo.
_ Jovita, te advertí que mamita Pancha debe descansar. Si habla mucho, se sofoca...le cuesta respirar. _ le aclaró al ver su gesto de desconcierto.
_ No la retés Rafa, soy yo la culpable _ bebió el té y Jovita se retiró malhumorada por la reprimenda.
_ Ahora quiero que duerma. Es una orden.
Rafael la besó con ternura en la frente, pero cuando se alejaba de la cama, doña Francisaca lo retuvo.
_ Quedate un ratito conmigo, por favor.
_ Si me promete que va a quedarse calladita.
_ Llevate lejos de Buenos Aires a la Lourdes. No sé por que volvieron, pero tienen que marcharse antes de que sea tarde _ le costaba respirar _ ¿Están juntos entuavía? ¿Se siguen queriendo?
_ Cálmese viejita, no se altere. Sí, nos queremos más que nunca y tenemos planeado abandonar Buenos Aires el día de Navidad. Lo único que me duele es dejarla a usted._ se estremeció.
_ Por mí no te priocupés, soy una vieja enferma a la que le quedan pocos días...Sí, si, no me hagás callar. Deseo que haiga un lugar en el que la Lourdes y vos puedan ser felices. Seré inorante, no ciega. Quiero al Ciriaco, pero cuando la violencia lo enloquece...Tengo miedo por vos Rafa, tengo miedo de que te pase algo malo. Conozco al Ciriaco y sé de lo que es capaz cuando se enjurece. ¡Prometeme que te la vas a llevar lejos! ¡Prometémelo!_ se exaltó.
_ Se lo prometo viejita, se lo juro...Y ahora duerma un poco, va a ver como todo se soluciona...duerma viejita, duerma...
Rafael permaneció a su lado sujetando con cariño una mano curtida por los años y el trabajo pesado, una mano que le prodigó caricias y coscorrones, la mano de su mamita Pancha.
Enjuta, de una tez morena abarrotada de arrugas; ojos vivarachos, ahora velados por cataratas; inquieta y astuta. Una luchadora que dio batalla a un destino plagado de sacrificios, humillaciones y privaciones.
"Mamita Pancha, que ese Dios en el que tanto confía, la lleve en sus alas hasta un vergel de paz y felicidad", rogó Rafael. Con ojos humedecidos abandonó el dormitorio. En el pasillo se topó con Cuitiño.
_ Rafael, el doctor Muñiz me dijo que no hay nada que hacer. La vieja se me muere no ma' _ estaba desolado.
_ Animo padrino, debemos ser fuertes, ella no merece nuestra debilidad.
_ Pobrecita, se deslomó lavando ropa ajena y ahora que puedo darle comodidades se me va. ¡Mire que jui bruto con ella! Cuantas veces le grité y ella nunca me retrucó _ la conciencia lo aguijoneaba.
_ No se torture padrino. Usted es lo más importante para ella. Lo quiere y lo comprende como nadie. Venga, vamos a la cocina a tomarnos una

ginebrita, nos va a caer bien a los dos.
Esa fue la última vez que compartieron una bebida, la última vez que se consolaron mutuamente, el último instante de armonía.

Mientras que todas las casas de Buenos Aires se vestían de Navidad y se preparaban apetitosos platillos, el hogar de Ciriaco Cuitiño lloraba.
El diagnóstico del doctor Muñíz fue terminante, "no pasa de esta noche".
Rafael no se apartaba ni un segundo de doña Francisca y Cuitiño respiraba al compás de la respiración de su madre.
Pasadas las diez de la noche llegó una visita inesperada: Santa Coloma.
Rafael al verlo maldijo para sus adentros. "¿Este que se trae entre manos?".
Cuitiño y Santa Coloma se encerraron en el escritorio. Luego de una hora, Cuitiño salió hecho una fiera. Tenía el rostro amoratado y la mirada, salvaje, asesina.
_ ¡Rafael!, ¡venga!_ lo llamó con voz cortante.
Rafael se le acercó con calma. Pasó delante del alcahuete que le sonrió cínicamente.
_ ¿Qué sarta de mentiras le trajo este imbécil?
_ ¿Uste' ayudó a escapar a Escalante? ¡Conteste, mierda!
_ Sí _ fue su respuesta lacónica, no dio más explicaciones.
_ Me traicionó Rafael. Confié en uste', y uste' me clavó un cuchillo por la espalda.
_ Sólo defendí la verdad y la justicia _ afirmó con convicción.
_ Lo que uste' defendió fue la calentura que siente por esa perra, la Lourdes Aguirrezabala. Esa niña de sociedad que cuando se le pase el capricho, lo va a dejar en la estacada, humillado y destruido.
_ Amo a Lourdes. Ella perdonó mi pasado, me ama tal cual soy. Nos casamos y viviremos juntos. Nadie lo impedirá, ni siquiera usted, padrino.
_ ¡Jamás!, antes lo mato. Lo eduqué pa' defender el ideal federal, no pa' revolcarse con una inmunda unitaria. Yo siempre le jui leal Rafael.
_ Padrino, no me hable de esa manera. No soy un traidor, pero ya no estoy dispuesto a asesinar o a torturar en pos de las ideas de un hombre que se cree todopoderoso.
_ Cuidado con el tono que emplea al referirse al Gobernador. Gracias a don Juan Manuel hoy mi máma puede morir con dignidad.
__ Me marcho padrino. Por favor, no me lo impida. Mamita Pancha me dio su bendición _ le suplicó tratando de suavizar los ánimos.
_ ¡Salga de mi vista!, verlo me revuelve las tripas. Lo quise como a un hijo, y ¿así me paga?. Por respeto a mi viejita no lo mato ahora mismo. Pero le juro que me las va a pagar. ¡Cuídese!
Jovita entró como un vendabal, lloraba y gritaba a la vez.
_ ¡Doña Pancha se murió, patroncito, se murió!
Cuitiño, de un empujón, la apartó de su camino y corrió al dormitorio de su madre. Rafael lo siguió, pero cuando intentó atravesar la puerta, Cuitiño se lo impidió.
_ No se atreva, uste' perdió todo derecho, ya no pertenece a esta familia.

¡Lárguese con su puta!
Rafael se marchó desconsolado, nada lo ataba a esa casa. Buscó a Moro y a las dos yeguas que había preparado para la ardua travesía.
Lourdes, al verlo devastado, lo abrazó y besó.
_ Mamita Pancha falleció. Cuitiño me echó amenazándome de muerte.
Lourdes se estremeció. La pena de Rafael era suya también.
_ ¡Fuerza Rafael!, doña Francisca goza de la paz eterna _ lo animó Mercedes _ Y con respecto a tu padrino, sabíamos que esa sería su reacción. Es un resentido que goza infringiendo dolor.
_ No, doña Mercedes. Estoy seguro que todavía me quiere, sólo que su carácter violento lo enceguece. Por eso hace y dice cosas de las cuales después se arrepiente. No conozco persona más fiel que él. Sí,sí, ya sé, se equivocó al poner su lealtad en el tirano de Rosas...No trato de justificarlo, pero no puedo evitar sentir un profundo cariño hacia él...
_ Muchacho, no te debe avergonzar amarlo. El ha sido tu padre, te ha cuidado y protegido; pero también es cierto que está enfermo. Hay enfermedades del alma más dañinas que las del cuerpo, y Cuitiño destila el veneno de la venganza _ sentenció Mercedes.
En ese momento hizo su aparición Tina, traía una bandeja de plata cargada de copas.
_ ¡Hijo!, ¿qué sucedió? Aún es temprano para reunirte con nosotras.
Rafael, lentamente, repitió la historia a su madre.
_¡Maldito Cuitiño!, no serán libres hasta tanto no muera _ se exasperó Tina.
Mercedes intervino para calmar las aguas.
_ Hoy es un día muy importante. Doña Francisca desde el cielo los guiará y protegerá, no lo duden. Y ahora brindemos en esta noche especial por una pareja especial. Por tí Rafael, que el Señor te conceda una mente de hielo capaz de tomar decisiones rápidas y seguras. Y por ti Lourdes, que ese corazón de fuego que tienes, defienda tus creencias y sentimientos creando una muralla que siempre los mantenga a salvo.
_ ¡Por Lourdes y Rafael! _ exclamó emocionada Tina.
Luego de la cena y para acallar habladurías, las mujeres fueron hasta el convento de los franciscanos para admirar el pesebre que todos los años se acostumbraba armar en dicha iglesia.
Allí se enteraron que Camila O'Gorman y el sacerdote Ladislao Gutierrez habían huído juntos. Nadie conocía el paradero de los prófugos. Se los buscaba afanosamente para castigarlos por inmorales y herejes.
Lourdes al escuchar los comentarios condenatorios, se desvaneció.
Mercedes y Tina pudieron sostenerla antes de que cayera golpeándose contra el piso de piedra. Un caballero las socorrió acercando un sillón para que acomodaran a Lourdes.
Mientras Mercedes la abanicaba, varias damas piadosas se lamentaban por haber mencionado el delito de Camila ante una joven tan susceptible y delicada, incapaz de soportar semejante corrupción.
Mercedes, sin embargo, imaginó que el desmayo había sido provocado por otra razón. "Mi niña está en estado de buena esperanza", se alegró.
De regreso, no le mencionaron a Rafael el malestar de Lourdes. "No

debemos preocuparlo", les rogó la joven. Tina y Mercedes aceptaron a regañadientes.
A las dos de la madrugada de una jornada calurosa, la pareja inició un camino hacia una nueva vida.

Capítulo 18

"Al andar se hace camino
 y al volver la vista atrás
 se ve la senda que nunca
 se ha de volver a pisar". Antonio Machado

En San Pedro, fray Cayetano los recibió jubiloso. Amigo de Victoria Reynafé, supo por ella como esos dos jóvenes desafiaban con temeridad a un poder oscuro y abusivo.
Luego de acomodar a Lourdes en una de las celdas que ocupaban los monjes, fray Cayetano conversó largo y tendido con Rafael.
Entre copa y copa de un vino tinto de buen cuerpo, Rafael le confesó todas sus tropelías. Le urjía expiarlas. El remordimiento por haber asesinado a tantos hombres lo asolaba día y noche.
Su único consuelo era Lourdes, su remanso. Ella lo amaba aceptando el monstruo que había sido.
_Tengo miedo, padrecito, que la locura se apodere nuevamente de mí y pueda cometer un disparate. Soy un hombre violento, lo sé y lucho con todas mis fuerzas para sofocar la ira que por momentos me domina. Quiero cambiar, fray Cayetano, por Lourdes quiero cambiar.
_ Confía en el Señor, El todo lo puede. Créeme, el cordero dominará al lobo.
A la mañana siguiente, luego de un desayuno abundante, continuaron su viaje con bríos renovados.
Fueron cinco días de intensa cabalgata por la extensa llanura. Sólo se detuvieron en dos postas para dormir unas pocas horas. La palidez de Lourdes preocupó a Rafael. "Debo aminorar la marcha, ella no se queja pero la fatiga la está consumiendo".
Al atardecer llegaron a Córdoba. En una de las esquinas del pintoresco pueblo se toparon con un malhumorado aguatero que renegaba con su mula.
_ Buen hombre, ¿podría indicarnos la casa de la familia Oliva? _ preguntó ansioso Rafael. Lourdes debía descansar.
_ Derechito, bajando por este camino la va a encontrar, amigo. Está pintada de amarillo, no se van a conjundir.
Agradecidos, siguieron su indicación hasta dar con la casa. Era una edificación sencilla, pero elegante. Tenía una sola planta en forma de U, con un patio central en el que se destacaba una pequeña fuente. Luminosas galerías flanqueaban el cuerpo principal de la edificación.
Los recibió Clara Oliva, bella y de mirada taciturna. Inmediatamente ordenó a los criados que les prepararan un refrigerio y un baño caliente. Lourdes suspiró entusiasmada.
_ Clara, mi mayor deseo es recostarme en una cama. Hace días que no me despego de la silla de montar _ bromeó Lourdes.
_ ¡Pobrecita!, Candela, acompaña a los señores hasta el dormitorio que

hemos dispuesto para ellos _ una negra rolliza, dueña de una gran sonrisa, los condujo balanceando sus enormes caderas.
Lourdes cayó rendida sobre la cama aspirando encantada la fragancia a lavanda que emanaban las sábanas.
_ ¡Que delicia!_ dicho esto se desmoronó en un profundo sueño.
Rafael se tumbó a su lado abrazándola. "Yo te protegeré siempre, nadie te dañará", y con esa letanía en los labios, se adormeció.
Lourdes despertó primero. Con sumo cuidado apartó el brazo protector que la amarraba. Sonrió al escuchar los ronquidos de aquel hombre por el que era capaz de renunciar a su seguridad y a sus afectos. Él lo era todo para ella.
Con cautela salió en puntillas de la habitación, no deseaba interrumpir su descanso.
Deambuló por el jardín, jardín que la cautivó. Colores, fragancias y texturas se combinaban creando un sortilegio para sus sentidos.
Se sentó en un banco de piedra junto a una fuente. El melodioso murmullo del agua pacificó su espíritu, tan atormentado durante los últimos días. Tan inmersa estaba en sus pensamientos que no reparó en la persona que con timidez se le acercó. Se sobresaltó cuando Clara le tocó suavemente el hombro.
_ Lourdes, deberías estar descansando. Te esperan jornadas durísimas.
Clara estaba muy atractiva con su vestido ocre y el cabello oscuro recogido en un rodete alto.
_ He descansado lo suficiente, me siento como nueva _ le dijo sonriendo _ Sabes, Clara, adoro las flores, la abuela Mercedes cultiva una gran variedad, sin embargo no conozco aquellas de color naranja que se asoman entre los helechos _ afirmó señalando un cantero que se extendía a lo largo de la pared frente a ellas.
_ Son "clivias", se parecen a los lirios, ¿no te parece?
_ Sí, es verdad. Me encantan los colores fuertes, llamativos, que expresan un canto a la vida. Recordaré mencionárselas a mi abuela.
_ ¿Extrañas a tu abuela, verdad?
_ Muchísimo.
_ Te comprendo. Estar alejada de las personas a las que se ama es terrible _ la nostalgia la embargó.
_ Lo dices por tu prometido, por Francisco. Lamento ponerte triste.
_ No te aflijas. Francisco está dentro mío. Fue y será el gran amor, no creo que alguien pueda reemplazarlo jamás. El día que murió, yo morí con él. La vida ya no tiene sentido para mí; todos nuestros planes destrozados por una lucha política egoísta y nefasta. Poco me interesa el bien de la Patria si me quitan al hombre que amo.
_ Lo que dices es una gran verdad. Los hombres luchan, se matan entre sí en pos de una Patria libre y no se dan cuenta que lo único que hacen es generar más violencia y un tremendo desasosiego en sus mujeres.
_ ¡Cuántas han ofrecido a sus hijos a esta contienda inicua! ¿Cómo se los han devuelto? ¡Cadáveres!_ Clara se exasperó.
_ ¿Qué nos traerá esta guerra civil, guerra entre hermanos?...¿acaso la paz prometida? _ reflexionó contrariada Lourdes.

_ No confío en ello. Hay muchos intereses políticos y económicos en juego. ¡Ay Lourdes! ¡cuanto te envidio!
_ ¿A mí? _ se sorprendió.
_ A tí, porque tienes las agallas. Has abandonado afectos y comodidades para seguir a tu hombre. Yo no lo hice. Me quedé esperándolo, encerrada en mi seguridad. ¡Que cobarde he sido!
_ Clarita, Victoria me contó que él te amaba profundamente y que estaba decidido a mantenerte a resguardo. Temía por ti. La sombra de la horca pendía sobre él. Se negaba a ofrecerte una vida de fugitiva.
_ Todo eso lo sé. Francisco prometió buscarme cuando la persecución se detuviera, pero eso nunca ocurrió. Fran ya no está y yo continuó llorándolo. En cambio tú le haces frente al peligro, por eso te envidio Louredes, por tu coraje.
Un abrazo tibio de comprensión y consuelo las unió bajo un cielo violáceo.

Capítulo 19

"Y voy por la senda voceando el encanto

y de dicha alterno sonrisa con llanto

y bajo el milagro de mi encantamiento

se aroman de rosas las alas del viento". Juana de Ibarborou

Cuando a la semana siguiente se despidieron, Clara y Lourdes se consideraban amigas íntimas. Las dos estaban unidas por amar a hombres fogosos y arrojados.

Sinsacate, al norte de Córdoba, era su próximo destino. Cabalgaron serenos.

Lourdes todavía no se animaba confesar su embarazo a Rafael. Temía que la dejara en casa de alguna de las familias conocidas durante su travesía a Bolivia. Ella no lo permitiría. "Lo más acertado es que siga guardando mi secreto".

Por el "Camino Real" arribaron a su destino sin inconvenientes.

Lourdes estaba agotada, tenía náuseas y el calor la agobiaba. "Agua fría, helada", se repetía soñando alcanzar la propiedad de María Teresa, hermana de Victoria Reynafé.

Agradeció al Cielo la brisa fresca que se levantó de repente. Tomaron por un bosque de algarrobos, quebrachos y talas. Las breas florecidas imprimían al paisaje una sensación mágica que la conmovió.

Rafael le señaló entusiasmado el pueblo que se divisaba frente a ellos, escondido entre unas pequeñas sierras que cortaban irrespetuosamente la llanura que hasta entonces habían recorrido.

"Dios mío, quiero llegar", pensó desfalleciente Lourdes.

Las campanas de la iglesia los recibieron dando el Ángelus. Cabalgaron con precaución por las estrechas callecitas tratando de localizar el gran portón de rejas en forma de arco. Para alegría de Lourdes, no tardaron en ubicarlo.

Un negro corpulento de sonrisa franca los recibió amablemente. Los guió hasta una sala amplia y soleada, allí los esperaba María Teresa.

Luego de una hospitalaria bienvenida y un breve relato de lo acontecido en el viaje, la dueña de casa ordenó a una mulata de pollera vaporosa y colores estridentes, que los acompañara hasta la habitación. Les urgía descansar.

_ Algo anda mal Lourdes. ¿Qué sucede? ¿Te arrepientes de este viaje? _ se preocupó al verla pálida y ojerosa…desanimada.

_ Estoy embarazada..._ dijo abruptamente.

_ ¿Cómo? ¿De cuánto tiempo? ¿Por qué no me dijiste? _ estalló sorprendido aunque hacía unos días ya lo sospechaba, los cambios en el cuerpo de Lourdes se lo habían revelado.

_ Tres meses. No quise decírtelo por temor a que renunciaras al viaje y bien sabes que escapar era nuestra única opción. ¿Estás enojado? _ se angustió.

_ ¡Claro que no amor! ¿Cómo estarlo? Me haces inmensamente feliz _ la abrazó haciéndola girar. Lourdes reía y Rafael pensaba, "Un hijo de ella y mío...mi felicidad es completa".

Ni la fatiga ni el malestar de Lourdes pudieron contra la tempestad de pasión que se desató entre ellos.

Con María Teresa y su marido Froilán, pasaron más días de los previstos. A pesar de los rezongos de Lourdes, Rafael se impuso. "Debes reponerte. Es por tu bien y el de nuestro hijo". Una nueva esperanza germinaba dentro de ellos.

Enterada María Teresa del embarazo, atiborró a la joven de quesillos de cabra y miel de caña. "Eres puro hueso, criatura. ¿De qué se alimentará tu hijo? Come, come". El color volvió a las mejillas de Lourdes y poco apoco las molestas náuseas matutinas fueron desapareciendo.

Lamentablemente debían volver al camino, si permanecían mucho tiempo en un mismo lugar no sólo corrían el riesgo de ser aprehendidos sino que también ponían en peligro a las personas que los acogían.

Se despidieron con la promesa de un pronto reencuentro. Reencuentro que suponía el cese de tanto baño de sangre.

Continuaron su trayecto hacia el norte del país. Tomaron por la Cuesta del Portezuelo siendo obligatorio escalar la sierra de Ancasti. Bellos panoramas los escoltaron hasta llegar al pueblo de Ipizca, en la provincia de Catamarca. Allí los aguardaba Eulalia de Vildoza, la mujer quede tomaría el poder a punta de pistola el 17 de agosto de 1862. El objetivo: sacar del poder a un gobernador que desconoció a su reemplazante y

quería eternizarse en el cargo. Mujer de valía y temeraria.

En una de las postas, cambiaron la yegua de Lourdes por una mula. "Estos animales son más aptos para escalar", les aconsejó un gaucho entendido.

A medida que subían el camino se estrechaba. Rafael montaba delante de Lourdes. De tanto en tanto giraba encontrándose con la sonrisa deslumbrante de su mujer. Rafael se perdía en sus ojos , tan verdes como el follaje que los rodeaba.

Las mulas se movían seguras a través del sendero serpenteante, aunque lentas y con paso desparejo, muchas veces pisando los bordes del precipicio. Era entonces cuando Lourdes, que odiaba y temía las alturas, cerraba con fuerza los ojos imaginando que cabalgaba libremente a través de la llanura, paisaje familiar que añoraba.

Moro, el caballo de Rafael, las precedía altanero.

En un momento, el camino los obsequió con curvas cada vez más cerradas. Al bajar la temperatura, Lourdes se abrigó con un colorido poncho de lana de vicuña, presente de Clara Oliva.

Cordones de autóctonos molles, algarrobos y lapachos matizaban el paisaje con tonos ocres y rosados.

Luego de un arduo ascenso por fin llegaron a Ipizca. El viento, molesto, soplaba constantemente.

Un changuito rezagado que conducía un rebaño de cabras los guió, encantado de haberse encontrado con forasteros, hasta el campo de doña Eulalia.

La casa vetusta, poseía una galería que daba a un jardín en el que abundaban los árboles frutales. A lo lejos se levantaban algunos corrales de piedra negra. Una vertiente del río del Valle, rica en pejerreyes y percas, bañaba la propiedad.

Los anfitriones los esperaban. Eulalia se acercó con elegancia a la pareja y los saludó cariñosamente. Lo mismo hizo Domingo, el marido. Todos juntos se dirigieron al comedor donde los esperaba una exquisita cena.

Disfrutaron de un delicioso guiso de cabrito acompañado por un crujiente pan de maíz. Una fuente de naranjas dulces y jugosas completó el festín.

_ ¿Cómo anda Mercedes? Supongo que más tranquila ahora que Lorenzo

está a salvo en Montevideo _ se interesó Eulalia.

_ Así es. La verdad es que pasamos tiempos de muchos sobresaltos _ le confió Lourdes.

_ Rafael, usted se jugó la vida al rescatar a Lorenzo del cuartel de Santos Lugares _ expresó admirado Domingo.

_ Lo hice con la ayuda de un buen amigo. Sin su ayuda no lo hubiera logrado. La verdad es que estoy preocupado por su suerte_ suspiró afligido.

_ Tranquilo muchacho, seguramente su amigo estará a buen resguardo. Ahora lo importante es que puedan llegar cuanto antes a Bolivia. La cerca se cierra, Rosas está furioso con todos los que se oponen a sus órdenes. No sé si sabrán que una joven de Buenos Aires, Camila O'Gorman, huyó con el cura párroco de la iglesia que frecuentaba...

_ Sí, ¿los encontraron? _ se alarmó Lourdes.

_ No, pero Rosas desplegó un rastrillaje riguroso para dar con el paradero de los prófugos. Dicen que la aristocrática sociedad porteña está escandalizada con este hecho, los tildan de herejes _ sentenció Eulalia.

El corazón de Lourdes se aceleró. "¿Qué será de ellos?, ¿qué será de nosotros?", reflexionó consternada.

Tres días después partieron al amanecer cargados de provisiones y buenos augurios. San Miguel de Tucumán era su próxima meta.

Un bosquecillo de chañares les ofreció un buen refugio para hacer noche. Sobre un acolchado de hojas secas, extendieron los quillangos. Lourdes se durmió enseguida, en cambio Rafael permaneció vigilante. Algo lo molestaba y lo mantenía inquieto.

Pasos sigilosos, respiración contenida y de repente... ¡Santa Coloma! No estaba solo, tres más lo observaban con fiereza. Los rodeaban. Rafael se alarmó, pero al fijar su vista en Lourdes que dormía serenamente, la sangre le hirvió de ira.

"¡Malditos bastardos! No permitiré que nos hagan daño", pensó desafiante.

_ Santa Coloma _ escupió el nombre.

_ ¡Ajá! Nuevamente se cruzan nuestros caminos y esta vez no te me vas a

escapar.

_ ¿El padrino te ordenó espiarnos?_ dijo con la voz quebrada.

_ El mesmo, lástima que me haiga pedido que no lo mate. Sí...es una gran lástima. Me salgo de la vaina por clavar mi facón en sus tripas, aunque pesándolo bien... sobre ella no me dijo nada _ se rió con malicia y con la punta de la bota le pateó la pierna a Lourdes que despertó sobresaltada.

_ A ella ¡no!, ¡mierda!_ ahí mismo desenfundó el facón dispuesto a dar pelea.

Santa Coloma era un experto "visteador", es decir, de vista y reflejos rápidos; dueño de un buen acopio de mañas y de un gran dominio de emociones.

Rafael, por su parte, no se quedaba atrás en la pericia de la esgrima criolla. Con las piernas bien afirmadas y el torso algo quebrado, trataba de llevar a Santa Coloma hacia las imperfecciones del terreno para que al trastabillar le pudiera "entrar".

Comenzaron a danzar al compás de la muerte. Unos puntazos se atajaban; otros se desviaban, ya sea con el facón o con el brazo cubierto con un poncho.

Lourdes, expectante, rezaba.

Gracias a un descuido, Santa Coloma, se tropezó con una raíz de chañar y cayó al suelo. Rafael aprovechó la situación y se le tiró encima. Con una mano le aplastó el brazo armado y con la otra le apoyó la punta del facón en la garganta.

Los otros mazorqueros, testigos de la riña, apuntaron con sus trabucos a Rafael.

_ ¡Retírense! ¡No se metan, carajo! Esto es entre esta mierda y yo _ les ordenó Santa Coloma.

_ Se acabó hijo de puta. Volvete para Buenos Aires y decile al padrino que nos deje en paz.

_ Yo no soy su mandadero, imbécil. Soltame, me voy pero antes... Te dejo este recuerdito _ con una habilidad increíble liberó el brazo y con agilidad le clavó el facón entre las costillas. De un empujón se lo quitó de encima, dejando a Rafael tirado en el barro.

_ Dale mis saludos a San Pedro... ¡Ah! y también a tu amiguito Camilo Santibañez que estará ardiendo en el infierno por traidor _ con una carcajada siniestra desapareció entre las sombras de la noche junto a sus secuaces.

Lourdes corrió desesperada hasta Rafael. Al tocarlo, su mano quedó cubierta de sangre, caliente y pegajosa. Gritó impotente. ¿Qué hacer? Sola y en la oscuridad.

Capítulo 20

"Algún día te escribiré un poema
que se limite a pasar los dedos
por tu piel y que convierta
en palabras tu mirada". Darío Jaramillo

Un centenar de agujas le perforaban la cabeza. "¿A qué nueva tortura me están sometiendo? ¿Es que mi padrino ha logrado capturarnos al fin?". Rafael abrió lentamente los ojos. Le pareció ver entre brumas una vela solitaria que arrojaba una tenue luz sobre una habitación desconocida.

"¿Dónde estoy?... ¡Lourdes!", se desesperó.

_ ¡Lourdes! _ la llamó angustiado. Cada vez que emitía una palabra, su cabeza estallaba. Al intentar incorporarse, un fuego abrasador lo quemó por dentro. Con suma cautela se recostó nuevamente. El dolor era insoportable. "¿Qué me sucede?", entonces recordó, "¡Santa Coloma, hijo de puta!"

_ ¡Lourdes!_ repitió con delirio.

La puerta del dormitorio se abrió de repente y Lourdes corrió a abrazarlo.

_ ¡Rafa!, ¡despertaste! _ sus manos volaron hacia la frente del convaleciente. Sin fiebre, respiró aliviada.

_ ¿Dónde estamos? ¿Cómo llegamos a este lugar?_ se inquietó.

_ Si me prometes tranquilizarte, te lo cuento todo _ lo besó en los labios, un beso que a pesar de ellos mismos se profundizó encendiendo sus sentidos. Lourdes se forzó a separase, él se lo impidió.

_ La debilidad que siento no me impide desearte _ Lourdes sonrió ante la declaración de su hombre _ Vamos, cuéntame que sucedió.

Lourdes acercó la mecedora de algarrobo a la cabecera de la cama. Una cálida pesadez se apoderó de su cuerpo, vapuleado por el trajín del viaje y de los malestares propios del embarazo. A pesar de las angustias sufridas, era inmensamente feliz. Rafael se estaba recuperando y en su vientre acunaba al hijo de ambos.

Con cierto reparo rememoró las últimas vivencias..."Aún se me hiela la sangre al recordar aquella trágica noche. Rafael, estabas tirado en el barro y desangrándote. Creí morir, no sabía cómo ayudarte. Sola en medio de la nada. Y cuando toda esperanza se desvanecía, aparecieron esos cuatro hombres...cuatro peones de una finca cercana que estaban

persiguiendo a un puma que hacía desmanes en el ganado. Al principio puse reparos a su solidaridad, todavía temblaba pensando en el encuentro con Santa Coloma, pero luego al darme cuenta de la sinceridad de su preocupación, permití que te subieran a una carreta. Lo hicieron con tanta delicadeza que me sorprendió. Te acomodaron sobre un colchón de pieles de oveja. Luego de un corto trayecto llegamos a "El Vizcacheral", nombre de esta finca. Sus propietarios se apellidan Roca. Tomamos por un sendero custodiado por frondosos nogales y cedros cubiertos de orquídeas. Al llegar al portón principal, los peones te apearon, y a través de una larga galería te ubicaron en esta habitación. Ni bien lo hicieron apareció una mujer de mediana edad, delgada, de ojos oscuros al igual que su cabello. Su tono de voz reveló inquietud al verme desolada. Se me acercó y me abrazó.

_ Soy Agustina Paz y mi marido es el coronel Segundo Roca. Haremos todo lo que esté a nuestro alcance para que tu marido se recupere.

_ Se lo agradezco inmensamente señora. Mi nombre es Lourdes Aguirrezabala y mi marido es Rafael Cuitiño _ conseguí explicar.

_ Cuéntame que les ocurrió_ se la notaba preocupada y curiosa.

_ Rafael desertó de la Mazorca. Somos prófugos, señora. Uno de los principales oficiales de Rosas nos halló en un paraje cercano. Se trabaron en una pelea y el mazorquero lo hirió salvajemente.

Doña Agustina me serenó con ternura de madre y mandó a llamar al doctor Balbuena.

Sabes Rafa, su apariencia física me alarmó. Calvo, obeso, bizco, desaliñado. Cuando entró en el dormitorio no saludó. Se dedicó exclusivamente a ti, retiró las vendas y evaluó la gravedad de la herida.

Lo asiste una india, vieja y bajita, que llenó de agua una jofaina donde el doctor se lavó concienzudamente las manos antes de revisarte.

_ ¡Usted! _ me llamó de forma antipática _ Dele de beber este jugo de moras que preparó Chaya. Es anestésico. Lo ayudará a soportar el dolor cuando lo suture.

_ ¿Quién es Chaya? _ la interrumpió Rafael.

_ La india. Te juro que lo odié cuando me ordenó de mala manera que te diere ese líquido oscuro. Por ti no le conteste y obedecí. Con gran esfuerzo logré que te tomaras el jugo _ incrédula vio como Rafael reía.

_ A mí no me causó ninguna gracia y menos cuando presencié como te suturaba con una aguja. Tú estabas adormilado y en ningún momento te

quejaste, en cambio yo...

_ ¿Qué te ocurrió Lourdes?_ se perturbó.

_ Casi me desmayo_ susurró.

_ ¡Dios mío, Lourdes! Y yo aquí postrado _ se lamentó.

_ ¡Por favor Rafa! Es normal en las embarazadas desmayarse y más cuando presencian como cosen a su marido_ intentó dar un toque de humor a la situación aunque no convenció a Rafael.

Tomados de la mano, Lourdes continuó:

_Cuando terminó de suturar te dejó la herida abierta para que drenara el pus, eso me explicó después. Chaya te aplicó una cataplasma que preparó con yema de huevo, aceite de rosas y terebinto. Finalmente el doctor te vendó y ordenó a la india que te vigilara. "Chaya, le dijo, mantén la herida limpia. Realiza la cura cada tres días y cuando despierte que beba el depurativo de la sangre. Si levanta fiebre, una cucharadita de esencia de sauce llorón. Bueno, no sé para qué te explico si tú sabes que hacer mejor que yo”. Parece que Chaya es una curandera muy afamada entre los suyos.

Para mi sorpresa, el ogro se transformó en ángel guardián. El doctor Balbuena, con una gentileza extrema me dijo: "No llore mujer, su marido se pondrá bien. No ha sido una herida profunda". Me tomó el pulso y le pidió a Chaya que me preparara una tisana de tilo.

Eso fue todo lo que ocurrió, mi amor. Ahora estamos a salvo y lo único que importa es que descanses y te recuperes. Duerme querido, duerme. No me apartaré de tu lado. Duerme.

Bajo el hechizo de la melodiosa voz de su mujer, Rafael concilió un sueño profundo y sereno.

Rafael abrió lentamente los ojos. Allí estaba Lourdes, dormida a su lado, más bella que nunca.

Extendió el brazo y con delicadeza enredó en sus dedos los caprichosos rizos dorados de su mujer.

"Adoro tu cabello rebelde, tu piel...suave y lustrosa. ¡Qué bien hueles, amor! Tu fragancia a jazmín me embriaga y no hay para mi mejor refugio en el mundo que tu cuerpo".

Con un movimiento rápido, que le costó una ligera puntada de dolor en la herida, se apropió de la boca carnosa de la joven. Un beso profundo,

anhelante, húmedo, calmó su sed.

Lourdes despertó feliz, respondiendo con igual pasión.

_ Rafa, debemos tener cuidado. La herida se puede abrir.

Con otro beso ahogó sus protestas. El sonido de un golpe los interrumpió.

_ Debe ser Chaya con tu medicina _ Lourdes se apresuró en abrir la puerta.

Bajita, de cabellos plateados sujetos en una sola trenza que le llegaba más allá de la cintura. La expresión de su rostro ajado por los años transmitía una sensación de bienestar contagioso.

Rafael intentó agradecer sus atenciones, pero ella se llevó el dedo índice a los labios indicándole silencio. Sus manos pequeñas, callosas y diestras, lo trataron con dulzura. Con sumo cuidado lavó la herida con agua de cola de caballo cubriéndola luego con hojas molidas de llantén y miel de abejas.

Al concluir, le dirigió una mirada penetrante y sagaz; luego les sonrió y desapareció.

_ Extraña mujer _ reflexionó Rafael.

_ Cierto, pero muy sabia. Gracias a sus tónicos la fiebre ha desaparecido y ya no existe peligro de infección.

Al rato hizo su aparición doña Agustina.

_ Me acaba de comentar Chaya que se siente mucho mejor don Rafael.

_ Así es. Doña Agustina no tengo palabras para agradecer lo que ha hecho por nosotros.

_ Por favor, ¿acaso no dicen los Evangelios que se debe auxiliar al prójimo que está en dificultades?

_ Sí, pero pocos lo hacen _ replicó Lourdes.

_ Lo importante es que se está recuperando. El doctor Balbuena se alegrará con la noticia. Probablemente esta noche pase a visitarlos. Mi marido tuvo que salir de urgencia debido a unos inconvenientes que surgieron en la venta del ganado, pero me dejo dicho que se sintieran como en su propia casa. Sólo espero que el bochinche de mis hijos no les

moleste demasiado _ se excusó.

_ Rafa, doña Agustina es madre de seis muchachitos adorables _ le informó Lourdes _ Mi preferido es Julito, tan dulce e inteligente...y sólo tiene tres años.

_ Julio es un amor. Con Segundo, mi marido, lo apodamos "zorrito" por su astucia. Siempre sale airoso de sus travesuras _ afirmó orgullosa del hijo que sería presidente de la República Argentina en 1880.

_ La otra tarde se colgó de mi cuello y me estampó un pegajoso beso de chocolate _ se rió Lourdes.

_ ¡Uy!, el chocolate es su golosina preferida...Bueno no los aburro más hablando de mis hijos. Ya mismo les traigo la cena. Supongo que querrán comer a solas o me equivoco..._ con picardía les guiñó un ojo perdiéndose en un frufrú de sedas.

Alrededor de las diez de la noche, el doctor Balbuena pasó a controlar al convaleciente.

_ Muchacho, me alegra verlo rozagante.

_ Gracias doctor, sin su intervención ya estaría del otro lado.

_ Y gracias a Chaya. No se olvide de Chaya. Aunque le sorprenda yo aprendí mucho de ella. Me enseñó el poder curativo de las plantas y eso es sumamente valioso. Le parecerá extraño, pero Chaya y el doctor Pasteur son mis dos grandes referentes. Rara combinación, ¿no?

_ No me sorprende, estoy admirada de su sapiencia en el arte de curar.

_ Lourdes es una fiel admiradora de Chaya, doctor.

_ Hace bien en serlo señora. Conocí a Chaya en esta casa hace veinte años y desde entonces siempre le pido consejo cuando estoy perdido en el tratamiento de algún paciente.

_ Doctor, ¿cuándo podemos partir? El tiempo nos apremia, nos urge llegar a Bolivia y además, no deseamos poner en peligro a esta familia generosa _ se preocupó Rafael.

_ Estoy al tanto de la situación. Doña Agustina me lo ha comentado. La herida debe cicatrizar, debemos evitar cualquier complicación. Deberán esperar una semana aproximadamente _ les recomendó.

_ ¿Tanto? _ se impacientó Rafael.

_ Sí, piense en su mujer, ella también necesita descansar. El tremendo susto que ha vivido la ha agotado. Súmele a eso el embarazo... ¡de ninguna manera!, nada de adelantar la partida _ con firmeza dio por finalizada la discusión.

La convalecencia resultó un recreo de mimos y atenciones. Lourdes y Chaya se esmeraron en alimentarlo para que recobrara las fuerzas. Esa india arisca, que por momentos le recordaba a su mamita Pancha, terminó robándole el corazón.

Chaya, siempre silenciosa, el día de la despedida se mostró tierna y cariñosa con la pareja que cuidó como si hubiesen sido sus hijos más queridos.

_ Lourdes, esta pomada es pa' que se la apliqués por las noches sobre la cicatriz, así se evitará la tirantez de la piel. Y este presente es pa' vos _ le entregó una pequeña luna de plata que pendía de un cordel de cuero _ Es Killa, la luna, un talismán que protegerá tu embarazo. Inti, el sol, y Killa, la luna, son los amantes unidos a pesar de la adversidad. Nunca te separes de él, te librará de todo mal _ Lourdes la abrazó emocionada.

Doña Agustina los acompañó hasta la tranquera y desde allí los despidió llorosa, escoltada por su numerosa prole

Capítulo 21

"Dame la mano y danzaremos

dame la mano y me amarás.

Como una sola flor seremos

como una flor y nada más". Alfonsina Storni.

"¡Salta, que maravilla Señor!", pensó embelesada Lourdes olvidándose por un instante del temor a ser sorprendidos nuevamente por los espías de Cuitiño.

Espectaculares valles de verdes intensos, turbulentos ríos, quebradas talladas por la erosión del viento desde tiempos inmemoriales...En Salta la Naturaleza era un canto a la belleza en su máxima expresión.

Las mulas, tercas pero tenaces, los condujeron por laderas atravesando densos bosques de algarrobos y pasando por numerosos pueblitos seductores de costumbres milenarias. Los habitantes, afables y hospitalarios, les brindaron refugio y compañía.

Acomodados en una simple choza de ladrillos de barro rojizo, sentían como si estuvieran en el más espléndido castillo medieval.

El melodioso canto de los grillos estimulado por la sensual luz de la luna, los sumergió en una anhelada danza de placer desprovista de inhibiciones. Se amaron con desesperación.

_ Lourdes, tu cuerpo trastorna mis sentidos. Deslizarme sobre tu piel de plata…ah…que deleite _ le murmuró al oído mientras sus manos inquietas la recorrían buscando el néctar que amaba beber.

El Paraíso duró poco, el tiempo tirano les impelía a continuar la marcha. No debían retrasarse, sus vidas estaban en juego. En Bolivia hallarían la paz y la seguridad.

Continuaron su marcha atravesando cerros y cañadas. Los cardones, como fantasmas se alzaban altos y erguidos en las laderas, impresionado a Lourdes.

_ No temas mi amor, son sólo cactus gigantes _ la animó con ternura

Rafael.

Cuando por fin avistaron la ciudad de Cochabamba, un grito de dolor le heló la sangre a Rafael. Desmontó apabullado de Moro que corcoveó asustado por la frenada intempestiva. Rafael se acercó a Lourdes tomando las riendas de la mula que la cargaba.

_ ¿Qué sucede querida?

Ella, con la frente perlada de sudor, apenas pudo responder.

_ Una...una puntada...me atravesó el vientre. ¡Ay, otra vez! _ lo que había comenzado como una molestia terminó convirtiéndose en suplicio.

_ Tranquila, ya casi llegamos _dijo alarmado.

Tomaron por la calle de Santa Teresa que desembocaba directamente en la casa de Margarita Arce, hija de la difunta Manuela Rodríguez Terceros, heroína de la Guerra de la Independencia en Bolivia. La edificación, de típica influencia hispana, se situaba frente a la Plaza Mayor.

Con sumo cuidado bajó a Lourdes de la mula y la cargó hasta la entrada de la casa. No fue necesario llamar, una morenita quinceañera estaba en la puerta y con cara de susto los hizo pasar sin preguntas.

Rafael vociferó pidiendo un médico. Margarita, alertada por el revuelo, abandonó el bordado y se asomó al zaguán.

_ ¿Por qué tanto barullo? _ protestó.

_ Soy Rafael, doña Margarita. Perdone mi falta de modales, pero mi esposa no se encuentra bien. _ expresó con la voz estrangulada por la angustia.

_ ¡Mi buen Dios! ¡Lourdes, pequeña! Adelante, adelante. Llévela al dormitorio que está al fondo del pasillo. ¡Vamos! ¡Síguame!_ corrió delante de ellos tan asustada como Rafael. "¡Mi buen Dios, si está en estado de buena esperanza!", pensó con preocupación.

Una vez acomodada Lourdes, Rafael controlando sus nervios, se presentó como correspondía.

_ Perdón por la forma en que irrumpimos en su casa doña Margarita, es que estoy desesperado _ dijo mesándose el cabello.

_ Calma hijo, hace días que los esperamos. Mecha no me comentó sobre

el embarazo _ afirmó desconcertada.

_ Ella todavía no lo sabe.

_ Bueno, ahora urge enviar por el doctor. ¡Dorotea! _ llamó a la negrita _ Corre hasta la casa del doctor Orondo y dile que venga lo antes posible.

Dorotea, ni lerda ni perezosa, salió disparada.

Lourdes dormía, las contracciones se habían detenido, pero continuaba pálida como la cera.

Rafael, sentado a su lado, humedecía la frente con paños perfumados.

Margarita caminaba de un lado a otro de la galería esperando al médico. "¡Cuanto demora, mi buen Dios!"

Sintió tremenda ganas de zamarrearlo cuando lo vio llegar con paso cansino. Lo hizo entrar a los empujones. Rafael los observaba boquiabierto.

_ Siempre apurada doña Margarita..._ se quejó el médico.

_ Y usted siempre lerdo, mi estimado doctor Orondo. Esta señora reclama su atención con urgencia. ¡Apúrese, mi buen Dios! _ clamó perdida la paciencia.

_ Si ambos pudiera retirarse me harían un grandísimo favor _ los miró con recelo.

Rafael se retiró refunfuñando, Margarita lo siguió pisándole los talones.

_ Rafael, no te asustes por el trato que mantenemos con el doctor, es que nos conocemos de niños, nos agrada buscar gresca. Te aseguro que es un profesional eficiente.

El diagnóstico del doctor no se hizo esperar y fue alentador. El corazón de Rafael comenzó a latir nuevamente.

_ El cansancio y el esfuerzo realizado en su estado en este viaje agobiante, permítame decirle, ha sido una imprudencia garrafal. El malestar sufrido por la señora fue la consecuencia de ese desatino _ dijo molesto.

_ Lo sé doctor. No tuvimos opción, nuestras vidas estaban en juego. Debíamos huir de Argentina. La Mazorca nos tiene en la mira, aún hoy

corremos peligro.

_ Lo entiendo hijo, lo entiendo. La señora necesita descansar y alimentarse adecuadamente, recobrar energía. No hay hemorragia y el niño se mueve. Ahora ocúpese de usted, coma y descanse, ella lo necesita fuerte y optimista. La señora dormirá un buen rato. Le di de beber una infusión de manzanilla y flores de azahar, eso la relajará. Mañana volveré. Buenas noches.

Rafael, obediente, siguió al pie de la letra los consejos del doctor Orondo.

Luego de una semana de reposo, Lourdes comenzó a pasear durante las mañanas por el vecindario, siempre acompañada por Rafael.

Acostumbraban tomar por la calle principal y caminaban hasta el templo San Juan de Dios. Se aventuraban por la zona de pulperías y establecimiento comerciales, donde curioseaban los variopintos productos que ofrecían a la clientela: velas, remedios, bebidas...

Las calles empedradas y alumbradas por faroles a querosén los invitaban a descubrir un nuevo mundo, tan distinto a su querido Buenos Aires al que añoraban hasta las lágrimas.

Una tarde, queriendo sorprender a Lourdes con un obsequio, Rafael recorrió la avenida del Quitasol por indicación de Margarita. Allí podía encontrar sombrillas que por su belleza y elegancia dejaban sin aliento a cualquier mujer. Le compró una de encaje blanco que deslumbró a Lourdes y que lució encantada bajo el sol bolivariano.

Cierta noche, Rafael la sorprendió entonando una melodía dulce y amorosa mientras acariciaba su vientre abultado. "Esta nana me la cantaba de pequeña mi abuela para que me durmiera", le dijo sonriendo al verse descubierta.

_ Sabes, Rafa, así como mi madre tenía la certeza que tendría una niña, yo estoy segura que será un niño fuerte y hermoso, parecido a su padre, ¿verdad que no estoy equivocada, tesorito? _ dijo embelesada posando sus manos en el vientre, como respuesta obtuvo unas cuantas "pataditas" que hicieron reír a ambos.

Parecía que la felicidad se había instalado definitivamente entre ellos.

El verano se despedía y Margarita contuvo el llanto, que rebelde, pugnaba por manifestarse. Se había acostumbrado a la presencia de la joven pareja, siempre felices a pesar de estar signados por la persecución.

Ese día, durante la cena, celebrarían la compra de la casa de Lourdes y Rafael, la casa que sería testigo de un nuevo despertar preñado de

esperanza y anhelos.

Sentados bajo el parral, disfrutando de un delicioso zumo de naranjas y guayaba, Margarita por primera vez les contó su historia. Se sentía ligada a ellos, el sufrimiento y la abnegación también la habían acompañado a lo largo de su vida. Por eso mismo, no se resistió a la curiosidad de Lourdes.

_ Doña Margarita, ¿nunca se casó?_ le intrigaba que una mujer bella y de espíritu generoso estuviera sola.

_ Nunca. Amo mi independencia. Las mujeres vivimos sometidas, primero a nuestro padre y luego al marido. Si deseamos realizar cualquier emprendimiento necesitamos la autorización de nuestro marido por escrito y ante un escribano. No querida, así estoy muy bien. Mis hermanos intentaron mandonearme y les aseguro, les fue terrible. A mí nadie me da órdenes, soy mi ama y señora. Me parezco a mi madre, frontal y de voluntad firme. Los hombres están acostumbrados a que nosotras agachemos la cabeza y digamos sí en todo momento. Eso no va conmigo. Yo tengo cerebro y lo uso.

_ Su madre es una leyenda. Debe estar muy orgullosa de ella, ¿verdad? _ Rafael, cohibido por el discurso vehemente de la mujer, intentó pasar a un tema menos espinoso.

_ ¡Ay Rafael! Cuando menciono a mi madre se me hace un nudo en la garganta. La noche que falleció dormimos tomadas de la mano. Ustedes dirán que estoy loca, pero esa madrugada algo me despertó, la miré y ya no respiraba. Creo que ella me despertó con un beso de despedida. Mi madre, tan valiente y honorable. Siempre siguió de cerca a mi padre en la Guerra de la Independencia. Cosió uniformes, abrió nuestra despensa para alimentar a los combatientes...introdujo secretamente en la ciudad pasquines y proclamas revolucionarias. ¡Pobrecita, cuantas penalidades sufrió!

_ La abuela me contó que por milagro se salvó de ser víctima del holocausto de Coronilla.

_ Mi madre, sí, pero las otra doce mujeres ¡no! Doce valerosas mujeres lideradas por Manuela Gandarillas, ciega ella.

_ ¿Ciega? _ gritaron indignados.

_Manuela era ciega pero arrojada como ninguna. "Si no hay hombres para defender a la Patria, acá estamos nosotras", no se cansaba de arengar a sus compañeras. Doce mujeres audaces ejecutadas en la horca.

_ ¡Cuánta injusticia!_ maldijo Lourdes.

_ Las mártires de la Coronilla son mi ejemplo _ afirmó severamente Margarita.

_ Señoras, propongo un brindis por las mujeres de gran entereza que luchan por sus propósitos sin amedrentarse... Y por ustedes dos que son sin lugar a dudas, la prolongación de tanta intrepidez y coraje _ sentenció orgulloso Rafael.

_ Y por ti mi amor, que has renegado de todo afecto por ser fiel a tu conciencia.

_ Y por este sentimiento profundo que tú despiertas en mí y que me cala los huesos _ la abrazó besándola con ardor.

Margarita, sin intimidarse, selló el brindis diciendo:

_ Y yo brindo por ustedes, que en este bendito país puedan vivir en paz y en abundancia, junto a todos los hijos que el Señor tenga planeado regalarles.

Entre sonrisas y lágrimas, chocaron las copas deseosos de un futuro fecundo y luminoso.

_ Bueno, bueno, basta ya de tanto sentimentalismo _ dijo disimulando su emoción Margarita _ Rafael, ¿aceptó el puesto de maestro que le ofreció don Teofilo? _ se refería al intendente de Cochabamba.

_ Efectivamente, y esa es otra razón por la que le estaré eternamente agradecido doña Margarita. Sé que fue usted la que intercedió por mí ante el señor intendente.

_ Tonterías, usted está capacitado para el puesto y eso es todo....Y la casa que han comprado...

_ Me encantó y no está lejos de aquí. Así que me tendrá fastidiándola por las tardes _ agregó eufórica Lourdes.

_ Será un placer para mí jovencita _ dijo aliviada Margarita.

Más tarde, ya en el dormitorio, Lourdes se desnudó lentamente extasiando a Rafael. El, hipnotizado por el erotismo de su mujer, tomó aceite esencial de lavanda de un frasco de cristal y comenzó a deslizar sus manos por la piel amada. Caricias aromáticas y besos de néctar los transportaron al paraíso.

Capítulo 22

Montevideo, 3 de Marzo de 1848
Estimado Rafael:
¡Que alegría saber que están sanos y salvos bajo el amparo de un país hermano.
Mercedes me mantuvo al tanto del arriesgado itinerario que emprendieron.
También estoy notificado de la grata novedad, el embarazo de Lourdes. ¡Cuánto me gustaría abrazarla como cuando era una niñita rebelde y traviesa!, aunque debo admitir, que muy simpática y compradora. ¡Mi dulce Lourdes!
Uno de los motivos por el cual le escribo, es para agradecerle la manera en que puso en riesgo su vida por salvar la mía. Perdone la parquedad y la desconfianza con que lo traté por ese entonces, es que venía atrozmente golpeado por el destino, y usted, mi amigo, era el ahijado de mi peor enemigo. Espero me entienda y disculpe.
El otro motivo es una propuesta. Estoy trabajando en el periódico "El Nacional" de Montevideo, donde colabora Echeverría, otro de los tantos exiliados.
Sería para mí un honor que se uniera a nosotros para vapulear desde aquí la gestión infame de Juan Manuel de Rosas.
El país está viviendo una macabra pesadilla que debe terminar de una vez por todas. Un nuevo partido debe germinar en medio de semejante caos para hallar una solución pacífica a nuestros problemas sociales. Este nuevo partido debe ser representado por las jóvenes generaciones y cuya única fórmula sea: "Mayo, Progreso y Democracia".
Este es el pensamiento unánime de los que hemos sido exiliados y aspiramos a retornar a una Patria limpia de réprobos.
Usted, Rafael, es parte de esa sangre nueva que tiene en las manos la posibilidad de este cambio radical.
Únase a Echeverría, a Mármol y a un servidor en esta gesta. Sarmiento, desde Chile, hace lo suyo.
Este es el momento oportuno para presionar desde el exterior, alentando a Urquiza para que tome la decisión de enfrentarse al gobierno de Buenos Aires. Sus desavenencias con Rosas se van acumulando desde 1842. Nos hemos enterado que ha comenzado a pertrecharse con el fin de enfrentar a las fuerzas oficialistas.
Conociendo su espíritu indómito, presumo que si el enfrentamiento se cristaliza, usted querrá ser uno de los ejes en las líneas del ejército de Urquiza, Gobernador de Entre Ríos,
Si opta por aceptar mi proposición, me permito aconsejarle que no lo comente con Lourdes. Ya sabemos como son las mujeres, se angustian por todo y lejos de mí provocar sufrimiento alguno a mi sobrina.
Me imagino que para usted será un engorro lanzarse a una nueva travesía estando Lourdes con un embarazo adelantado. Sin embargo, son tantas

las ansias que tengo de tenerlos junto a mí...
Le sugiero navegar por el río Uruguay hasta Montevideo. El viaje será tedioso, pero cómodo.
Le confieso, Urquiza ya lo considera su aliado.
Adjunto a esta misiva, otra para Lourdes, obviando por supuesto, mi propuesta a su participación activa en la revolución para derrocar a Rosas. De enterarse, pondría el grito en el cielo y a ninguno de los dos nos conviene. Ella está en contra del derramamiento de sangre. Lamentablemente, nosotros sabemos que el país está en un encrucijada y el combate es la única opción para lograr nuestros objetivos.
Espero cuanto antes su respuesta. Vea la forma de convencer a mi sobrina para emprender un nuevo viaje, quizá tentándola con la presencia de Mercedes en el momento del parto. Mi hermana no tiene impedimentos para cruzar el Plata. Como se dará cuenta estoy ansioso por reunirme con ustedes, mi familia. Aquí, aunque rodeado de buenos amigos, me siento muy solo. Un abrazo.
Lorenzo Escalante.
P.D.: Hay novedades acerca del escandalete de la O'Gorman y el cura con el que huyó. Los encontraron en Corrientes. Un sacerdote irlandés los denunció y los arrestaron. Según dicen los chismosos, ella negó haber sido violada y afirmó descaradamente haber sido la iniciadora del romance y la ideóloga de la fuga. Están detenidos en Santos Lugares. De sólo pronunciar el nombre se me eriza la piel, malos recuerdos. Se rumorea que serán fusilados, y ...¡Camila está embarazada! Otro grano de arena que contribuirá a la caída del tirano.

Cochabamba, 10 de Marzo de 1948
Queridísima abuela:
Estoy feliz por las buenas nuevas que tengo que comunicarte. En unos días partimos hacia Montevideo. ¡Sí!, ha leído bien.
Ya sé que hace poco nos hemos instalado en esta bella ciudad, pero si la virgencita de Urkupiña, de la que me hice devota, lo permite, podré abrazarla después de tanto tiempo. Tío Lorenzo me ha prometido que hará todo lo posible para que usted pueda cruzar el plata y estar presente en el nacimiento de mi hijito. Ese es mi mayor deseo.
Debo confesar que cuando Rafael me comentó la proposición del tío de trasladarnos a Montevideo para trabajar en un periódico, la idea me provocó resquemor. Otra mudanza justo cuando comenzábamos a organizarnos bajo nuestro propio techo me causó desazón y entusiasmo a la vez, no lo puedo negar.
¡La extraño tanto abuela! Creo que ya se lo mencioné un millón de veces, pero no voy a dejar de repetirlo.
No se preocupe por mí, soy vigorosa y este niño se mueve como un potrillo desbocado. El doctor Orondo nos dio su visto bueno para el viaje.
Al principio se escandalizó, ¡lo trató de loco a Rafa! Luego, más tranquilo cuando le contamos que navegaríamos la mayor parte del trayecto,

aprobó nuestra decisión. "Si toman hasta el más mínimo recaudo, les doy mi bendición", nos dijo con cara seria. Siento un cariño especial por él, abuela. Siempre atento y cordial. Todas las tardes pasa por nuestra casa para asegurarse que me encuentre bien.
Este viaje a Bolivia me ha hecho madurar. Conocí mujeres increíbles que arriesgaron afectos y seguridades en pos de sus convicciones.
Pero mi gran orgullo es usted, abuela. A usted le debo lo que soy, respaldó mi amor por Rafael, no me abandonó en el peor momento. Siempre dándome fuerzas, protegiéndome, animándome.
Ojalá podamos reunirnos muy pronto. Deseo compartir con usted la alegría del nacimiento de este hijo que llevo en mis entrañas, y que sin dudas, después de este camino de sangre que hemos sufrido traerá vientos de esperanza para todos. Espero verla muy, pero muy pronto.
Con amor. Lourdes.

Capítulo 23

EPÍLOGO

"Soldados: Si el Tirano y sus soldados esperan,
enseñad al mundo que sois invencibles...
en el campo de batalla tenemos todos que vencer o morir". Justo J. de Urquiza

Buenos Aires, 27 de diciembre de 1853

Con paso decidido atravesó el pasillo umbrío de la prisión.
Debía cumplir con su promesa, nadie se lo impediría.
El corazón le galopaba como un potrillo desbocado, pero su espíritu permanecía sereno.
Se verían cara a cara por primera vez luego de tanta persecución, engaños y amenazas.
"Hay algo que debo reconocer de él, jamás quebró su lealtad a Rosas, jamás elevó un insulto contra el Tirano que cobardemente huyó a Inglaterra, abandonando a sus seguidores", pensó mientras se acercaba a la celda de Ciriaco Cuitiño.
En dos días sería ajusticiado junto al mazorquero Leandro Alén, el único amigo que le quedó de tantos que en los buenos tiempos lo sobaron.
El soldado abrió la celda. Lo encontró sentado sobre un camastro desvencijado. Se asombró al descubrir que cosía, ¿un pantalón?. "¿Qué nueva locura estará tramando?", se preguntó ante el insólito espectáculo.
Cuitiño dejó de pegar puntadas y levantó la vista al escuchar: "Tiene visita Coronel".
_ ¡Usted!, ¿qué quiere?, ¿qué mira?...Coso mi pantalón a la camisa, no quiero que cuando me cuelguen se me caigan los pantalones.¡Aun federal ni de muerto se le caen los pantalones, carajo! ¿Se va a reír de mí? ¡Adelante, hágalo de una buena vez! _ alardeó.
Después de fusilarlo, la condena se completaba con la horca.
_ Vine a cumplir una promesa _ la voz melodiosa de Lourdes se abrió paso entre las sombras de la celda.
_ Y Rafael, ¿dónde está?, ¿por qué no vino él? Me disprecia tanto que manda a su perra pa' que se burle de mi desgracia.
Su insulto no la lastimó, Lourdes permanecía en silencio, los ojos cargados de lágrimas.
_ Dígale que pa' mí es un honor morir contra el paredón. Siempre le jui fiel a su Excelencia que se comportó como un padre conmigo. Nunca actué en forma artera, siempre jui frontal en mis procederes _ a medida que avanzaba su monólogo, la ira iba menguando _ Dígale...dígale que a pesar de su traición lo sigo queriendo como al hijo que no tuve...
Y ese hombre, duro, temido, violento, déspota, se derrumbó en un llanto amargo.

Lourdes, olvidándose de todo rencor, se arrodilló a su lado y lo abrazó sin remilgos. Ciriaco pegó un salto al sentir el calor de Lourdes, pero no se resistió al contacto.
_ Rafael no pudo venir, don Ciriaco, porque murió en la batalla de Casesros _ lo dijo en un susurro.
_ ¡Como!¿Qué me está diciendo? ¡No puede ser! Más salvaje que mi Rfa en la lucha cuerpo a cuerpo no conozco. Nadie como él en el manejo del jusil y del facón...Cuando Santa Coloma me informó que lo había herido, casi lo mato a trompadas. "Asustálos", le dije y el muy hijo de puta casi me lo manda pa' el otro lado. Estuvo como loco hasta tener la certeza que estaba fuera de peligro. Siempre tuvo mis informantes, ¿sabe?...Y ahora esto...¡No, no, no, no puede ser, mi Rafael no, maldita sea! Se murió y no pude pedirle perdón,,,_ Cuitiño estaba desesperado.
_ Rafa lo perdonó. Siempre se refería a usted con cariño, justificando su conducta. Soñaba con tener la oportunidad de reencontrarse sin odios ni reproches.
_ ¿Cómo sucedió? Cuénteme por favor. _ la lágrimas continuaban cayendo, imposible detenerlas.
_ En plena batalla le clavaron una bayoneta por la espalda que le atravesó el corazón._ la voz quebrada por el dolor, un dolor agudo y profundo que no cicatrizaba.
Ya había pasado un año de la muerte de Rafael. Cuando el oficial unitario, un extraño para ella, con una calma siniestra le comunicó lo sucedido, creyó que un mar turbulento la tragaba. Como explicar la terrible herida que le perforó el alma, imposible.
_ Cuando me notificaron, me desvanecí. Estuve inconsciente varias horas. No deseaba despertar.
_ Perdoneme usted también Lourdes. El resentimiento y las ansias de venganza consumen al hombre y yo sucumbí a esos sentimientos dañinos.

"Las vueltas de la vida. ¡Como imaginar que la muerte de mi amor, me reconciliaría con el protagonista de todas mis pesadillas!, reflexionó golpeada por la pena. Se despidió besándolo en la frente.
Él se quedó allí, devastado, anhelando la hora de su ejecución.
"¡Cosa de locos! Hace un momento saqué cagando al cura que quiso confesarme. Vida eterna, ¿qué carajos significa eso? le escupí...y ahora ansío con todos mis huesos que esa vida eterna exista para volver a abrazar a mi ahijado, a mi Rafa, el huérfano que me hizo conocer el significado de tener una familia".
Lourdes, al regresar a su casa de la calle de la Santísima Trinidad, lloró sobre el hombro de Tina, otra mujer traspasada el sufrimiento.
_ Cumplí la promesa que le hice a Rafael antes de que se marchara a luchar en Caseros _ Tina con un pañuelo de seda blanco le secaba las lágrimas compulsivas.
_ ¿Qué aspecto tenía? _ sonó resentida.
_ La muerte de Rafa lo desmoronó. Ya no quedan rastros de aquel hombre virulento. Quería muchísimo a Rafa, muchísimo.
_ Doña Mercedes y los niños están en el jardín. Te están esperando _ Tina

siguió su camino hasta la cocina sin revelar ningún sentimiento hacia Cuitiño. La muerte de su hijo la mató en vida. No reía, hablaba lo indispensable, su rostro se volvió amargo. "Mi vida ya no tiene sentido", le confesó una tarde a Lourdes.
_¡Abuela!
_ ¿Todo bien? _ se volvió sonriéndole.
"Gracias abuelita por tus sonrisas que me dan valor", suspiró con nuevos bríos.
_ Todo bien _ respondió distendida_ ¡Alba!, ten cuidado...si se rompe esa rama te lastimarás, hija.
Una niña de tres años, de cabello azabache y ensortijado con unos pícaros ojos verdes, le contestó con insolencia
_ ¡Mamita!, ¿no te das cuenta que soy una trapecista? _ el día anterior un circo itinerante llegó a la ciudad y la pequeña Alba quedó fascinada con el muchacho que desafiaba las alturas.
_ Esta bien, pero no maltrates al pobre naranjo. Abuela, ¿y Miguelito? _ se extrañó al no ver a su hijo mayor acompañando en el juego a su hermana. Eran inseparables.
_ En la biblioteca, leyendo el libro de cuentos que le regaló Lorenzo. Ese niño es una luz, cinco años y lee. Estoy segura que será escritor _ profetizó orgullosa.
_ ¡Abuela, que cosas dices! _ rió Lourdes.
_ Ven Lourdes, sentémonos bajo el naranjo. Dime, ¿cómo estás de ánimo? _ se preocupó al verla ojerosa.
_ El encuentro ha sido terrible, me removió tantos horribles recuerdos...tanto dolor.
Sin Rafa me siento morir...
_ Lourdes debes ser fuerte por tus hijos, ellos necesitan una madre alegre, cariñosa, que les enseñe el valor de los afectos
_ Abuela lo que más deseo es reír con ellos, cantar con ellos y recordar junto a ellos esa persona inigualable que fue su padre. ¿Podré hacerlo abuela?
_ Mi adorada niña, claro que serás capaz.
_ Rafael fue mi hombre... lo es y lo será por siempre...